

EL PLANETA MISTERIOSO

POR GEORGE H. WHITE



¿Qué fue de Miguel Ángel Aznar y sus amigos al regreso del Tibet? Nadie quiso creer en la existencia de los Hombres Grises de Venus. Los miembros de la expedición cayeron en el descrédito, y la opinión pública se ensañó con ellos burlándose de su relato.

Un hombre, sin embargo, creyó su historia, y les ofreció la oportunidad de demostrar al mundo la existencia de los Hombres Grises. Así comienza la extraordinaria aventura que dos mujeres y nueve hombres valerosos iban a vivir en… Venus.

¿Qué oculta Venus bajo su impenetrable manto de nubes? ¿Hay vida allí?

Viaje usted con los personajes de George H. White a bordo del LANZA, la poderosa aeronave construida en Cleveland, y descubra los misterios del planeta Venus, viviendo con ellos las más emocionantes aventuras en un mundo exótico, primitivo… y peligroso.



George H. White

El planeta misterioso

La saga de los Aznar - 2

ePub r1.1
Titivillus 17.08.15

Título original: *El planeta misterioso*
George H. White, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



EL PLANETA MISTERIOSO

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO

“EL PLANETA MISTERIOSO”

CAPÍTULO I

En Nueva York llovía al despegar el avión, pero el tiempo fue mejorando durante las primeras horas de la mañana, y al aterrizar en Cleveland lucía un magnífico sol primaveral.

Con una cartera de mano y su ligera gabardina por todo equipaje, Miguel Ángel Aznar desembarcó en compañía de los demás viajeros y se dirigió hacia la salida.

Durante la conferencia telefónica mantenida la noche anterior con mister Harry Tierney, éste le había prometido enviarle un auto a recogerle al aeropuerto. Ahora Miguel Ángel Aznar estaba preguntándose como podría identificarle el hombre que estaba esperándole.

Junto a la puerta, entre las varias personas que esperaban a algunos de los viajeros, estaba un hombre fornido vestido de negro, el cual fijaba alternativamente la vista en los rostros de los pasajeros y en un retazo de periódico que sostenía en la mano. Al ver aparecer la alta y atlética figura de Miguel Ángel Aznar parecieron desvanecerse las dudas del hombre. Guardó el recorte en el bolsillo y se dirigió decididamente al hombre joven, de cabellos oscuros y ondulados, con todo el aspecto de un jugador de fútbol.

—¿El señor Aznar?

—Sí.

—Mi nombre es Williams, señor —dijo el hombre del traje oscuro y nariz de boxeador tomándole la cartera—. El señor Tierney me envió a esperarle.

Ya más tranquilo, Miguel Ángel Aznar siguió al fornido Williams hasta la calle. El coche que esperaba era un suntuoso “Rolls-Royce” enteramente negro. No había chófer, el propio Williams, según se vio a continuación, era el encargado de conducir directamente a Miguel Ángel al lugar de la cita. Antes de subir al coche, todavía preguntó:

—¿Dónde podré ver al señor Tierney?

—En la fábrica —contestó Williams—. El señor Tierney me

ordenó que le llevara allí.

—De acuerdo, vamos.

Miguel Ángel Aznar se arrellanó en el confortable asiento. Un grueso cristal corredizo separaba al viajero del puesto del conductor. Miguel Ángel extrajo del bolsillo un papel de carta bastante arrugado. El membrete era de la razón social TIERNEY RESEARCH AIRCRAFT CORPORATION. Pulcramente escrito a máquina podía leerse:

> “Estimado señor Aznar: Aunque no tengo el placer de conocerle, me dirijo a Vd. para rogarle venga a verme a mi oficina de Cleveland con la mayor brevedad posible, a fin de tratar un asunto del máximo interés. A la espera de sus noticias le saluda…”.

Firmaba la carta el propio Tierney, director de la compañía.

Sabía Miguel Ángel que la “Tierney” era una compañía constructora de aviones, no la mayor ni la más conocida de Estados Unidos. Era una compañía de carácter familiar, surgida como tantas de una empresa pequeña que se afianzó económicamente fabricando elementos de aviación en los prósperos años de la Segunda Guerra. Posteriormente la “Tierney Co.” se había dedicado a construir avionetas deportivas, y últimamente parecía haber experimentado un nuevo auge económico en el suministro de algunas partes de los motores utilizados por la “NASA” en su proyecto espacial.

¿Por qué una empresa con la que nunca tuvo la más remota relación le citaba ahora para “un asunto del máximo interés”?

Miguel Ángel Aznar era un piloto profesional, ni mejor ni peor que otros miles de aviadores en los Estados Unidos. ¿Iban a proponerle que aceptara un empleo como piloto? ¿Por qué a él precisamente?

No tenía experiencia en vuelos de prueba. Notoriedad ninguna tenía, solamente la no muy afortunada que le proporcionó el llamado “caso Mitchel”, que motivó el que le expulsaran denigrantemente de las Fuerzas Aéreas. ¿Para qué le llamaba Tierney, entonces? El asunto de que iban a tratar ¿para quién era interesante? ¿Para él? ¿Para Tierney?

Aquella mañana, en la habitación del modesto Hotel donde se hospedaban en Nueva York, su esposa le había dicho:

—Si lo que quieren de ti es que pruebes sus aviones, diles que no.

En resumen, la señora Aznar no quería que su esposo aceptara el riesgo de los pilotos de pruebas. Pero Miguel Ángel acudía de todos modos a la cita. Nada tenía que perder. Y ¿quién sabe? Tal vez Tierney tuviera algo bueno que ofrecerle, aunque no lo esperaba.

La suerte se había vuelto de espalda de un año a esta parte.

Los terrenos de la "Tierney Corporation" resultaron quedar bastante lejos. Los talleres no eran demasiado grandes. En cambio el campo de aterrizaje era muy extenso, ocupando una larga faja de dunas y arenas a lo largo de la orilla del lago Erie…

Todo el recinto fabril estaba cerrado por una alta valla metálica. En la puerta de entrada montaba guardia un hombre uniformado armado de pistola. El auto se detuvo.

—Visita especial para el señor Tierney —dijo Williams al guarda.

El guarda entró en un quiosco lateral, hizo una llamada telefónica y regresó con una tarjeta amarilla que tenía un número y un pedazo de cordel atado a un botón. Entregó la tarjeta a Miguel Ángel Aznar.

—Esta será su tarjeta de identificación por el tiempo que permanezca en los terrenos de la Compañía. Por favor, cuélguela de su ojal y tenga cuidado en no extraviarla —dijo el guarda. Y dirigiéndose al paciente Williams—. La señorita von Eicken dice que lleves al señor Aznar al despacho del señor Tierney.

—¡O.K.! —saludó Williams poniendo de nuevo el coche en marcha.

Corriendo entre las grandes naves fabriles, el "Rolls-Royce" fue a detenerse ante un edificio de dos plantas sin grandes pretensiones arquitectónicas. Williams acompañó a su pasajero hasta dejarlo en presencia de una agradable muchacha rubia que vestía minifalda y se puso en pie abandonando la máquina de escribir.

—Entre usted por favor —dijo abriendo una puerta—. El señor Tierney no tardará en venir.

La puerta se cerró detrás de Miguel Ángel y este se vio en un espacioso despacho amueblado con sobria elegancia. De las paredes

colgaban gran número de fotografías ampliadas de un variado tipo de aviones. En las estanterías de la biblioteca y sobre los muebles podían admirarse preciosas maquetas de aeroplanos.

Una de estas maquetas llamó en especial la atención de Miguel Ángel. Era la de un extraño avión de pasajeros y descansaba en un ángulo de la gran mesa despacho. Sus formas estilizadas, finas y originales, no correspondían a ningún modelo de avión conocido. Y Miguel Ángel los conocía todos.

Estaba Miguel Ángel admirando de cerca la maqueta, cuando advirtió sobre la mesa un montón de periódicos ligeramente amarillentos. Lo que llamó su atención fue precisamente una fotografía de él mismo a tres columnas bajo un titular: "¿NOS VISITAN SERES DE OTRO MUNDO?" Y un subtítulo: "Fantástico relato de un piloto de la Fuerzas Aéreas"

Pese a que estaba solo en el despacho, Miguel Ángel sintió que enrojecía. Tomó el periódico. Traía fecha de diez meses atrás. El despacho de la agencia había sido expedido desde la India. Se trataba por lo tanto del primer relato que Miguel Ángel hizo a un periodista después de su regreso del Tibet, en el verano del año anterior.

No se molestó en leerlo, recordaba muy bien sus propias palabras.

Otro de los periódicos, de fecha posterior, reproducía la fotografía del profesor Louis Frederick Stefansson, así como sus manifestaciones a la Prensa a su regreso a Estados Unidos. En los restantes periódicos, con titulares que diferían poco unos de otros, se repetía la misma historia con ligeras variantes. El más insultante de los titulares era uno a toda página: "EL CASO DE LOS HOMBRES GRISES DE VENUS UN ESCANDALOSO BLUFF"; "Mis Carol Mitchel desmiente el fantástico relato de los hombres de la Astral Information Office". En este punto de las remembranzas de Miguel Ángel, una voz clara y bien timbrada habló a sus espaldas:

—¿Le he hecho esperar mucho?

El joven piloto se volvió sobresaltado. Ante él estaba un hombre de más o menos su propia edad, de estatura regular, cabellos rizados tirando a rojizos, clareando en la parte superior del cráneo, y pronunciadas entradas que le daban cierto aire de intelectual.

—¿El señor Tierney? —preguntó Miguel Ángel.

—¿Cómo está usted? —saludó el hombre teniéndole la mano.

Miguel Ángel, que todavía conservaba en las manos los periódicos, se vio embarazado para corresponder al saludo de Tierney.

—Estos periódicos le habrán hecho recordar tiempos pasados, ¿no es cierto? —dijo Tierney riendo, mientras su visitante dejaba los periódicos sobre la mesa.

—Bueno —murmuró Miguel Ángel encogiéndose de hombros—. No es necesario echar un vistazo a un periódico atrasado para recordar AQUELLO. De hecho no hay un solo día que no acuda a mi memoria aquel condenado asunto. La gente lo olvidó. Los que participamos en la aventura no.

—Tome asiento, señor Aznar —señaló Tierney una de las butacas. Y fue a dar la vuelta a la mesa para dejarse caer en su sillón—. ¿Le molesta que hablemos de ESO?

—¿Es necesario? —preguntó Miguel Ángel todavía en pie.

—Sí.

Tierney era un pragmático que iba derecho a lo que le interesaba. No obstante agradarle la franqueza del millonario, todavía se resistió Miguel Ángel Aznar:

—No hay nada nuevo que yo pueda añadir a lo que habrá leído ahí.

—Aún así me gustara escuchar su versión contada por usted.

Miguel Ángel se dejó caer suspirando en uno de los sillones. Juntó los dedos de ambas manos y pareció abstraerse un momento como buscando la mejor forma de iniciar el relato.

—Bien —dijo finalmente—. Todo empezó para mí el día que me presenté en la oficina de la "Astral Information Office", en el edificio de la ONU con el exclusivo fin de vigilar a las estrellas, considerándolas bajo el punto de vista de enemigos potenciales de la Tierra. El hombre que estaba al frente de este Organismo era el profesor Louis Frederick Stefansson. Su secretaria era la señorita Bárbara Watt, quien actualmente es mi esposa. La Oficina tenía asignado un avión de la Air Force, cuyo piloto había contraído la malaria. Yo fui destinado a la dotación de este avión a título temporal.

—¿Ve usted? —dijo mister Harry Tierney sonriendo—. Nada de cuanto me cuenta fue reseñado por los periódicos.

—Se lo cuento a título orientativo… por si desea saber todo respecto a mí. Yo era un buen piloto, nada más que eso. Apenas había llegado a la oficina de la “Astral Information Office” cuando fueron requeridos mis servicios. Un multimillonario llamado Mitchel había desaparecido, juntamente con su hija Carol y el avión en que volaban sobre la India. John Mitchel fue encontrado semanas más tarde en las selvas de la India central, vagando como un demente. Había envejecido como diez años, tenía los cabellos completamente blancos y repetía sin cesar “Los hombres grises de Venus”.

Miguel Ángel hizo una pausa, como esperando alguna interrupción de Harry Tierney. Pero el millonario seguía mirándole en silencio, como esperando. Miguel Ángel Aznar prosiguió:

—Volamos hasta Calcuta para interrogar a John Mitchel. Allí me encontré a un viejo amigo de la guerra del Vietnam, un piloto llamado Arthur Winfield. No era coincidencia que Winfield se encontrara en la India. Había una recompensa de trescientos mil dólares para quien encontrara a la señorita Mitchel viva o muerta, y Winfield había sido novio de Carol Mitchel durante dos años. Aunque ya habían roto sus relaciones, mi amigo seguía enamorado de Carol Mitchel. Estuvimos bebiendo juntos, aunque para ser más exactos era Winfield quien bebía, y yo quien le escuchaba. Al final estaba tan borracho que tuve que acompañarle a la habitación donde vivía. Allí nos esperaba una anciana… una mujer viejísima de rasgos orientales. Llamó a mi amigo por su nombre, y a continuación, gimiendo y llorando, nos relató una historia increíble. Para que usted no se arme un lío se lo explicaré de este modo. Un cirujano llamado Mattox había sobornado al piloto de los Mitchel para que condujera a estos hasta cierto lugar del Tibet. Allí vivía una anciana llamada Sakya Kuku Nor, a quien Mattox había prometido una nueva vida trasplantando su cerebro a un cuerpo joven. Por venganza, Mattox había escogido el cuerpo de la señorita Carol Mitchel. El trasplante se hizo con ayuda de la ciencia de los “Hombres Grises de Venus”. La anciana Sakya recibió el cuerpo joven de miss Mitchel, y el cerebro de Carol Mitchel paso a ocupar el cráneo de la anciana Sakya. ¿Usted lo ha comprendido? —preguntó Miguel Ángel vacilante.

—Eso creo —dijo Tierney seriamente—. La anciana que se

presentó ante ustedes era el cuerpo de Sakya Kuku Nor… con el cerebro de la joven Carol Mitchel.

—Unos hombres irrumpieron inesperadamente en el cuarto, nos golpearon a mi amigo y a mí y desaparecieron llevándose consigo a la anciana. Cuando le contamos esta historia al profesor Stefansson, lejos de mostrarse incrédulo, se sintió entusiasmado. Ahora teníamos una pista que relacionaba la historia de la desaparecida Carol Mitchel con los Hombres Grises de Venus, y esta pista conducía al Tibet… Y salimos volando hacia el Tibet. En Lhasa, tras algunas pesquisas infructuosas, el profesor Stefansson tuvo ocasión de hablar con un arriero llegado del interior del país. Unos aldeanos, en un villorrio de las montañas Daglas, se jactaban de haber dado muerte a dos extraños seres, no humanos, que bajaron del cielo en unas “sombrillas” después de abandonar un aparato en forma de plato. El aparato podía ser un “platillo volante”, y las sombrillas simples paracaídas… Inmediatamente volamos en busca de la aldea…

—Y llegaron y encontraron a todos sus habitantes muertos.

—A todos, excepto a tres que nos recibieron a balazos. Les convencimos de nuestras intenciones amistosas y accedieron a guiarnos hasta el barranco por donde habían despeñado a las dos extrañas criaturas. El profesor Stefansson bajó al fondo con una cuerda y examinó los cadáveres. No eran humanos. No tenían corazón ni pulmones, y su sangre era incolora y probablemente fría. El profesor les tomó varias fotografías que desgraciadamente se perdieron después.

—Pero todos ustedes tuvieron ocasión de ver a los Hombres Grises más tarde, ¿no es cierto?

—Sí, y esta es la parte de la historia más difícil de creer —dijo Aznar lamentándose—. Los “platillos volantes” se presentaron de pronto, nos rodearon y nos conminaron a rendirnos. Un americano, el piloto del avión perdido de los Mitchel, hizo las veces de parlamentario. Nos dijo que no teníamos escapatoria posible y que nos convenía entregarnos a los Hombres Grises… o estos nos matarían allí mismo. Nos hicieron subir a los “platillos volantes” y…

—¿Qué le ocurre, señor Aznar? —preguntó Tierney.

—Temo que usted no pueda creerme. ¡Nadie ha aceptado que yo

haya volado realmente en un “platillo volante”!

—Vamos, señor Aznar, no sea pusilánime. Si su historia es verdadera, ¿qué le importa lo que creamos los demás?

—Bueno —refunfuñó Miguel Ángel—. El vuelo fue corto. Aterrizamos en el fondo de un valle cerrado por altas montañas y nos encerraron en la mazmorra de un antiguo monasterio. Poco después vinieron a buscar a Arthur Winfield. Cuando regresó al cabo de unas horas dijo que íbamos a salir de allí. El doctor Mattox, efectivamente había operado a Carol en el cerebro, pero solamente para producirle una amnesia. Los tibetanos de Gpur, no obstante, creyeron a pies juntillas que se había realizado la reencarnación de Sakya Kuku Nor en la joven Mitchel, y la obedecían como a una diosa. Carol Mitchel vino a buscarnos a medianoche con algunos hombres de confianza y logramos escapar.

Miguel Ángel se interrumpió y exhaló un suspiro diciendo:

—Y eso fue todo a grandes rasgos. Esta misma historia la habrá podido usted leer con todo lujo de detalles en los periódicos.

—¿Sabía que no todos sus compañeros contaron la historia igual?

—Sí. Desgraciadamente algunos consideraron oportuno contarlo a su manera, añadiendo detalles de su invención que contradecían lo que contaron otros… Todos los periodistas del mundo querían entrevistarnos, y algunos recibieron sumas fabulosas por la exclusividad de su relato.

—¿Y por qué no les creyó tampoco la comisión investigadora?

—La Comisión quería pruebas; fotografías… algún arma extraterrestre o algún pedazo de hombre gris quizás. Desgraciadamente todo se perdió. El gobierno chino se negó a permitir una investigación a fondo en el mismo lugar donde ocurrieron los hechos. Negó que existiera el valle de Gpur, e incluso desmintió que ningún aldeano hubiera sido muerto. La señorita Mitchel, que tanto pudo haber contribuido a esclarecer el asunto, negó que hubieran existido nunca los Hombres Grises. Actualmente se encuentra en un sanatorio psiquiátrico. Arthur Winfield se entregó al alcohol y murió atropellado en el “metro” de Nueva York. Todos los demás tuvimos que cambiar de nombre. El grupo, en fin, se dispersó. El profesor Stefansson fue cesado en su cargo, a mi me degradaron y me expulsaron de las Fuerzas Aéreas y tuve

que marchar a España con mi mujer…

Miguel Ángel se interrumpió al sonar el teléfono. Tierney, después de breve vacilación, tomó el aparato.

—¿Sí? —escuchó atentamente sacudiendo la cabeza—. De acuerdo, llevad el aparato a la pista Oeste. Ahora vamos hacia allá.

Colgó el aparato y miró a Miguel Ángel, que estaba contemplando con mirada ausente la maqueta del avión sobre la esquina de la mesa.

—¿Le gusta ese avión, señor Aznar? —preguntó.

—¿Cómo? —saltó Aznar sobresaltado—. ¡Ah, sí! ¿Es un prototipo?

—En efecto, es un prototipo. ¿Le gustaría volaren él?

Miguel Ángel esperaba de un momento a otro esta pregunta. Todo apuntaba a confirmar las sospechas que tenía sobre el motivo de esta llamada. Tierney quería ofrecerle un empleo como piloto de pruebas. De otro modo ¿qué objeto podía tener el que se interesara por su pasado?

—Venga conmigo —dijo repentinamente Tierney poniéndose en pie con decisión—. Puede dejar aquí la gabardina y la cartera. Regresaremos a este despacho más tarde para seguir hablando.

Miguel Ángel siguió a Harry Tierney fuera del despacho.

—Señorita Else —dijo el millonario—. Voy a volar el LANZA con el señor Aznar. No estaré para nadie en las próximas dos horas.

—Sí, señor —dijo la linda secretaria.

Salieron del edificio. El “Rolls-Royce” estaba a la sombra de un aparcadero de techo metálico. Williams, recostado contra una aleta del auto, se enderezó al ver aparecer a su jefe.

—Al área tres, Hodge —ordenó Tierney subiendo al automóvil.

Miguel Ángel subió detrás de Tierney y Williams cerró la portezuela. Ahora Miguel Ángel se sentía preocupado. Recordaba las últimas palabras de su esposa al despedirle aquella mañana. “Si van a ofrecerte un puesto de piloto de pruebas, di que no”. Pero a Miguel Ángel le gustaban los aviones. Si alguien tan importante como Harry Tierney le pedía que se quedara, él no sabría cómo negarse. Después de todo estaba buscando empleo.

El “Rolls-Royce” rodó suavemente por una calle flanqueada de grandes naves hasta detenerse ante una puerta en una alta cerca metálica.

Arriba, sobre la puerta, un letrero en caracteres metálicos:

“TIERNEY RESEARCH AIRCRAFT CORPORATION”.

A la derecha, sobre la cerca, otro cartel de advertencia:

“RESTRICTED AREA”

Camera Forbidden. No trespass

Aquí, dos guardas armados, acompañados de un mastín, acudieron junto al auto. El perro mastín ladró con alegría, probablemente por haber reconocido al auto o alguno de los hombres que iban en su interior.

Los guardas sólo comprobaron la identidad del dueño de la fábrica, saludaron y se apartaron permitiendo al auto que continuara la marcha. Estaban en el campo de vuelos. El automóvil rodó sobre una pista de cemento en dirección a un enorme hangar que se veía a cierta distancia.

Mientras el auto se acercaba, un tractor salía del hangar tirando de un avión. Lo primero en aparecer fue una prominente, afilada lanza metálica. A continuación de esta lanza, la proa propiamente dicha del aparato, larga, estilizada y, curiosamente, sin una sola ventanilla.

Hasta que no se encontraron más cerca no pudo hacerse Miguel Ángel una idea cabal del tamaño del avión. De lejos, debido quizás a su forma aerodinámica y a la gracia de su silueta, parecía más bien un caza de propulsión a chorro. Sólo cuando el automóvil se detuvo y echaron pie a tierra se dio cuenta Miguel Ángel de que estaba ante un auténtico gigante de los aires.

El tren triciclo de aterrizaje tenía seis grandes neumáticos por elemento; dieciocho ruedas en total, y mantenía la panza del avión a cuatro metros de altura del suelo. Las alas, cortas y extraordinariamente robustas, empezaban cerca de la proa y se estiraban hacia atrás, para luego cerrar en suave arco hacia la cola. El timón y los estabilizadores por el contrario, no eran demasiado grandes, considerando las dimensiones de la máquina.

Aparte de que en toda la lisa superficie del casco del avión no se advertía la más pequeña abertura, lo que más llamó la atención de Miguel Ángel fue la implantación de los enormes motores; uno debajo de cada ala, en un gran hueco, otro en el extremo de la cola, entre los estabilizadores, y un cuarto debajo de la proa, también alojado en un hueco. Algo sorprendente fue descubrir una zona

chamuscada en un lado de la proa, junto a un agujero que denunciaba la existencia de otro pequeño motor. ¿Para qué una tobera tan pequeña en lugar tan absurdo?

Todo el avión tenía un color terroso-rojizo. Pero no era pintura.

Cuando la cola del gigantesco avión pasaba ante Miguel Ángel, este descubrió otra particularidad en la que no había reparado. El gran motor estaba montado sobre un eje, de tal forma que podía dirigirse igualmente hacia arriba, hacia atrás o hacia abajo.

—¿Despegue vertical? —preguntó.

—Esa es una de las ventajas del "LANZA", aunque no la principal de todas —respondió Harry Tierney.

—¿Por qué no tiene ventanas?

—No son necesarias.

—Es un avión comercial, ¿no es cierto?

—Sí. Es decir —se corrigió Tierney—, ese era su cometido en el origen. Pero tal vez no llegue a volar nunca en una línea comercial.

—Eso, ¿por qué?

—Pronto lo va a ver.

Dejando a Miguel Ángel plantado por la sorpresa, Harry Tierney echó a andar detrás del avión. Luego de unos instantes de vacilación, Miguel Ángel le siguió.

CAPÍTULO II

El avión estaba en medio de la pista, cubriendo con la sombra de sus alas a Harry Tierney y a Miguel Ángel Aznar. El tractor, al alejarse, se cruzó con un furgón pintado de rojo que llegaba. El camión se detuvo junto al LANZA y tres hombres saltaron a tierra.

El primero en hacerlo era en realidad un muchacho. No debería tener más de dieciocho años. Otro era un hombre de unos 45 años, de constitución robusta y largos brazos velludos que traía arremangados hasta el codo. El otro tendría alrededor de sesenta. Era alto, rubio, delgado y cargado de espaldas. Sus ojos azules, ligeramente cansados, brillaban tras los cristales de unas gafas de montura de carey.

Harry Tierney hizo las presentaciones:

—Señor Aznar, le presento a Edgar Ley, nuestro primer delineante proyectista. Este es su hijo Bill. El profesor von Eicken.

—¿Cómo está usted, señor? —saludó von Eicken con acento que tendía a arrastrar las “erres”.

Ley se limitó a estrechar desganadamente la mano del español, volviéndose en seguida para dirigirse a Tierney.

—No me gusta que vueles el LANZA tu solo, Harry —dijo enfadado.

—No es la primera vez que piloto este avión.

—Pero este no es un vuelo ordinario. Todavía ignoramos todo el poder del LANZA. Y no hemos probado todas sus posibilidades.

—Yo conozco bien las posibilidades de mi avión, Edgar. No existe un aparato más seguro que este. ¿O es que quieren asustar al señor Aznar?

—El señor Aznar no sabe qué clase de avión es este.

—Precisamente por eso se lo voy a demostrar. Sólo quiero que ustedes permanezcan junto a la radio. El piloto automático dirigirá el vuelo, nada puede ocurrir.

—Bueno, Harry. Ya eres mayorcito, tú sabrás lo que haces —gruñó Ley malhumoradamente—. Nosotros permaneceremos junto a la radio. Tú no cometas imprudencias, eso es todo.

Tierney hizo una seña a Miguel Ángel para que le siguiera hasta el furgón. El joven Ley estaba abriendo la puerta trasera y subió

primero para encender la luz eléctrica.

El furgón en realidad era un vestuario. Un gran armario ocupaba todo el fondo. Había banquetas para sentarse y estaba equipado con calefacción y aire acondicionado. Harry Tierney abrió el armario y escogió entre varios trajes colgados en perchas.

Primero sacó un traje "G", del modelo normalmente utilizado por los aviones de caza a reacción de todo el mundo. El traje que extrajo a continuación causó la sorpresa de Miguel Ángel.

—Este le irá bien —dijo Tierney—. Su talla es aproximadamente la de nuestro piloto.

—¿Es un traje de astronauta? —preguntó Miguel Ángel.

—No de astronauta, señor Aznar, sino como los de los astronautas.

—¡Diablo! ¿Vamos a volar tan alto?

—Muy alto, señor Aznar, tan alto como usted no ha volado jamás. Pero no se preocupe. El LANZA lleva cabina presurizada. Los trajes de vacío no son indispensables, sólo se trata de adoptar las debidas precauciones.

Miguel Ángel empezó a desnudarse. No era la primera vez que vestía un traje "G". Otra cosa muy distinta fue ponerse el traje espacial, tarea en la cual le ayudó eficazmente el joven Ley. Bill le entregó un juego de auriculares y micrófono y fue a buscar una caja de la que salía un tubo flexible con un "racor" en su extremo.

Esta caja era idéntica a la "maleta" utilizada por los astronautas norteamericanos. Suministraba oxígeno a los astronautas durante los primeros minutos de vuelo, y además mantenía la temperatura del cuerpo entre los 18 y 19 grados centígrados, cualquiera que fuese el ambiente exterior.

Bill Ley ajustó la escafandra al anillo metálico del escote del traje. Luego conectó la manguera de la "maleta" al traje, y casi en seguida Miguel Ángel sintió la entrada del oxígeno que hinchaba su traje.

Salieron del furgón portando sus respectivas "maletas" conectadas al traje. Éste les hacía moverse con cierta torpeza. Completamente aislados del ambiente exterior, no podían oír ningún ruido ni ser escuchados por los que estaban "afuera".

Una sección de la panza del LANZA, entre los enormes motores, había descendido suspendida por cuatro columnas de acero hasta

nivel del suelo. La plataforma era muy grande, pues medía dos metros y medio de ancho por cinco de largo. Tierney se quedó junto a una de las esquinas, en tanto que Miguel Ángel se iba un poco hacia el centro de la plataforma. Tierney saludó con la mano a los tres hombres que estaban en tierra. Luego oprimió con el pie un pedal en la base de la columna y se retiró unos pasos.

La plataforma ascendió suavemente colgando de las cuatro columnas, hasta que sus bordes encajaron herméticamente en el hueco rectangular abierto en el vientre del avión. El piso de la plataforma quedó a ras del piso de la cabina del avión. Miguel Ángel se vio en una espaciosa bodega, que iba casi desde la proa al extremo opuesto del aparato.

El interior de la bodega estaba bien iluminado con luces eléctricas. Tierney indicó a su invitado que le siguiera. A seis metros de distancia, en dirección a la proa, había otra plataforma de forma circular, de dos metros de diámetro, suspendida de dos columnas de acero. El piso de esta plataforma enrasaba perfectamente con el piso de la bodega. Los dos aviadores, con sus voluminosos trajes, se situaron sobre esta segunda plataforma.

El ascensor les elevó hasta el puente superior del LANZA, dejándoles en el centro de una bodega o salón desprovisto de muebles, cerrado por una puerta estanca a popa, y otra de iguales características a proa. Tierney se dirigió hacia esta última, haciendo girar una rueda y empujando después.

Cruzaron la puerta, que Tierney cerró después, y cruzaron por un angosto pasillo que tenía puertas a cada lado, hasta otra puerta estanca que les condujo directamente a la cabina de mando del avión.

La puerta fue asegurada con el manubrio y Harry Tierney abarcó con un ademán toda la cabina, como mostrándosela a su invitado.

Miguel Ángel, detrás del cristal de su escafandra, unió los labios para emitir un silbido admirado que nadie podía escuchar.

La cabina era muy espaciosa y, al contrario que las demás dependencias del LANZA, estaba repleta de aparatos.

Había dos grandes sillones ante los mandos, en el sentido de la marcha del avión. Otro a la derecha, y otro a la izquierda, como en los grandes aviones de línea, podían corresponder a los puestos del navegador y el ingeniero. Todavía había dos sillones más, uno a

cada lado de la puerta de entrada a la cabina, sin cometido específico alguno a lo que parecía. Todos los sillones estaban atornillados al piso, estaban provistos de reposacabezas y eran extensibles.

Harry Tierney depositó su “maleta” en el piso, junto al sillón de la izquierda, e indicó a Aznar con una seña el sillón inmediato. Las maletas quedaron sujetas al piso por una correa.

Ante sí, Miguel Ángel tenía el duplicado de los mandos del avión, que eran como en todos los aviones de pasajeros. Delante un ancho y largo panel con los relojes indicadores y muchos interruptores, y por encima de este panel, había como una ventana ciega; un cristal parabrisas de forma envolvente, pero a través del cual no se veía absolutamente nada.

Harry Tierney tomó una clavija del salpicadero y la enchufó a su traje. Tomó otra clavija igual y se la enchufó a Miguel Ángel. Los dos hombres quedaron a partir de este momento en comunicación telefónica a través de la línea interior del LANZA.

—¿Qué tal, señor Aznar? —fueron las primeras palabras de Tierney a través del teléfono—. ¿Todo bien?

—Yo me siento bien —respondió Miguel Ángel.

Tierney se inclinó ligeramente adelante y empezó a mover una fila de interruptores. Se encendió el cuadro. Las agujas de algunas de las esferas se movieron. Entre los dos sillones había una consola llena a su vez de botones.

Por espacio de un minuto Tierney tocó botones aquí y allá, como un organista preparándose a iniciar su recital en un órgano electrónico.

—¿Vuela siempre a ciegas este aparato? —preguntó Miguel Ángel.

Como respondiendo a la pregunta de Miguel Ángel, brilló una línea horizontal de luz a través del amplio cristal negro. Casi en seguida el cristal se iluminó con toda una sinfonía de colores… y una panorámica del aeródromo, con sus retazos de verde césped, las dunas de arena y el azul del lago apareció en la pantalla.

—¡Una pantalla de televisión! —exclamó Miguel Ángel.

—En realidad hay dos cámaras afuera, una a cada lado de la proa. Las dos imágenes casan perfectamente en las dos pantallas, dando la impresión de que hay una sola pantalla panorámica.

En este momento se escuchó la voz de Ley a través de la radio:

—¡Hola, LANZA! Aquí torre de vuelos. ¿Me escuchan?

—LANZA a torre. Oímos perfectamente —contestó Harry Tierney.

—Encienda la computadora.

Tierney movió un interruptor. En el gran panel de la izquierda se encendieron alrededor de medio centenar de luces verdes. Todas eran verdes, a excepción de una que brillaba con intermitentes destellos rojos.

—Algo no está en orden, Harry. ¿Qué ocurre? —preguntaron.

Tierney miró el número debajo de la luz roja.

—¡Acabáramos! —dijo echándose a reír—. No hemos abrochado nuestros cinturones. Señor Aznar, abróchese el cinturón.

Los dos cinturones fueron abrochados y la luz roja se tornó verde.

—Todo en orden —informó Tierney.

—Atención. Programa de vuelo; uno, tres, uno, dos, dos, seis.

Como si actuara sobre el teclado de una máquina de sumar común y corriente, Tierney fue apretando los botones numerados de la consola. El número así formado apareció escrito con puntos luminosos sobre una pequeña pantalla negra, debajo de la pantalla panorámica de televisión.

Tierney comprobó que el número era correcto y movió un interruptor.

En las cajas de cristal, sobre el panel de la computadora, empezaron a airar las cintas magnéticas que iban a ordenar el vuelo según el programa escogido por el piloto.

—Como puede ver, la computadora lo hace prácticamente todo —dijo Harry Tierney—. En menos de un segundo ha verificado todos los controles del avión, cuyo chequeo visual nos hubiera llevado una hora.

—Torre a LANZA —dijo la voz de Ley—. Encienda el uno.

Tierney apretó un botón rojo de la consola. El avión se estremeció ligeramente. Un aullido lejano llegó amortiguado hasta los oídos de Miguel Ángel.

—Encendido el uno.

—Encienda el dos —ordenaron desde la torre.

—Encendido el dos —contestó Tierney después de apretar otro

botón.

Todo el avión estaba sujeto a una leve trepidación, seguramente producida por el empuje de los motores, a cuya fuerza se oponían los frenos del tren de aterrizaje.

—Póngase cómodo en el asiento, señor Aznar. Y recline la cabeza.

—¡Atención, LANZA! Todo listo. Puede despegar —dijo la radio.

—¡O.K., allá vamos! —contestó Tierney apretado un botón amarillo de la consola. Y se reclinó en el asiento.

El LANZA echó a correr con una leve sacudida, pero inmediatamente empezó a acelerar. Las palancas que regulaban el gas, situadas entre los mandos como en todos los aviones convencionales, se movieron por sí solas hacia adelante. Un trueno estalló bajo los asientos de los pilotos, y como si una fuerza poderosa le empujara hacia atrás, Miguel Ángel Aznar sintió como su espalda y sus riñones se hundían en el mullido del asiento anatómico.

En menos de cien metros de carrera, el LANZA despegó como una pluma, levantó la proa y se elevó a un ángulo de 60 grados. Automáticamente la computadora replegó el tren de aterrizaje, cubrió los objetivos de las cámaras de televisión situadas a proa y conectó con la cámara empleada en la cola del avión.

Aterrado vio Miguel Ángel como la fábrica Tierney, el aeródromo y el lago se alejaban por instantes. La panorámica desde la cola del LANZA se hacía más y más ancha y abarcaba una mayor extensión del suelo a medida que el avión ganaba altura con rapidez.

Suave, sin brusquedades, pero firme y seguro, el LANZA se encaramaba al cielo azul acelerando continuamente. No se experimentó ninguna sensación desagradable de pesadez o de ahogo a bordo. La aceleración era constante, pero sin producir agobio de ninguna clase.

Atónito, y un poco asustado, Miguel Ángel buscó con los ojos la esfera del altímetro. ¡Estaban a veinte mil metros y seguían subiendo! ¡Treinta mil, y seguían subiendo! ¡Cuarenta mil! ¡Cincuenta mil!

A más altura de cincuenta mil metros el aparato era inservible.

—¿A qué altura vamos a volar, señor Tierney? —preguntó

Miguel Ángel a gritos, sujetándose con fuerza a los brazos del sillón.

—Véalo usted mismo en el altímetro-radar —contestó Tierney.

Miguel Ángel buscó el altímetro-radar con los ojos. ¡Señalaba setenta… ochenta… noventa! Se movía tan aprisa que apenas daba tiempo a leer las cifras. Ya estaba a ciento cincuenta… ¡y seguía moviéndose cada vez más aprisa!

Parecía que no iban a detenerse nunca. Miró a la pantalla de televisión… ¡El paisaje se había borrado por completo, todo se había mezclado en una gran mancha parda y otra mancha azul!

Miró incrédulo al altímetro-radar. ¡Doscientos cincuenta! Miró al reloj y pegó un respingo. ¡No estaba midiendo kilómetros, sino millas!

En aquel delirio de velocidad las cosas ocurrían tan de prisa que uno apenas si tenía tiempo de pensar. De pronto algo ocurrió que impulsó a Miguel Ángel Aznar y Harry Tierney hacia adelante, contra la resistencia que oponían los cinturones de seguridad. Este tirón cedió casi en seguida, pero Miguel Ángel siguió experimentando una sensación nueva, como si todo él flotara en la nada.

—¿Qué ocurre, señor Tierney? —preguntó alarmado.

—Se han parado los motores, pero todavía seguiremos subiendo un buen trecho debido al impulso que cobramos.

En este punto y momento se desvaneció la imagen en la pantalla de televisión. Pero volvió a encenderse de nuevo animada por las cámaras de proa. El cielo era totalmente negro, y allá arriba brillaban las estrellas. Luego la proa fue bajando y en el campo focal de las cámaras entró en el lejano y curvado horizonte. Abajo tenían la inmensidad azul del océano salpicada de nubes.

Se escuchó un suave pitido… ¡bip!

Miguel Ángel miró al altímetro. La aguja por fin se había detenido. ¡Estaban a 350 millas de altura!

—¿Podrá poner de nuevo en marcha los motores? —preguntó Aznar.

—Estamos a 346 millas de altura, volando hacia el Este a una velocidad de 4,7 millas por segundo. Eso representa una velocidad de veintisiete mil doscientos veinticuatro kilómetros por hora, que son suficiente para sostenernos en una órbita de satélite.

—¡Estamos en una órbita de satélite! —exclamó Miguel Ángel.

—Sí. Ya podemos desembarazarnos de las escafandras y fumar un cigarrillo. Tome nota de la hora; son las doce y dos minutos, hora del meridiano de Nueva York.

—¡Era una órbita de satélite! —repitió Miguel Ángel—. ¡Imposible!

—¿Por qué imposible?

—Ya cuesta bastante poner en órbita una cápsula mucho más pequeña y ligera que este avión.

—¿Está pensando en las cápsulas “Apolo” de los americanos, los “Vostok” de los rusos y todo eso? —Tierney se echó a reír—. Olvídese de todo eso, señor Aznar. No estamos a bordo de una cápsula convencional. Hemos subido hasta aquí impulsados por nuestros motores. Ante nosotros tenemos el espacio. Con la misma facilidad, encendiendo los motores y dándonos un ligero empujón, podríamos abandonar nuestra órbita y alejarnos de la Tierra cruzando el espacio hasta la Luna.

—¿No haremos eso, verdad? —protestó Miguel Ángel con alarma.

—Nuestro vuelo no está programado para ese viaje. Pero podríamos hacerlo si quisiéramos. Incluso sin programa sería fácil. No nos costaría nada ir a la Luna y volver. Tenemos suficiente combustible incluso para volar hasta Marte u otro planeta cualquiera de nuestro sistema.

—¡Dios mío, estoy mareado! —murmuró Miguel Ángel.

—Es consecuencia de la falta de gravedad. Quítese la escafandra y se sentirá mejor.

Miguel Ángel se desembarazó de la molesta escafandra. Se sintió algo aliviado, pero su mareo no era exclusiva culpa de la falta de gravedad. Lo que ocurría le tenía aturdido. Fue una tontería, pero incluso receló estar siendo víctima de una broma. El avión no tenía ventanas. Podían pasarle una película por televisión y hacerle creer que estaba volando en una órbita de satélite, cuando en realidad no se había movido nunca de tierra.

Sin darse cuenta Miguel Ángel había quedado silencioso y pensativo.

Tierney, que se había despojado de su escafandra, la soltó. La escafandra flotó como un globo en el aire en mitad de la cabina. Miguel Ángel soltó la suya y miró pensativo como el pesado

artefacto flotaba como una pluma.

—Bueno, señor Aznar —dijo Tierney poniéndose serio—. Supongo que sabrá que a la velocidad que volamos no necesitamos poner en marcha los motores para sostenernos aquí arriba sin caer. Estamos en situación parecida a la Luna, que gira alrededor de la Tierra sin caer sobre nuestra cabeza. La razón de esto es que la velocidad con que se mueve la Luna crea la suficiente fuerza centrífuga para compensar, a la distancia de 239.000 millas, la fuerza de atracción de la Tierra. Para la Luna basta una velocidad de unos dos tercios de milla por segundo para mantener el equilibrio, pero si estuviera más cerca tendría que moverse a más velocidad. Por ejemplo, a una distancia ligeramente superior a las 1.000 millas tendría que recorrer 4,4 millas por segundo, y daría la vuelta a la Tierra en dos horas. Estos datos sobre nuestro satélite, que los astrónomos pueden calcular fácilmente, han servido al profesor von Eicken para calcular a qué velocidad y altura debíamos volar para sostenernos aquí arriba dando vueltas a la Tierra sin caer.

—Tengo una idea bastante completa de lo que es una órbita de satélite, señor Tierney —dijo Miguel Ángel ligeramente amoscado —. Verdad que no soy un astronauta, pero soy un buen piloto, y hay ciertas cosas que todo buen piloto sabe. La NASA ha gastado miles de millones en su programa espacial para situar primero a un hombre en una órbita de la Tierra, y más tarde enviar a dos hombres a la Luna. Y ahora usted, con un buen avión comercial, enfila al cielo y alcanza como quien nada el mismo objetivo que rusos y americanos tardaron años en conseguir. ¡Eso no tiene lógica, señor Tierney!

—Verá usted, señor Aznar. Yo también quedé impresionado la primera vez que llegué a esta altura y pude ver la Tierra a mis pies. Pero no fue todo tan sencillo. Todo empezó el día que el profesor von Eicken, a partir de unos viejos apuntes, completó la fórmula de un combustible de increíble potencia… algo tan revolucionario que dejaba arrinconados, por inútiles, todos los experimentos llevados a cabo por la NASA a lo largo de muchos años y a un costo fabuloso.

—Von Eicken… ¿es alemán?

—Era alemán. Como von Braun estaba entre los científicos que fabricaron la primera V-2 alemana. Los americanos lo trajeron a

este país, donde von Eicken se nacionalizó norteamericano. La NASA no lo consideró un técnico demasiado brillante y le dio carta de libertad. Yo lo empleé en mi gabinete de investigación. Un día, hace de esto tres años, Eicken vino a mí con una fórmula escrita en un papel. Vi que de ser ciertos los cálculos del profesor obtendríamos un combustible nuevo, con una energía cincuenta veces superior a la de todos los combustibles ensayados hasta entonces, fácil de manejar, no demasiado caro, lo que permitiría construir aeronaves más grandes… o llevar las actuales más lejos con un peso de combustible mucho menor.

—¿Es ese mismo combustible el que hemos utilizado hoy para llegar hasta aquí arriba?

—Sí. Pero tenga en cuenta que con haber descubierto un combustible no lo teníamos todo. Se hacía necesario diseñar un nuevo motor, capaz de resistir la tremenda fuerza y el calor que desarrollaría nuestro combustible. Se hicieron pruebas y más pruebas… gasté muchos millones hasta conseguir el motor ideal; seguro, potente y liviano. Esos son los motores del LANZA.

—Ese combustible… los nuevos motores, el LANZA ¿constituyen un secreto para el mundo, o ya se han mostrado a la NASA?

—Todavía son un secreto… y créame que es un secreto que pesa mucho. Al principio trabajamos con ilusión. Mi idea era dar al mundo un avión como jamás había existido otro. Un avión capaz de volar de Nueva York a París en veinte minutos con toda comodidad y seguridad. Pero todo cambió el día que por primera vez el LANZA pudo convertirse en un satélite de la Tierra. Me regocijaba pensar la cara de asombro que pondrían los chicos de la NASA cuando yo, Harry Tierney, les mostrara un avión que, sin apartarse demasiado de lo convencional, podía hacer con toda facilidad un viaje de ida y vuelta a la Luna con doscientos pasajeros instalados a todo confort. Vi un gran futuro abierto ante mi avión. Cerré los ojos y me di a imaginar todo lo que mi LANZA sería capaz de hacer… ¡Y me asusté!

—¿Dice que se asustó? ¿Por qué? —preguntó Miguel Ángel sorprendido.

—Señor Aznar, ¿qué cree usted que ocurriría si mañana mismo yo presentara mi nuevo avión a los periodistas?

—Supongo que al día siguiente recibiría usted millares de

ofertas para comprarle su avión.

—No. El gobierno de mi país ni siquiera me permitiría enseñárselo a mis posibles clientes. Dirían “tenemos una máquina que nos convertirá en el país más poderoso de la Tierra… mientras otros no redescubran al LANZA y construyan algo, igual”. Y automáticamente mi LANZA pasaría a convertirse en una máquina supersecreta. Y esto no ocurriría sólo en Estados Unidos, sino en cualquier otro país donde intentara presentar mi aparato.

—¿Quiere decir que no le permitirían ganar todos los millones que tenía calculado amasar?

—No estoy pensando en el dinero que invertí ni en los millones que esperaba ganar. Pienso en las grandes empresas que sería capaz de llevar a cabo mi avión… y sólo veo una flota de aviones como mi LANZA arrojando bombas atómicas sobre la Tierra.

—¿Le teme a las consecuencias que del mal empleo de su avión se puedan derivar, eh?

—Los hombres somos malos, señor Aznar. A la vista del comportamiento humano pienso que ni la desintegración del átomo ni mi LANZA harán nunca la felicidad del hombre. Por cada átomo que se haga estallar con fines pacíficos se emplearán millones en la destrucción y el aniquilamiento de nuestra cultura. Por cada LANZA que se utilice acercando a los pueblos de la Tierra, habrá mil dedicados a destruir esos pueblos. Y al fin y al cabo, ¿qué necesidad hay de crear nuevas máquinas para que los hombres lleguen más pronto a los sitios?

—Señor Tierney, usted me desconcierta —murmuró Miguel Ángel—. Admiro su modo de pensar pero ¿qué se propone hacer con este avión? No quiere darlo a conocer ni puede destruirlo.

—¿Por qué no voy a poder destruirlo?

—Bueno, como poder sí puede. Sólo que pienso que no querrá.

Tierney guardó silencio. Miraba fijamente a la pantalla de televisión, aunque en realidad parecía no verla. Levantó el brazo y señaló con su mano enguantada.

—Portugal…

Estaban sobre las islas Azores y ya se divisaba en lontananza la costa portuguesa. En el reloj de a bordo eran las 12,14.

—Señor Aznar —dijo Tierney de pronto—. Le he hecho venir desde España, ¿sabe para qué?

—No.

—He decidido destruir mi avión antes que entregarlo a las torpes manos de quienes harían de él un instrumento de guerra. Sólo cabría una justificación para que yo entregara mi LANZA a mi gobierno.

—¿Cuál?

—Que la Tierra estuviera realmente amenazada de un peligro procedente de otros planetas.

—¡Ah! —murmuró Miguel Ángel Aznar, y guardó silencio.

—Señor Aznar —dijo Tierney con voz grave—. ¿Es cierta la historia que usted me contó allá en mi despacho? ¿Existen los Hombres Grises de Venus? Hábleme con sinceridad.

—Yo los he visto.

—Si existe en Venus una raza de seres inteligentes… hombres o no humanos que tripulan "platillos volantes" y naves tal vez aún más poderosas… ¿cuál es el futuro que nos espera? ¿Cuáles son las intenciones de esos seres?

—Lo ignoro.

—Podrían atacarnos con sus poderosas armas y destruir el mundo, en cuyo caso, las consecuencias serían mil veces peores que todas las calamidades que podría acarrear un mal uso de este avión en manos de las potencias de la Tierra.

—Es posible. No puedo decir que sí ni que no. Sabemos muy poco de los Hombres de Venus… excepto que proceden de Venus.

—Señor Aznar. Si yo y un grupo de amigos fuéramos en un viaje a Venus… ¿vendría usted conmigo?

—¿A Venus? —exclamó Miguel Ángel pegando un respingo.

—¿Vendría usted con nosotros… aunque sólo fuera para demostrar al mundo que no es usted un embustero y que existen los Hombres de Venus?

—¿En serio se propone usted ir allá?

—Sí.

—¿Sólo para convencerse por sí mismo de que realmente existen los Hombres de Venus?

—Si tuviéramos pruebas irrefutables de la existencia de esos seres superdotados, yo entonces entregaría el secreto de mi avión a los Estados Unidos. Porque el LANZA sería el único avión capaz de enfrentarse al invasor… o de llevar la guerra al propio Venus si

fuera necesario. Si no pudiera demostrar la existencia de esos seres en Venus, destruiría mi avión al regreso. También lo destruiría ahora mismo si usted se retractara de todo cuanto se ha dicho respecto a los Hombres de Venus, y admitiera ante mí, sin testigos, que su historia y la del profesor Stefansson fue pura invención.

—Jamás me retractaré de algo que he visto y vivido realmente. No lo haría ni siquiera por evitarme los riesgos seguros de un posible viaje a Venus —contestó Miguel Ángel con firmeza.

—Entonces, ¿cuento con usted para ese viaje a Venus?

—Sí.

Eran las 12,24 y volaban sobre Portugal. Un minuto y treinta y tres segundos después estaban sobre Toledo, dejando a babor Madrid. Desde aquí podían divisar ya el azul Mediterráneo, sobre el que entraron exactamente a las 12 horas, 21 minutos y 32 segundos.

A las 12,23 dejaban atrás la isla de Cerdeña. Un minuto después volaban sobre Italia. A las 12,26 sobrevolaron Albania, entraban en Grecia y se lanzaban en dirección a Turquía, pasando sobre Ankara a las 12,30.

Cruzando toda Turquía entraron en territorio soviético y volaron sobre los grandes yacimientos petrolíferos de Baku, exactamente a las 12,34. Entonces empezó a anochecer, pues aunque en el reloj de a bordo eran las 12,38, en Buchara debían ser las 9 horas, 24 minutos al pasar sobre esta ciudad. Abajo, en la tierra, ya era completamente de noche. Sin embargo, desde el LANZA, todavía podía verse el sonrosado horizonte por donde acababa de ocultarse el Sol.

A partir de este momento volaron envueltos en las tinieblas de la noche sobre la inmensidad de Asia. Pero a las 12,52 Harry Tierney señalaba a la pantalla y anunciaba.

—¡Pekín!

Eran las 12,56 al dejar atrás Corea. Dos minutos después volaban sobre el Japón. A la una y cuatro minutos apareció en el horizonte la luz del alba.

Miguel Ángel Aznar presenció un extraño amanecer. El sol asomó sobre la combada línea del horizonte y empezó a escalar el cenit a una velocidad vertiginosa, de modo que al divisar la costa de los Estados Unidos lo tenían casi sobre sus cabezas.

Entraron en los Estados Unidos por California a la 1,23, y sobrevolaron los estados de Nevada, Utah y Colorado. En el curvado horizonte asomó la mancha azul del lago Michigan. Harry Tierney anunció:

—Vamos a prepararnos para la reentrada en la atmósfera. Ahora debemos ponernos las escafandras.

Los dos hombres ya tenían colocadas las escafandras, las manos sobre los brazos de sus sillones, cuando entraron en acción los motores del LANZA. Apuntados en el ángulo adecuado, adelante y hacia abajo los dos motores laterales y el motor de proa frenaban al avión al mismo tiempo que lo sostenían en el aire, impidiendo que la pesada máquina, en su caída, acelerara su velocidad.

Sostenido, y a la vez suavemente frenado por los tres motores, el LANZA empezó a perder altura. La reentrada en la atmósfera que era siempre la maniobra más complicada y peligrosa para las naves que regresaban a la Tierra, no tuvo más importancia para el LANZA que el aterrizaje de un avión convencional.

El fuselaje y las alas del avión, totalmente recubiertas de cerámica especial, resistieron perfectamente las altas temperaturas producidas por la fricción de la máquina en el aire. Las cortas alas entraron entonces en función, y se inició el largo planeo que llevó al LANZA hasta el lago Erie con la seguridad y firmeza de un avión de línea.

Al tomar tierra en el aeródromo de la “Tierney Air Craft Co”, en un alarde de fuerza, Harry Tierney encendió el motor de popa, y con los cuatro motores apuntando hacia el suelo, el avión se mantuvo inmóvil un minuto, para después descender verticalmente y tocar en la pista con la suavidad de un helicóptero.

CAPÍTULO III

Los padres de Bárbara vivían en una granja en los alrededores de Trenton. Después de pasar el fin de semana con los Watt, el domingo en la tarde Miguel Ángel Aznar y su esposa tomaron el tren, y a la mañana siguiente se presentaban en las oficinas de la "Tierney Aircraft", donde fueron atendidos por la señorita von Eicken.

Harry Tierney había ofrecido a Aznar pagarle un sueldo por todo el tiempo que tardaran en salir de la Tierra, y luego por la duración del viaje a Venus, hasta regresar de nuevo. Miguel Ángel Aznar, en verdad, sólo opuso un reparo.

—Soy casado, señor Tierney, y muy enamorado de mi esposa a decir verdad. Es cierto que no tenemos hijos, pero nuestra separación no sería menos dolorosa por ello. Además, mi esposa podría poner objeciones.

—¿Qué clase de objeciones, señor Aznar?

—No querrá que me marche y la deje sola.

—¿Y si ella nos acompaña?

—¡Oh, aceptaría con mucho gusto!

—Su esposa puede venir si gusta. No será la única mujer. Por razones parecidas, aunque en este caso se trata de amor entre padre e hija, la señorita von Eicken formará parte de la expedición. Naturalmente, también se le asignará un sueldo a la señora Aznar.

Bárbara no era una mujer corriente. De haberlo sido seguramente se habría negado a participar en aquella insensata aventura, y habría amenazado a su esposo con el divorcio si él aceptaba.

Por lo contrario, Bab aceptó encantada, máxime cuando Miguel Ángel le anunció que ambos iban a cobrar un sueldo.

Tierney no les esperaba seguramente tan pronto y pareció sorprendido al verles. Estrechó la mano de Bárbara, y mirando receloso a Aznar preguntó:

—¿No habrá ocurrido ningún contratiempo, supongo?

—¡Oh, no! —le tranquilizó Miguel Ángel—. Mi esposa acepta venir.

—¡Magnífico! ¿Usted fue la secretaria del profesor Stefansson,

no es cierto? Tenemos mucho trabajo para usted. Hay que escribir centenares de cartas a nuestros proveedores para que nos suministren todo el equipo que necesitamos llevar. La señorita von Eicken no podrá ayudarla mucho en esto. Ella es mi secretaría y la factoría debe seguir funcionando normalmente. Nadie debe sospechar acerca de lo que estarnos haciendo, y debo insistir en recordarles que no deberán hablar a nadie de nuestros planes. Mientras estén aquí utilizarán un supuesto nombre, que ustedes pueden elegir libremente. Ahora les voy a llevar a la que será su residencia por todo el tiempo que permanezcan aquí.

Tierney les llevó fuera de la oficina y les hizo montar en un jeep, del que él mismo tomó el volante.

El automóvil abandonó el recinto vallado de la factoría, tomó una carretera y corrió más de tres kilómetros a lo largo del aeródromo, para luego dejar la carretera y meterse por un camino lleno de polvo que les llevó, a lo largo de la cerca que cerraba el aeródromo, hasta una quinta que se levantaba entre las dunas contiguas al lago, pero del lado interior de la cerca, o sea todavía en terrenos de la “Tierney Aircraft”.

Un guardián armado vigilaba la puerta de la cerca y un perro salió ladrando de la casa y corrió al encuentro de Tierney.

—“Chita”, ven aquí —llamó el millonario. Y la perra se echó en el suelo para que Tierney le rascara la barriga.

—Voy a presentarles a otro miembro de nuestra expedición que llegó ayer en la tarde —anunció Tierney guiando a los Aznar hasta el pórtico de la casa.

Un hombre menudo, delgado, de largos y blancos cabellos, abandonó una mecedora en la sombra del porche. Era el profesor Louis Frederick Stefansson, que había sido jefe de la “Astral Information Office” en los tiempos en que tuvo lugar la famosa expedición al Tibet en busca de los “Hombres Grises” de Venus.

—¡Profesor Stefansson! —exclamó Bab corriendo a coger las manos del viejo.

—¡Señorita Watt, qué sorpresa! —exclamó el sabio—. ¿Cómo está usted?

—Casada. Me casé con Aznar, aquel español testarudo que fue nuestro piloto en el viaje al Tibet. Mírele, está aquí también.

—¡Ah, señor Aznar! Perdonen mi distracción, si no recuerdo yo

mal, su boda fue… ¿cuándo fue la boda?

—Al regresar yo de la India y encontrarme de nuevo con Bárbara Watt en Nueva York.

—Vamos, caballeros —dijo Harry Tierney—. Hace mucho calor aquí. Mejor entremos en la casa.

Entraron en un espacioso salón que tenía puertas cristaleras sobre una terraza que daba directamente a la playa y al lago.

—¿Desde cuándo está aquí? —preguntó Miguel Ángel al profesor.

—Llegué el sábado. El señor Tierney me invitó a pasar el fin de semana en su quinta. Hemos estado charlando de cosas muy interesantes.

—El profesor ha aceptado mi invitación de formar parte de nuestra expedición —dijo Tierney—. Tengo el propósito de hacer extensiva esta invitación al resto de los hombres que estuvieron con ustedes en el Tibet; Richard Balmer, George Paiton y Walter Chase. Mis detectives están tratando de localizarles.

Tierney se sentó en un sillón frente a sus invitados.

—Siento que tenga que ser de este modo —dijo excusándose—, pero mientras permanezcan aquí tendrán que vivir en forzada reclusión. En lo que sea posible, no deberán mostrarse demasiado por ahí. Si algún periodista les identificara podría crearnos graves problemas. Ya hay demasiada gente que está en el secreto de este viaje a Venus. Un secreto compartido por muchos es difícil de guardar. Si trascendiera por algún resquicio lo que pensamos hacer, no tardaría en presentarse aquí la plana mayor de la NASA haciendo preguntas que no podríamos contestar.

—¿Hay ya una fecha fijada para la partida? —preguntó Miguel Ángel.

—Sí. Venus, cuando se encuentra cerca de su conjunción superior, o sea detrás del Sol, dista de la Tierra más de doscientos cincuenta millones de kilómetros. Cuando está más cerca de la Tierra, en conjunción inferior, la distancia se reduce a sólo cuarenta millones de kilómetros. Tendremos que aprovechar las fechas de mínima distancia entre la Tierra y Venus para hacer más corto el viaje. Aún así calculamos que no invertiremos menos de 50 días en alcanzar a Venus. No disponemos de mucho tiempo para las muchas cosas que todavía tenemos que hacer.

—¿No está listo el Lanza para emprender el viaje?

Harry Tierney dijo que no lo estaba. Técnicamente el “Lanza P-50” podría emprender el vuelo a Venus en cualquier momento. Pero faltaba acondicionarlo para un viaje interplanetario, para el que no estaba preparado.

No existían graves dificultades en cuanto a la puesta a punto del “Lanza”. Todos sus problemas técnicos podrían resolverse. Era Venus la causa de los quebraderos de cabeza de Tierney.

Para empezar, se sabía muy poco de Venus. Entre los detalles que le asemejaban a la Tierra podía citarse su masa, que era el 80 por 100 de la de la Tierra. La diferencia de gravedad apenas la notarían los astronautas. El diámetro de Venus era de 12.200 kilómetros, frente a los 12.750 de la Tierra. Su masa, de 5,1 también estaba próxima a la terrestre, que era de 5,7.

La observación de la superficie de Venus se veía impedida por un denso mar de nubes que rodeaban al planeta. Estas nubes estaban formadas sobre todo por nitrógeno, pero también se apreciaba la existencia de abundante anhídrido carbónico, además de trazas de vapor de agua, con tenues vestigios de oxígeno.

Como era sabido, los astrónomos realizaban análisis de la atmósfera de los astros, por muy lejos que estos se encontraran, sirviéndose del espectroscopio.

La luz, al atravesar un prisma, se descompone en la gama de colores del arco iris. Ahora bien; además de los colores que presenta el espectro, aparecen unas rayas luminosas, de posiciones determinadas, que varían con la clase de los cuerpos que intervienen en la refracción de la luz. Estas rayas estaban perfectamente estudiadas, y por ellas se podía conocer a distancia la composición de los gases.

Por ejemplo, la luz del sol que reflejaba la superficie de Marte, atravesaba la tenue atmósfera de este planeta para llegar al espectroscopio de un observador situado en la Tierra, y este podía conocer los gases de que estaba formada la atmósfera de Marte.

Pero este procedimiento no era del todo válido para Venus. Las excelentes características reflectoras de Venus, cuyo “albeo” era más de las tres cuartas partes de la nieve (0,76) se debían a la existencia de una capa de “alto-cirrus” a gran altura, semejantes a las que se forman en la Tierra a una altura menor.

Ello quería decir que la luz que se recibía en los espectroscopios terrestres era la reflejada por las altas capas atmosféricas, precisamente donde era menor el contenido de oxígeno.

—Parece que hay allí abundancia de anhídrido carbónico, pero no sabemos si encontraremos bastante oxígeno para respirar —dijo Tierney.

El profesor Stefansson contestó:

—La Tierra, en su evolución, ha pasado por periodos en los cuales la proporción de anhídrido carbónico era importante, y a pesar de ello prosperaron los animales y las plantas. Es más, los periodos glaciares de la Era Cuaternaria se explican por un notable aumento del anhídrido carbónico en nuestra atmósfera, y en esa época ya vivía el hombre. El anhídrido carbónico no es nocivo en sí. Simplemente, no sirve para respirar. En una atmósfera donde exista bastante oxígeno actúa como gas inerte.

—Este es nuestro problema —puntualizó Tierney—. A falta de datos fidedignos, no podemos programar nuestro plan de acción sobre supuestos. Debemos prepararnos tomando como base las alternativas más desfavorables o puede ocurrir que lleguemos a Venus y nos quedemos inmovilizados.

Tierney explicó que tenía en proyecto llevar a Venus un helicóptero y un automóvil “jeep” u otro vehículo automóvil. Pero los motores de gasolina del helicóptero y el automóvil necesitaban oxígeno para la combustión. En otras palabras, no funcionarían en una atmósfera enrarecida con insuficiente proporción de oxígeno.

—Podríamos tal vez construir otros motores que, acoplados al helicóptero y al automóvil, funcionaran utilizando el mismo combustible que los motores del Lanza. Pero ¿podrá moverse un helicóptero en la atmósfera de Venus?

—¿Por qué no? —contestó el profesor Stefansson—. Con oxígeno o sin oxígeno, si su helicóptero puede hacer girar las palas del rotor, es de esperar que estas encuentren una atmósfera lo suficiente densa para favorecer el vuelo.

—Y de la velocidad del viento, profesor, ¿qué me dice usted?

—¡Ah! —murmuró Stefansson—. Esa es otra cuestión distinta. Depende del periodo de rotación de Venus. Los observadores no han logrado ponerse de acuerdo en esto, debido sobre todo a la dificultad de fijar un punto de referencia en la superficie del

planeta. La mayoría de los astrónomos nos inclinamos por suponerle un tiempo de rotación sobre su eje de unas veintitrés horas aproximadamente. Otros opinan que Venus invierte en girar sobre su eje el mismo tiempo que tarda en dar una vuelta alrededor del sol. En este último caso habría un hemisferio de Venus vuelto siempre hacia el sol, en tanto que en el hemisferio opuesto reinaría la noche eterna. Esto originaría enormes diferencias de temperatura de un hemisferio a otro. El aire caliente de la zona tórrida tendería a “llamar” al aire frío del hemisferio opuesto, dando lugar a un continuo y violento huracán.

—Es decir —concluyó Harry Tierney—, ningún helicóptero podría volar en mitad de este huracán. En este caso tendríamos que valernos sólo de nuestro automóvil.

Tierney se puso en pie para marcharse.

—Señor Tierney —dijo Miguel Ángel levantándose—. Usted me ha ofrecido un sueldo, pero todavía no hemos hablado de cual será mi cometido.

—Usted es aviador, señor Aznar. Por lo tanto cumplirá un cometido adecuado a sus aptitudes. Aprenderá a pilotar el Lanza.

—¡Pilotar el Lanza, yo! ¡Pero sólo soy un aviador. Se necesitan meses, incluso años para formar un cosmonauta! No sé si podré…

—Naturalmente que podrá, señor Aznar. Han pasado muchos años desde que el primer hombre hizo un vuelo orbital a bordo de una pequeña cápsula, y la astronáutica no ha dejado de progresar desde entonces. La imagen que el común de la gente conserva del cosmonauta clásico ha quedado desfasada. El automatismo ha desplazado al hombre dando entrada a la era de los computadores. Hoy día enviamos a Marte y a Venus sondas espaciales completamente automáticas. Las hacemos despegar, las dirigimos en vuelo o ellas mismas hacen las rectificaciones necesarias en su rumbo, nos envían fotografías y aterrizan por sí solas a doscientos millones de kilómetros de su base de partida. Usted me ha visto pilotar el Lanza, si bien en realidad sólo hice que apretar unos cuantos botones.

—Usted tenía un piloto. ¿Qué ha ocurrido con él? —preguntó Aznar.

—Era un cosmonauta desechado de los cursillos de adiestramiento de la NASA. Un alto funcionario me lo recomendó y

le acepté.

—¿No es un buen profesional?

—Sí lo es. No tengo quejas contra él como profesional. Él, es decir McAllan, me ha estado chantajeando en las últimas semanas, amenazándome con hacer declaraciones a cierto periódico sobre las pruebas que estamos llevando a cabo en el Lanza. Finalmente he decidido despedirle.

—Pero si le despide él se vengará denunciando lo que estamos haciendo con el Lanza.

—A estas horas debe estar volando al Brasil con diez mil dólares en el bolsillo. Es posible que tenga que darle otros diez mil antes de que estemos preparados para despegar. No sé si realmente tiene algún periodista sobre la pista de nuestros propósitos. De ahí que tenga que insistir una vez y otra en que guarden la máxima reserva. Venga si quiere conmigo ahora, Aznar. Le enseñaré nuestro simulador de vuelo y recibirá las primeras nociones de astronáutica del profesor von Eicken.

Aquella misma mañana Miguel Ángel Aznar fue presentado a Thomas Dyer, el primer ingeniero de la factoría. Dyer era un hombre de cuarenta años, soltero, completamente calvo y propenso a la obesidad, aunque se cuidaba mucho y practicaba con asiduidad el tenis para mantenerse en forma. Dyer, pese a su apariencia poco llamativa, era el hombre que había diseñado los motores del Lanza. Actualmente estaba trabajando en el diseño de un motor turbina que, utilizando el mismo combustible revolucionario que el Lanza, pudiera acoplarse a un helicóptero convencional.

Thomas Dyer llevó a Miguel Ángel Aznar al laboratorio de la factoría, donde el profesor von Eicken estaba trabajando en el simulador.

El simulador de vuelo era un instrumento indispensable en el adiestramiento de los pilotos, y de hecho se construía antes que el prototipo a fin de estudiar todas las posibles reacciones que en vuelo tendría el avión original.

La cabina era una reproducción exacta de la del Lanza. Una computadora simulaba todas las condiciones que se darían en un vuelo real, desde las más elementales, como el cierre de las escotillas y el tren de aterrizaje, hasta las más complicadas, como la situación de ingravidez en que se encontraría el aparato a una

altura determinada.

El Lanza había sido construido como un avión convencional. Sin embargo, el piloto tenía que olvidarse de todos los convencionalismos una vez el aparato hubiera ascendido a más de 50.000 metros de altura.

Por encima de la atmósfera terrestre, donde no había aire, el Lanza tenía que dirigirse por medios completamente distintos al de un avión convencional. A esta altura ni los planos de sustentación ni los estabilizadores servían para nada. El aparato, convertido en cosmonave, tenía que dirigirse por medio de chorros de gases.

Aquí cobrará toda su importancia la particularidad de los motores del Lanza, capaces de girar sobre su eje y apuntarse en distintos ángulos. Con el motor de proa apuntando hacia abajo y el de cola apuntando hacia arriba, la aeronave empezaba a voltear como una campana. Pero si se apagaban los motores, el Lanza seguía volteando igual, porque en un medio sin aire, no existía freno alguno que lo detuviera. Entonces se hacía necesario un freno, proporcionado por los mismos motores pero en sentido inverso.

Pero si el chorro aplicado en sentido inverso era demasiado fuerte, la cosmonave voltearía al revés.

El piloto, por fortuna, no tenía que calcular a ojo qué impulso sería necesario para imprimir al avión un movimiento determinado. La computadora calculaba la fuerza y el tiempo necesarios, y además los aplicaba, teniendo el piloto solamente que apretar un botón.

Pronto Miguel Ángel Aznar se encontró inmerso en este mundo fantástico de las computadoras, metido horas y horas en el simulador de vuelo.

Ahora bien, el funcionamiento de una computadora se basaba en las matemáticas y la electrónica, y Miguel Ángel Aznar tuvo que estudiar de nuevo, a veces hasta altas horas de la noche, con las mismas inquietudes y anhelos que un colegial.

Llevaba Miguel Ángel tres semanas en Cleveland cuando un día, inesperadamente, vio llegar a Richard Balmer y George Paiton a la quinta de la playa.

Richard Balmer había sido el operador de radio y “radar” de Miguel Ángel Aznar en la expedición que les llevó al Tibet siguiendo la pista de los Hombres Grises de Venus. En el mismo

viaje, George Paiton era el copiloto.

No habían cambiado apenas. Balmer había aumentado un poco de peso, y Paiton era el mismo muchacho espigado de cabellos rubios y ondulados.

La sorpresa fue simultánea por ambas partes.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó Balmer—. ¿Ha sido usted, profesor Stefansson, quien nos hizo venir ocultándose bajo el falso nombre de Harry Tierney?

—No, se lo aseguro.

Ni el profesor ni Miguel Ángel sabían qué hacer, cuando la llegada del señor Tierney decidió el asunto. Tierney se presentó a sí mismo como autor de las cartas que ambos habían recibido, y a continuación habló a la pareja de su proyecto de volar hasta el planeta Venus en un intento por confirmar la existencia real de los Hombres Grises.

George Paiton y Richard Balmer cambiaron entre sí una mirada.

—El señor Aznar y su esposa, y el profesor Stefansson también, han aceptado tomar parte en la expedición —terminó diciendo Tierney—. Si ustedes quieren acompañarnos serán muy bien acogidos.

Paiton mascó goma furiosamente. Balmer se rascó la nuca perplejo.

—¿Qué tenemos que perder? —murmuró Balmer.

—Nada —dijo Paiton—. Después de todo, a mí ya me estaba cargando esa tienda de electrodomésticos. No soy un tendero, soy aviador.

—Cuente con nosotros —dijo Richard Balmer tendiendo su mano.

Así quedó decidido que Balmer y Paiton formarían parte de la expedición. Tierney dijo que había estado haciendo gestiones para incorporar también a Walter Chase que había sido navegador en la tripulación del “Condor”. Al contrario de los demás, los negocios le iban muy bien a Walter Chase. Se había casado con una muchacha cuyo padre era propietario de una cadena de supermercados en Alemania. Tenía mellizos y parecía feliz.

Tierney no consideró oportuno llamarle. Un hombre casado, con hijos y bastante dinero, no abandonaría su cómoda situación a cambio de los riesgos y la incertidumbre de un viaje interplanetario

a la misma guarida de los “platillos volantes”.

Los dos nuevos miembros se incorporaron de inmediato a las tareas del grupo. Balmer aportó al equipo sus conocimientos y su ingenio creador en materia de electrónica, algo sumamente valioso, tenida cuenta la complejidad del Lanza, donde todo estaba automatizado.

Pronto estuvo Balmer vestido con un “mono” azul, metido entre los manojos de cables eléctricos que recorrían en todos sentidos el interior del fuselaje de la astronave.

George Paiton como piloto, pasó a estudiar con Miguel Ángel el manejo del Lanza. A la semana de llegar, Balmer y Paiton estaban tan enfrascados en la tarea como cualquiera de los demás.

Harry Tierney, ciertamente, pagaba un buen sueldo a cada uno de los expedicionarios, incluso a Bárbara. Pero no era un dinero regalado. Los hombres se lo ganaban. Y también las mujeres. Lo extraordinario del caso era la rara habilidad de Tierney para obtener de cada uno el máximo rendimiento, con arreglo a su capacidad, sin que a ninguno le pareciera excesivo el esfuerzo que se les exigía.

—¡Y pensar que no pude ascender de grado en las Fuerzas Aéreas por culpa de las malditas matemáticas! —exclamaba George Paiton.

Los días transcurrían sin sentirse en este empeño común por tener todo listo en la fecha fijada. Richard Balmer y George Paiton vivían con el profesor Stefansson y los Aznar en la “quinta” de Tierney junto al lago Erie. Cada fin de semana, Tierney, von Eicken, Else, Edgar Ley y Thomas Dyer se reunían en la quinta y repasaban la tarea realizada en la semana.

El Lanza había recibido ya el nuevo montacargas que habría de servir a la vez de plataforma de vuelo al helicóptero. Se levantaban mamparos y se colocaban puertas estancas. Thomas Dyer y el profesor von Eicken habían resuelto las dificultades que se oponían al funcionamiento de un nuevo tipo de motor alimentado por el mismo combustible que utilizaban los motores del Lanza.

Transcurrido cierto tiempo empezaron a llegar paquetes y cajas procedentes de distintos puntos del país, algunos de Alemania y Suiza.

Llegó el helicóptero, el último modelo incorporado a la Navy,

con motores de turbina, casco flotador, rotor retráctil y cola plegadiza, lo que permitía ser transportado en un espacio bastante reducido. Inmediatamente pasó al taller, donde los motores de turbina fueron reemplazados por los motores de nueva concepción construidos por Thomas Dyer.

Miguel Ángel Aznar probó el nuevo helicóptero, demostrándose que con los nuevos motores alcanzaba casi el doble de potencia y un techo jamás conseguido hasta entonces por ningún helicóptero del mundo.

Poco después llegó el vehículo anfibio, que fue sometido a igual transformación. Tanto el helicóptero como el anfibio quedaron en condiciones de operar en una atmósfera sin oxígeno. El camión anfibio incluso podría hacerlo en un medio carente en absoluto de atmósfera.

Las pruebas de estos dos vehículos fueron exhaustivas, retocándose una vez y otra hasta obtener de ellos un funcionamiento perfecto.

Al aproximarse la fecha de partida se multiplicaba el trabajo. Algunos envíos fueron introducidos de noche y descargados con sigilo en el almacén número 6, donde nadie podía penetrar sin una tarjeta de identificación especial. Las armas tuvieron que ser llevadas a bordo del Lanza sin desembalar, igual que las provisiones, que podían delatar por su gran cantidad la intención de un vuelo de varios meses de duración.

Tierney temía que de un momento a otro fuera a descubrirse su plan, bien por una delación de McAllan, bien por una indiscreción del personal de la factoría.

A fin de que el personal operario de la factoría no tuviera acceso al Área Tres, los expedicionarios, por sí mismos, trabajaban de noche acarreando el material desde el almacén a la aeronave. El joven Bill Ley y Williamson cooperaban en esta tarea con Miguel Ángel, Richard Balmer y George Paiton.

Cuando finalmente llegó la fecha señalada, todos estaban agotados y con los nervios en tensión.

Harry Tierney dispuso que la salida se efectuara en la noche del domingo, aprovechando las horas en que la factoría estaría desierta y silenciosa. La reunión del sábado, la última que realizarían en la quinta, estuvo presidida por una gran excitación.

Parecía mentira que, después de meses de preparación, quedaran todavía pendientes tantos pequeños detalles. Casi todo el material científico estaba todavía en la quinta, donde el profesor Stefansson lo había ordenado y clasificado. Tierney, Thomas Dyer y la señorita von Eicken se quedaron a dormir en la quinta. El profesor von Eicken, Edgar Ley y Bill se encontraban ausentes. Habían ido en busca de los grandes camiones cisterna que durante la madrugada, con todo sigilo, traerían el combustible del Lanza desde una planta química secreta situada a gran distancia.

Las cisternas serían posteriormente lavadas con abundante agua hasta borrar todo indicio que pudiera conducir, mediante análisis de los restos, a una reconstrucción de la fórmula secreta de von Eicken.

Los que tenían familiares ya se habían despedido de ellos. Miguel Ángel y su esposa escribieron sendas cartas a sus respectivos padres, remitiéndoles un cheque por el total del dinero que figuraba en sus cuentas de ahorro.

Harry Tierney había dejado un testamento que sólo se abriría hasta trascurrido un año después de su desaparición.

Tras un sueño intranquilo, todos estaban desayunando a las seis de la mañana. Hodge Williams, que no iba a tomar parte en el viaje, llegó conduciendo un "jeep". Los efectos personales de cada uno y el material científico fueron transportados al hangar.

El gigantesco Lanza fue sacado del hangar por el tractor y quedó listo en la pista de despegue. Poco después llegaban los camiones cisterna con toneladas de combustible para los tanques de la cosmonave. También se llenaron los tanques del camión anfibio y del helicóptero, y un pequeño resto se almacenó en bidones. Toda la carga fue debidamente asegurada.

El trasiego de combustible se realizó sin contratiempos y los camiones fueron llevados a otro apartado lugar del aeródromo, donde Williams, los Ley, Paiton y Balmer los sometieron a concienzudo lavado.

A la puesta del sol estaban preparados para la marcha. El buen Hodge Williams se despidió de todos con lágrimas en los ojos y, llevando a "Chita" por la correa, se alejó hasta el "jeep", con el cual se retiró a prudencial distancia.

Los viajeros se pusieron sus trajes y escafandras, cada uno ocupó

su lugar y se cerraron puertas y escotillas.

Poco después del anochecer, el trueno de los motores del Lanza se extendía sobre el desierto aeródromo y la aeronave despegaba como un avión convencional para no llamar la atención. Luego, levantando la afilada proa, el Lanza se perdía en las alturas del cielo, derecho al espacio.

CAPÍTULO IV

Al salir del cono de sombra de la Tierra, la luz del Sol bañó al Lanza. Éste carecía de ventanas, pero a través de la pantalla de televisión el cielo aparecía completamente negro, brillando en él a la vez el Sol, la Luna y las estrellas.

La velocidad que un móvil debería alcanzar para sustraerse a la fuerza de atracción de la Tierra, o "velocidad de escape", era de 11,3 kilómetros por segundo. La del Lanza en estos momentos era algo mayor, exactamente de 12 kilómetros por segundo.

Si esta velocidad se hubiera mantenido de un modo constante, el Lanza recorrería 43.200 kilómetros en una, hora, y 10.636.800 kilómetros en 24 horas tardando solamente cuatro días en salvar los 40 millones de kilómetros que aproximadamente separaban a Venus de la Tierra.

Pero la cosmonave se encontraba todavía en la zona de la atracción de la Tierra, y esta fuerza frenaba al Lanza de forma imperceptible, pero constante. A motor parado, aprovechando el impulso del despegue, el Lanza atraído por la fuerza de gravedad de Venus, se aceleraría en su "caída" hacia aquel planeta.

El Lanza, según estos cálculos, debería invertir 50 días en el viaje pero cincuenta días en el espacio era un tiempo demasiado prolongado.

Todas las experiencias realizadas hasta el presente por la NASA sobre sus cosmonautas demostraban que el ser humano, expuesto durante tiempo prolongado a la falta de gravedad, sufría descalcificación en los huesos y un acortamiento de los músculos, todavía no explicados.

Tierney decidió reducir el tiempo de la travesía a sólo 20 días, para lo que aumentó la velocidad de la cosmonave, al precio de tener que gastar más combustible en la operación de frenado al llegar a Venus.

La falta de gravedad era causa de trastornos fisiológicos que no todos soportaron por igual. Se habían dispuesto en el piso asas de cuero. Para andar de un lado a otro introducían la punta del pie en un asa y en el paso siguiente la punta del otro pie en otra asa.

Aunque tosco y elemental, este sistema dio un buen resultado.

Algunos, especialmente la gente joven, preferían a veces darse impulso a lo largo de los pasillos, dándose con frecuencia coscorrones que eran celebrados con risas y bromas.

Las comidas representaban un verdadero problema y no podían hacerse de forma convencional. Los platos no se sostenían en la mesa. Los alimentos se despegaban del plato y volaban caprichosamente por los aires. Y los líquidos por igual razón, se salían de los vasos y recipientes para formar gotas en suspensión.

La NASA, a lo largo de muchos años de experiencia, había encontrado la forma de solucionar estos problemas, y los mismos sistemas eran empleados a bordo del Lanza.

No faltaba trabajo en que ocuparse. La mayor parte del equipo todavía estaba embalado y tenía que sacarse de las cajas y ordenarse. Entre este equipo figuraban abundantes armas y material bélico, siendo el más voluminoso una rampa lanza-cohetes para la defensa de la aeronave.

Montada sobre raíles, esta plataforma giratoria, son su sistema de dirección de tiro por "radar", podía deslizarse hasta el montacargas y ser elevado fuera de la aeronave lo mismo que el helicóptero.

Durante las primeras semanas de viaje, la emoción de sentirse viajando por el espacio y los trastornos físicos no dejaban apenas tiempo para pensar. Pero a medida que se acercaban a Venus se hacía notar la preocupación que a todos embargaba.

A una semana de Venus, Miguel Ángel expuso sus ideas:

—No es de suponer que los "thorbod" tengan allí un servicio de vigilancia por radar. De momento no temen que ninguna aeronave terrestre les venga a molestar, pero si por cualquier circunstancia nos descubren, su reacción inmediata sería destruirnos. Y en esto estamos en desventaja. Cualquier impacto que consigan sobre nosotros puede causarnos daños tales que nos impidan regresar a la Tierra. Si esto ocurriera quedaríamos presos en Venus para siempre… ¡Y ni siquiera sabemos si hallaremos en Venus condiciones de habitabilidad que nos permitan respirar y alimentarnos por tiempo indefinido!

—Si los "thorbod" nacieron y se desarrollaron en Venus, es señal de que las condiciones ambientales en Venus no difieren demasiado de las de la Tierra —aseveró el profesor Stefansson.

—Es curioso —observó Miguel Ángel—. Ignoro por qué razón, siempre he sido de la opinión de que los “thorbod” no son nativos de Venus.

—Yo examiné sus cadáveres en el Tibet —respondió Stefansson —. Su naturaleza, su sistema de respirar y su mecanismo circulatorio están más cerca del reino vegetal que del animal, sin que por ello se pueda afirmar rotundamente que se trate de vegetales. La vida, en fin, puede haber evolucionado en Venus hacia formas muy distintas de las que conocemos.

Venus era ya visible a simple vista en forma de un cuerno muy brillante, como la Luna en su cuarto creciente. Venus se movía en su órbita anual alrededor del Sol, y el rumbo de la astronave, apuntando al lugar donde el planeta debería encontrarse unos días después, debería coincidir con la llegada de Venus a ese punto exacto.

A medida que Venus y astronave se aproximaban a su punto de conjunción, el cuerno luminoso se iba haciendo más y más delgado.

A tres días de distancia de Venus se hizo necesaria una corrección.

Los dos motores principales fueron encendidos. La potencia de estos motores se graduó para que proporcionaran una fuerza de 9,81 metros por segundo, que era igual a la fuerza de gravedad. De este modo quedó restablecida instantáneamente la fuerza de gravedad a bordo. Ahora la tripulación podía moverse, comer y beber como si se encontrara sobre la tierra firme.

Todo iba bien a bordo. La única nota perceptible era un aumento tensión nerviosa a medida que se acercaba el momento. Era curioso que, después de largos meses de preparación, flaqueaban los ánimos ante la proximidad de aquel momento deseado.

Un fenómeno curioso, por todos observado, fue cierto retraimiento de Harry Tierney, reflejado en dudas e indecisiones impropias de su carácter de hombre de empresa.

En forma inversa, a medida que se acercaba el momento en que tendrían que enfrentarse a la temida incógnita, era Miguel Ángel Aznar quien mostraba más decisión y entereza. Si allá en Cleveland era Tierney quien tomaba las decisiones, aquí en el espacio era Aznar quien progresivamente iba ganando a Harry Tierney en la

disputa por el mando.

De hecho, siempre había ocurrido lo mismo. La historia estaba plagada de ejemplos de este tipo. En circunstancias anormales, cuando un grupo de personas se encontraba en peligro; en un bote salvavidas después de un naufragio; perdido en la selva tras un accidente de aviación; sepultado a centenares de metros en el derrumbe de una mina, siempre surgía el hombre que, espontáneamente, se hacía con el mando del grupo y decidía por los demás.

Agotado y en crisis después de largos meses de tensión, Tierney cedía ante Miguel Ángel Aznar, como reconociendo en éste aptitudes mejores que las suyas para llevar a buen fin la aventura en la que todos se encontraban involucrados.

Este cambio fue efectuándose gradualmente durante el viaje, y se decidió horas antes de alcanzar Venus.

—Nos acercaremos a Venus por el cono de sombra que el planeta proyecta en el espacio —dijo Miguel Ángel—. En mi opinión deberíamos tomar tierra inmediatamente. Es más seguro que volar dando vueltas al planeta.

—Bien —consintió Harry Tierney.

El Lanza “caía” hacia Venus a una velocidad todavía considerable.

Miguel Ángel ordenó a todo el mundo que fueran a ocupar sus literas y se amarraran bien, con los trajes y las escafandras puestos para prevenir cualquier contingencia.

En la cámara de derrota quedaron solamente Miguel Ángel, Harry Tierney, Richard Balmer y George Paiton. Se cerraron todas las puertas estancas. Tierney introdujo en la computadora los datos referentes al programa establecido para la toma de tierra.

Luego todo quedó en silencio. Incluso la pantalla de televisión quedó a oscuras…

De pronto entraron en acción los cuatro motores del Lanza, todos ellos apuntando verticalmente hacia Venus. El tremendo poder de reacción de los motores hundió a los pilotos en sus asientos. Ni la fuerza reunida de cuatro hombres habría podido despegar a uno sólo de su asiento.

En el altímetro-radar iban pasando velozmente las cifras correspondientes a la altura de la astronave con respecto a la

superficie del planeta. Miguel Ángel leía mentalmente: "15.000… 14.000… 13.000…"

Simultáneamente veía retroceder la aguja del velocímetro. Las cifras del altímetro-radar pasaban cada vez más despacio. Buena señal, pues indicaba que el Lanza estaba frenando con eficacia la velocidad de descenso.

"9.000… 8.000… 7.000…"

En la computadora se encendían y apagaban luces. Los carretes de cinta magnética giraban incesantemente. Iba en disminución la agobiante sensación de los primeros minutos.

"3.000… 2.000… 1.000…"

Miguel Ángel Aznar se inclinó ligeramente hacia adelante y empuñó los mandos, preparándose para el momento en que el Lanza penetraría en las altas capas de la atmósfera venusina. Tentó los mandos, encontrándolos flojos. Repitió varias veces este movimiento, hasta sentir que encontraba una leve resistencia.

Un vistazo al termómetro le confirmó que la temperatura subía rápidamente en el casco de la nave. Los cuatro motores del Lanza se movieron apuntando hacia atrás en un ángulo de 45 grados.

La espalda de Miguel Ángel fue empujada hacia atrás contra el respaldo. El Lanza estaba volando hacia adelante, al mismo tiempo que los motores frenaban todavía la velocidad de caída. Maniobró levantando ligeramente la proa del aparato.

—¡Apaguen cuatro y cinco!

George Paiton apagó los motores de proa y popa. El Lanza volaba ahora como un planeador, apoyándose en sus cortas y robustas alas. El altímetro-radar marcaba 34.000 metros de altura, pero esta descendió rápidamente a 25.000, donde las cortas alas encontraron un aire más denso frenando eficazmente la velocidad de caída.

Todo iba bien.

—Pantalla T.V.

Paiton encendió la pantalla panorámica de televisión. Habían salido del cono de sombra y estaban volando a la luz del día, pero la visibilidad era todavía nula a causa de las densas nubes que envolvían al planeta.

Estas nubes, compuestas indudablemente de vapor de agua, se estrellaban en jirones contra el objetivo de las dos cámaras de

televisión situadas a proa. La pantalla de T.V. tenía derivaciones hasta el salón principal y los camarotes de la tripulación, de modo que todos podían ver lo que estaba sucediendo.

Diez mil metros de altura. La visibilidad seguía siendo nula. Todos guardaban silencio, esperando con el aliento contenido que las nubes se desgarraran de un momento a otro permitiéndoles ver el suelo del planeta. Pero a seis mil metros todavía las nubes ocultaban la tierra.

A cinco mil metros se produjo un desgarrón de las nubes y los terrícolas tuvieron una visión fugaz de la inmensidad de un océano.

—¡Un océano! —se escuchó la voz excitada del profesor Stefansson en los auriculares de los pilotos.

Las nubes habían vuelto a cubrir los objetivos, pero el Lanza continuaba bajando en un veloz vuelo superior a 2 "mach". Era forzoso reducir cuanto antes esta velocidad, pues corrían el riesgo de estrellarse contra alguna montaña de altura superior a 5.000 metros.

Miguel Ángel apretó un botón en la consola central, entre los asientos del piloto y el copiloto. Los dos motores principales del Lanza voltearon sobre sus ejes respectivos y apuntaron hacia adelante y abajo en un ángulo de 45 grados.

Los pilotos casi fueron arrancados de sus asientos, lo que impidieron los cinturones de seguridad. Rápidamente Miguel Ángel tecleó en los botones de la consola central, introduciendo en el "cerebro" de la computadora la clave para un aterrizaje vertical.

Los dos motores auxiliares de proa y de cola apuntaron verticalmente contra el suelo y se encendieron automáticamente. El Lanza casi se detuvo en seco y empezó a bajar.

A 3.000 metros de altura se apartaron las nubes y obtuvieron una imagen clara de la superficie del planeta. Estaban descendiendo sobre una selva inmensa.

—¡Árboles… árboles! —chilló el profesor Stefansson excitado.

Miguel Ángel los estaba viendo, pero al contrario que al profesor, no le causaron ninguna alegría. La selva era allí tan apretada que no se veía un solo palmo de tierra donde el Lanza pudiera posarse.

Rápidamente, antes de que la aeronave descendiera más, Miguel Ángel anuló el programa y se hizo cargo personalmente de los

mandos, modificando la posición de los motores para que estos, apuntando hacia abajo y atrás crearan la suficiente fuerza de sustentación, al propio tiempo que impulsaban a la máquina hacia adelante.

El Lanza dejó de descender y salió impulsado hacia adelante a 900 kilómetros por hora.

Miguel Ángel todo era maldecir entre dientes, en tanto que por los auriculares escuchaba las expresiones de satisfacción del profesor Stefansson. Volando de esta manera, el Lanza estaba haciendo un consumo exorbitante de combustible. La selva seguía mostrándose compacta a sus pies. Podría cubrir todo el planeta y obligarles a volar 40.000 kilómetros sin encontrar un claro donde aterrizar.

Esto podía ocurrir fácilmente si estuvieran volando a lo largo línea del Ecuador venusino.

—George, ¿qué dice la aguja magnética? —preguntó.

—Según la brújula estamos volando en dirección oeste noroeste.

Miguel Ángel movió la rueda del timón.

—¿Y ahora?

—Al norte.

—Quera Dios que lo que dice nuestra brújula tenga algún sentido en este endemoniado mundo.

Transcurrieron varios minutos. Empezó a llover torrencialmente, al punto de que se hacía difícil ver nada a través de la densa cortina de agua.

—Estamos gastando mucho combustible, Aznar —observó Tierney.

—¡Lo sé! ¿Qué demonios quiere que haga? Nos dejaremos caer tan pronto encontremos un claro.

—Altura dos mil metros —indicó Paiton—. Estamos bajando.

—No estamos bajando nosotros —contesto Miguel Ángel—. Es el suelo que está subiendo rápidamente debajo de nuestros pies.

Dejó de llover tan bruscamente como había comenzado.

—La selva parece menos espesa —observó Paiton.

—Miren allí adelante. Estamos remontando la ladera de una altiplanicie —contestó Miguel Ángel—. Probablemente la selva será menos densa a mayor altura.

Siguieron unos breves minutos de silencio expectante.

Alcanzaron el borde de la meseta. El suelo allí estaba cubierto de verde. Los árboles tenían menor alzada y se veían algunos claros.

—¡Allí, Miguel! —señaló George Paiton.

Miguel Ángel había visto también un extenso claro rodeado de bosque.

Orientó rápidamente los motores para que apuntaran directamente hacia el suelo. Utilizó el motor de cola para frenar. El Lanza se detuvo y quedó suspendido en el aire, con todos sus motores rugiendo sobre el claro.

—Despacio ahora, George —advirtió Miguel Ángel.

Paiton empujó lentamente las cuatro llaves hacia adelante. El rugido de los motores fue descendiendo de tono, la aeronave fue perdiendo altura y Miguel Ángel abrió el tren de aterrizaje.

Con un golpe, amortiguado por los muelles del tren, el Lanza tocó tierra. Miguel Ángel apagó todos los motores de golpe, y al silencio repentino siguió una inmovilidad total. De pronto, sobresaltando a todos, se escuchó en los auriculares el salvaje grito del joven Bill Ley:

—¡Hurra, estamos en Venus! ¡Estamos en Venus!

Inmediatamente todos rompieron a hablar al mismo tiempo, armando un guirigay tremendo a través de la línea de comunicaciones.

Harry Tierney y Miguel Ángel Aznar se despojaron de sus escafandras y los cinturones. Luego, a una vez, se volvieron y quedaron mirándose en silencio. Tierney, pálido y emocionado, ofreció su mano diciendo:

—Enhorabuena, Aznar. Lo ha hecho usted muy bien.

—Mi enhorabuena a usted por haber construido un avión tan bueno.

Thomas Dyer, George Paiton y Richard Balmer soltaron sus cinturones, se quitaron las escafandras y se pusieron en pie felicitándose mutuamente por el feliz aterrizaje.

—Vamos a reunimos con los demás —dijo Harry Tierney.

Acudiendo desde diversos puntos de la aeronave, los nueve hombres y las dos mujeres se encontraron en el “living”, espacioso salón con sillones y divanes que servía también de comedor.

—Lástima que hayamos tenido que venir a Venus a escondidas —dijo Edgar Ley—. En otras circunstancias, celebraríamos este

momento como uno de los acontecimientos más notables de la historia; el descubrimiento de un nuevo mundo.

—El hecho de que seamos ignorados por nuestro mundo no resta mérito a nuestra hazaña —contestó Harry Tierney—. Estamos en Venus, cosa que sepamos nadie había hecho antes de ahora.

—Solamente los “thorbod” —recordó Miguel Ángel.

—Tal vez los Hombres Grises sean nativos de este mundo —dijo Stefansson.

—Pues si lo son, su mérito es mayor que el nuestro —recordó Miguel Ángel—. Desde hace años, ellos nos visitan en la Tierra con sus “platillos volantes”.

Las palabras de Miguel Ángel parecieron devolver a todos a la realidad del momento.

—Bien —dijo Harry Tierney—. Si ha pasado nuestro momento de euforia, podemos empezar a movernos. Este día merece una comida extraordinaria. Mientras las señoras nos preparan el banquete, el profesor Stefansson debería tomar unas muestras de la atmósfera de Venus y comprobar si es respirable.

—Balmer —dijo Miguel Ángel—. Vamos a regresar a la cabina. Debemos instalar la antena de radar para asegurarnos de que no vamos a ser sorprendidos.

Los dos amigos regresaron a la cabina de mando. Allí, apretando un botón, se abrió en dos hojas una gran sección del techo del Lanza, dejando un hueco rectangular de 4 por 8 metros. Otro impulso eléctrico puso en marcha el mecanismo hidráulico que elevó una plataforma lanzacohetes con su sistema de dirección de tiro por medio de radar.

—Richard, conecta la radio.

—¿Quieres que encienda la radio? ¿Para qué?

—Si los “platillos volantes” operan en este planeta, es razonable que haya frecuente comunicación por radio entre ellos y sus bases, e incluso de una base a otra.

Balmer tomó asiento ante la radio, la encendió y se caló los auriculares. Estuvo probando con diversas longitudes de onda, hasta que repentinamente levantó la cabeza y miró a Miguel Ángel.

—¡Escucha esto! —dijo. Y levantando el brazo conectó el altavoz.

Inmediatamente empezaron a surgir del tornavoz chasquidos

como de interferencia eléctrica, y mezclados con estos, voces que hablaban un idioma nasal, ininteligible.

Aznar llamó a Harry Tierney por los altavoces interiores para que se presentara en la cabina.

Poco después entraba Tierney, con expresión de alarma en el rostro.

—¿Qué ocurre?

—Escuche esto.

Las ondas de radio que llegaban hasta el receptor del Lanza debían estar atravesando una zona de tormentas. No obstante podía escucharse, si bien que mal, la voz lejana de pronunciación nasal.

—¿Los Hombres Grises? —preguntó Tierney.

—Seguramente. ¡Lástima que no conozcamos su idioma!

—¿Ellos están aquí, eh?

—¿Qué creía usted?

—Sinceramente, siempre tuve la esperanza de que alguna mala interpretación les hubiera inducido a error, creyendo a los “thorbod” en Venus cuando en realidad sólo existían en corto número en algún lugar oculto de la Tierra. Ustedes me comprenden. Si los Hombres Grises son oriundos de esté planeta, deben existir en número de millones, en cuyo caso…

—Yo no estoy de acuerdo con el profesor Stefansson respecto a su idea de que los Hombres Grises son las criaturas más aproximadas al ser humano que han visto la luz en este planeta. Yo prefiero creer que el “thorbod” es un ser extravenusino y extragaláctico… una raza extraña procedente de otro mundo, que ha buscado y encontrado en Venus un lugar apropiado para establecerse con su cultura y su ciencia… a la espera tal vez de acrecentar su poder antes de darse a conocer a nosotros.

Tierney miró pensativamente a la pantalla de televisión que les ofrecía una imagen de un mundo que todavía no había hollado con su pie.

—Está anocheciendo —observó.

En efecto, en pocos minutos, desde que aterrizaron, había disminuido sensiblemente la luz en el exterior.

—Si los “thorbod” siguen utilizando la radio, podremos localizar su fuente de emisión con nuestros goniómetros —observó Richard Balmer.

—¿Podríamos averiguar también la distancia a que se encuentra esa emisora?

—Seguro. Sin embargo, para ello, tendríamos que despachar a nuestro helicóptero para que volara doscientos o trescientos kilómetros lejos de aquí. Midiendo el ángulo formado por las dos observaciones sabríamos a que distancia está la emisora thorbod, y eso con bastante exactitud.

CAPÍTULO V

Una aparatosa tormenta de truenos y relámpagos, seguida de una lluvia torrencial, saludó a las primeras luces del día, que se abrían paso con dificultad a través del denso manto de nubes.

Miguel Ángel Aznar encendió el aparato de televisión del camarote y mientras se vestía pudo ver el impresionante espectáculo de los relámpagos iluminando con su cárdeno zig-zag el toldo de opresivas nubes, en tanto que la lluvia tendía una espesa cortina gris que ocultaba el confín lejano.

Un rayo abatió un árbol a menos de 50 metros del Lanza, y su estampido, sonoro como el disparo de un cañón gigantesco, sacudió a la aeronave como una hoja.

—¡Dios mío! —exclamó Bárbara aterrada—. Si cae un poco más cerca nos pulveriza.

—No temas, estamos más seguros aquí de lo que podríamos estarlo en cualquier otra parte. Las llantas de goma del tren de aterrizaje nos aíslan de la tierra. Ya sabes que la electricidad del suelo tiende a fluir por las puntas agudas, como son un pararrayos o, en su caso, un árbol o la figura de un hombre puesto de pie. Pero el Lanza no toca el suelo, sino que tiene por medio, como aisladores, los neumáticos de las ruedas.

Poco después los Aznar se reunían en el “living” con Harry Tierney, Edgar Ley y el profesor von Eiken. Bab se metió en la cocina para preparar el desayuno, en tanto que Miguel se quedaba en el salón charlando con sus compañeros.

—Apenas he podido pegar ojo —dijo Tierney—. Nunca seré un buen cosmonauta, temo que mi temperamento es demasiado emotivo. Ya ve, estoy excitado sólo de pensar que llevamos varias horas en este planeta y todavía no hemos pisado su suelo.

—¿Qué sabemos de su atmósfera? —interrogó Aznar.

—El profesor Stefansson tomó unas muestras de aire y las está analizando en el laboratorio junto con Else. De todos modos ya conocemos algún detalle. La presión atmosférica vale alrededor de setecientos milibares. La temperatura en el exterior es de treinta y ocho grados centígrados y la humedad absoluta de cerca de cincuenta gramos. Prácticamente es del cien por cien.

Mientras charlaban fueron apareciendo Thomas Dyer, George Paiton y Richard Balmer. Bab llegó con la cafetera y una fuente colmada de tostadas.

—¡Hola, buenos días a todos! —saludó el profesor Stefansson alegremente. Vestía una bata blanca y venía acompañado de Else.

—¿Por qué tan contento? —preguntó Dyer—. ¿Hay buenas noticias?

—Muy buenas. La atmósfera de Venus es perfectamente respirable para nosotros. Más o menos la encontraremos tan enrarecida como en la sala de un cinematógrafo lleno de gente y con deficiente ventilación.

—¿Cuál es la proporción de anhídrido carbónico? —preguntó Dyer.

—¡Vamos, ingeniero! —exclamó Balmer sentándose ante la fuente de tostadas—. No sea aprensivo, ¿para qué quiere complicarse la vida? Seguramente respirará mejor si ignora cuanta cantidad de anhídrido se traga en cada inhalación. ¿Hay suficiente oxígeno para respirar? Pues basta.

—Según eso —dijo Tierney—. ¿Nada se opone a que desembarquemos?

—No en lo que se refiere al aire. No obstante no estará de más adoptar algunas precauciones contra las bacterias. En el fondo no creo que estas difieran de las que nos son conocidas en la Tierra, pero no desdeño la posibilidad de que algunas posean una virulencia fuera de lo común. Es mi consejo utilizar ropas esterilizadas y mascarillas anticontaminación, al menos hasta que hayamos separado y estudiado las bacterias más peligrosas.

Se desayunó de prisa y corriendo. Bill Ley, que había dormido como un lirón, llegó a tiempo para recoger las migajas.

—¿Vamos a salir a tierra? ¡Estupendo! —exclamó.

Miguel Ángel Aznar se trasladó con Tierney y Balmer a la cabina de mando para comprobar si continuaban escuchándose las voces en la radio. La tormenta eléctrica había cesado y pudieron escuchar aquella lengua extraña con mayor claridad que la tarde anterior. Ahora, para averiguar a qué distancia se encontraba la emisora, había que determinar su dirección desde dos puntos distintos por medio de un radiogoniómetro.

El helicóptero estaba equipado con este aparato.

Una hora más tarde Richard Balmer y Miguel Ángel Aznar entraban en el hangar del helicóptero. Los dos vestían “monos” blancos de una sola pieza, guantes y altas botas de goma. Se cubrían la cabeza con un capuchón blanco y se protegían el rostro con una careta antigás.

Miguel Ángel apretó un botón eléctrico. La plataforma, suspendida sobre cuatro columnas, descendió hasta enrasar con el piso del hangar. Sobre sus cabezas quedaba un hueco de cuatro metros por ocho, por el que se podía ver el cielo cubierto de nubes.

Sobre la plataforma estaba la rampa lanza-cohetes con su correspondiente antena parabólica de “radar”. Los dos hombres empujaron el artefacto, que se deslizó sin esfuerzo sobre sus raíles quedando arrinconado en un extremo del hangar.

Libre ya la plataforma, empujaron el helicóptero, que rodó sobre su tren de aterrizaje hasta ocupar el lugar que había dejado libre la rampa lanza-cohetes. La leve presión sobre un botón elevó al helicóptero y a los dos pilotos hasta quedar a ras del techo del Lanza. Desde aquí se dominaba una amplia perspectiva del paisaje. El verde, en sus distintas gradaciones, era el color dominante en cuanto alcanzaba la vista. La tierra, cubierta de altas hierbas, alternaba con arbustos y algunos árboles diseminados.

El aire que ahora respiraban, filtrado por las caretas, era cálido y húmedo y sumamente enrarecido, obligándoles a efectuar un número de inhalaciones ligeramente superior al normal.

El viento removía las altas hierbas con ondulaciones parecidas a las de un verde mar. Había un constante movimiento en las ramas de los árboles y arbustos, pero su rumor no llegaba a los oídos cubiertos de los terrícolas.

Ningún animal se movía en la tierra o en el aire.

Los dos hombres treparon a la carlinga del helicóptero, sobre cuyo techo sobresalía un aro de hierro que se movía sobre su eje. Sintonizando la radio de a bordo en la longitud de onda que utilizaban los Hombres Grises, Balmer hacía girar lentamente el aro de hierro. Según la dirección de este aro, la intensidad de las voces subía o se desvanecía.

Balmer finalmente inmovilizó el aro en la dirección que se escuchaba con más nitidez la emisión de radio. Tomó nota de la marcación y la comparó con la brújula magnética haciendo unas

anotaciones.

—Creo que la medición será más exacta si utilizamos el girocompás.

Poco después el montacargas volvía a descender hasta el nivel del hangar. El altavoz del hangar dejó oír un silbido, seguido de la voz de Harry Tierney:

—Señor Aznar, su esposa, la señorita von Eiken, el profesor Stefansson y Bill van hacia ahí. Ellos les acompañarán en ese vuelo. ¿A qué distancia se proponen volar?

Miguel Ángel se acercó al aparato, pulsó el botón y habló:

—Volaremos trescientos kilómetros hacia el Este, tomaremos tierra para anotar la marcación del radiogoniómetro y regresaremos explorando el terreno. No utilizaremos la radio, excepto en caso de emergencia.

—Ármense por lo que pudiera pasar. El profesor y la señorita Else se proponen tomar algunas muestras de plantas, y también de animales si los hubiera. No les permita alejarse demasiado.

—Descuide usted, Harry. Cuidaré de ellos.

Bab, la señorita von Eiken, el profesor Stefansson y el joven Bill Ley entraron en el hangar. Todos ellos iban vestidos como el propio Miguel Ángel y Richard Balmer. Bab traía un saco de plástico con provisiones. El profesor venía armado con un hacha y unas tijeras de podar. Bill cargaba con tres “metralletas” y varios estuches de cargadores colgados en bandolera.

Subieron todos al helicóptero, a excepción de Balmer que se quedó en la plataforma para oprimir el botón que elevó la máquina hasta el exterior.

La palas del rotor se desplegaron movidas por un mecanismo hidráulico. La cola del aparato también se desplegó.

Miguel Ángel, ante los mandos, encendió los motores. Estos rugieron poderosamente y el rotor empezó a girar cada vez a mayor velocidad.

Balmer tomó asiento junto al piloto.

—Vamos allá.

El helicóptero despegó con facilidad y se inclinó graciosamente a la derecha antes de girar y arrumbar al Este.

La altiplanicie sobre la cual había ido a aterrizar el Lanza se extendía cincuenta kilómetros al Este y se interrumpía bruscamente

cayendo en vertical un centenar de metros, para continuar después en acusada pendiente hacia un amplio valle por el que discurría un río de gran caudal.

Al pie de la ladera empezaba la selva virgen, densa, impenetrable y obscura. El río se dirigía al Este y Miguel Ángel decidió seguirlo.

El río era una vía natural de penetración a través de la selva que evitaría sorpresas. Además, en caso de avería en los motores podría el helicóptero posarse en el agua, gracias a su casco flotador. Y si por cualquier circunstancia el Lanza tuviera que acudir en su rescate, le sería fácil encontrarles siguiendo el curso del río.

El helicóptero, concebido para operar en una atmósfera sin oxígeno, tenía la cabina presurizada. Cerradas las portezuelas, la tripulación pudo desembarazarse de las máscaras y respirar un aire enriquecido con oxígeno puro.

Else von Eiken preparó su cámara fotográfica y su tomavistas, utilizando la última para filmar el impresionante aspecto de la selva que se deslizaba a ambos lados.

Empezó a llover. La lluvia parecía ser algo connatural en aquel planeta. Llovía a todas horas y en cualquier momento, y lo hacía en cantidades torrenciales.

Era tal la cantidad de agua que caía del cielo, que las raquetas del helicóptero no daban abasto para apartar el agua que se estrellaba contra los cristales del parabrisas. Miguel estaba considerando seriamente la conveniencia de amerizar en el río, cuando repentinamente dejó de llover.

—¡Uf! —exclamó Bill Ley—. Como esto siga así por mucho tiempo temo que voy a convertirme en rana.

—No es un clima muy apropiado para los reumáticos, ¿eh, profesor Stefansson? —dijo Balmer riendo.

El gran río se deslizaba a través de la inmensa selva describiendo amplias curvas, aunque siempre en dirección general hacia el Este. Ni la selva ni el río parecían tener fin. Las bajas nubes y la intensa evaporación del suelo limitaban la visibilidad apenas a cinco kilómetros.

Y cuando se apreciaban las nubes y empezaba a llover la visibilidad reducía prácticamente a la nada.

El helicóptero estaba equipado de “radar” y Miguel Ángel

echaba frecuentes ojeadas a la pantalla. También observaba el nivel de combustible. La radio de bordo, aunque en silencio, estaba encendida en la longitud de onda que utilizaba la radio del Lanza. Si algo hubiera ocurrido que lo justificara, ambos aparatos se habrían comunicado en seguida.

Por esta circunstancia no podían sintonizar con la longitud de onda que utilizaban los Hombres Grises.

Al cabo de una hora de vuelo, Miguel Ángel consideró que era tiempo de aterrizar. Pero todavía volaron casi cien kilómetros más, mientras buscaban un lugar adecuado para tomar tierra. El profesor Stefansson quería tomar algunas muestras de la flora.

Finalmente Miguel Ángel vio una angosta playa en una curva del río, con espacio suficiente entre la orilla y los gigantescos árboles. El helicóptero fue a posarse suavemente allí, parando sus motores.

Mientras los demás se preparaban para desembarcar, Richard Balmer encendió el aparato de radio. Pero en este momento no se escuchaba nada.

—Tendremos que esperar —murmuró Miguel Ángel.

—Pónganse los guantes, los capuchones y las máscaras —dijo el profesor Stefansson.

—Les acompañaré —dijo Miguel Ángel.

Al abrir la portezuela les saludó una vaharada caliente y húmeda que olía a vegetación en pleno desarrollo y materias en descomposición.

Saltaron a tierra. El profesor, armado de una corta pala, paseó por la playa mirando con atención, hasta que finalmente se puso de rodillas y empezó a excavar. Else von Eiken y Bill se dirigieron hacia la espesura.

Balmer llamó a Miguel Ángel cuando este se disponía a seguir a su esposa. Miguel Ángel regresó junto al helicóptero.

—¡Vuelven a radiar! —dijo Balmer, la voz ahogada por la máscara.

En efecto, la emisora "thorbod" estaba emitiendo de nuevo. Balmer empezó a mover el volante que, en el techo de la carlinga, hacía girar el aro del goniómetro. Después de un par de minutos, haciendo girar el aro a un lado y otro, Balmer pareció encontrar el punto exacto de mayor intensidad.

Estaba Balmer tomando la marcación, con Miguel Ángel

observándole desde tierra, cuando se escuchó un grito de mujer:

—¡Socorro… Aznar… aquí, socorro!

Miguel Ángel pegó un brinco de sobresalto, crispando su mano enguantada sobre la caña de la “metralleta”. El profesor Stefansson había levantado la cabeza mirando hacia la selva. No se veía a las mujeres ni a Bill Ley, que las escoltaba.

—¡Socorro! —era la voz de Else seguida de un chillido de terror que erizó los pelos de la cabeza de Miguel.

El español echó a correr hacia la espesura. Las ramas de un matorral se apartaron y Else von Eiken salió despavorida, rasgado el mono blanco, la mascarilla colgando sobre su pecho.

—¡Se llevan a Bab! —gritó cayendo en los brazos de Miguel Ángel.

—¿Cóesmo? —Miguel Ángel se arrancó la careta.

—¡A Bab… se la llevan!

Miguel Ángel traspuso de un salto el matorral. La selva no era muy espesa allí, pero sus pies se hundían hasta más arriba del tobillo en el mantillo rezumante de agua. Mientras corría movió el cerrojo de la “metralleta”, introduciendo un cartucho en la recámara del arma.

Llamó angustiosamente a Bárbara. Un grito lejano, como ahogado por la masa de follaje, le contestó.

Bajo los árboles imperaba un crepúsculo eterno. La luz del día apenas llegaba hasta allí. Al atravesar de un salto un espeso matorral se vio de pronto en mitad de un grupo de extraños arbustos sarmentosos.

Allí estaba Bill Ley, luchando a brazo partido contra una nube de ramas sarmentosas que se movían en todos los sentidos, rodeándole el cuerpo como un centenar de largas serpientes, azotando el aire, golpeándole…

Miguel Ángel quedó un instante paralizado por el horror. Todos los largos brazos sarmentosos que envolvían a Bill parecían proceder de un cuerpo macizo, una especie de tronco parduzco. Bien mirado, el aspecto del extraño ser era muy parecido al de una célula nerviosa aumentada de tamaño. El cuerpo del monstruo tenía por arriba dos bulbos a la manera de antenas, y en el extremo de éstos dos cosas de brillo cristalino… ¡los ojos! Pero eran plantas… ¡plantas vivientes!

Había dos de estos monstruos luchando con Bill. Miguel Ángel levantó la metralleta y disparó una ráfaga a bocajarro contra el más próximo de los bichos. El monstruo recibió sin inmutarse la rociada de balas.

—¡Bill! —llamó el español.

El muchacho logró apartar una de aquellas ramas que le apretaban la garganta.

—No se preocupe… por mí —jadeó el muchacho—. ¡Siga a Bab… sígala!

Un grito llegó de la espesura. Miguel Ángel echó a correr en aquella dirección, apartando a manotazos las ramas y lianas que se interponían a su paso Entonces vio a Bab. Un corpulento monstruo, casi del doble de tamaño que aquel que tenía aprisionado a Bill, se movía sobre sus patas sarmentosas arrastrando consigo a la joven.

Sin un segundo de vacilación Miguel Ángel se arrojó entre las sarmentosas patas de aquel bicho. Las ramas le envolvieron a él también, enroscándole las piernas y los brazos. El joven probó a quebrar una de aquellas ramas, pero no pudo, pues eran elásticas como goma. Bab mientras tanto sollozaba.

—¡Miguel… Miguel!

—¡Calma, Bab… ten calma! —gritaba Miguel.

En este momento una de las ramas le rodeó el cuello, apretándole como los anillos de una pitón. Miguel Ángel conservaba la “metralleta” en la mano, mas por su experiencia anterior sabía que el monstruo era insensible a las balas. Tal vez, si le disparaba a aquellos bulbos…

Haciendo un poderoso esfuerzo pudo acercar el cañón del arma a uno de aquellos globos cristalinos… apretó el disparador. El arma tableteó destrozando uno de los globos. El animal, o la planta, pues difícil era establecer su género, pareció sentir la herida… aflojando la terrible presión sobre la garganta de Miguel Ángel.

En este momento apareció Richard Balmer abriéndose paso entre el matorral. Empuñaba un hacha, la que mister Stefansson había traído consigo para cortar especímenes vegetales. También se había quitado la careta.

—¡Eh, tú, bicho…! —gritó Balmer—. Espera, que te voy a podar…

—¡Tírale al ojo, Richard! —le advirtió el español.

Balmer soltó un hachazo tremendo sobre el cuerpo del monstruo. Desclavó la hoja y tiró otro tajo fenomenal a la base del único bulbo que al bicho le quedaba sano. La prominencia ocular del monstruo saltó en el aire, limpiamente cortada de cuajo. El "animal" había quedado ciego.

Balmer siguió manejando el hacha, cortando brazos aquí y allá hasta que el monstruo quedó prácticamente desarbolado. Bab primero, y Miguel después quedaron libres. El monstruo se arrastró por el suelo, buscando a ciegas la retirada. Balmer todavía le soltó un hachazo que casi hendió en dos al bicho.

En este momento llegaron Bill Ley y el profesor Stefansson.

—Buen trabajo, señor Balmer —dijo el profesor mirando las ramas esparcidas que todavía se contorsionaban.

—¡Bah, no tiene importancia! Partir leña siempre ha sido mi distracción favorita en la granja de mi abuelo —dijo Balmer.

Stefansson, pensativo, recogió una de las ramas que todavía se retorcían en el suelo.

—Salgamos de este maldito lugar —dijo Miguel Ángel.

Junto al helicóptero, muy preocupada, esperaba la señorita Eiken.

—Mire esto, señorita Eiken —dijo el profesor—. Observe el corte que Balmer hizo con el hacha. ¿No parece madera?

—¡Un animal planta! —exclamó Else von Eiken—. ¿Será posible que se haya cumplido en este planeta la predicción de Kenneth Heuer?

—¿Quién era Heuer, y cuál su teoría? —preguntó Bill curioso.

—Bueno, Heuer sólo expuso la posibilidad de que en otros mundos el reino vegetal se hubiese desarrollado en formas superiores, capaces de sentir, de ver y quizás comunicarse entre sí.

—¡Vaya, sólo nos faltaría encontrarnos en Venus un mundo de plantas que corren, piensan y hasta hablan!

—No hay que considerarlo como un disparate —dijo Else von Eiken—. En principio, la célula vegetal y la animal no parecen tan distintas. Además sabemos que las plantas sienten. Investigaciones muy reciente han demostrado que las plantas poseen también células nerviosas sensitivas. Cuando cortamos una rama a un vegetal, el arbusto "siente" la amputación de alguna forma no precisada todavía.

El profesor Stefansson contemplaba la rama que se retorcía en sus manos, dejando escapar una gota de líquido por el extremo cercenado.

—Es un vegetal, no cabe duda —murmuró—. No se aprecian músculos ni tendones. Es una planta liberada del suelo, que se mueve, ve y reacciona bajo alguna clase de estímulo. Una forma evolucionada de estos vegetales podría haber alcanzado formas superiores, como los Hombres Grises, en cuyo caso los “thorbod” serían aborígenes de Venus y podrían haber desarrollado una cultura milenaria, incluso más adelantada que la nuestra. Me gustaría regresar y recoger uno de esos bulbos oculares…

—Ni lo piense, profesor —se negó Aznar rotundamente—. No me gusta pelear con unos bichos a quienes no afectan nuestras balas. Si la vida vegetal ha evolucionado en este planeta de tal suerte que se ha erigido en señor de su mundo, encontraremos otros especímenes muy pronto.

Los expedicionarios se acomodaron en el helicóptero, el cual levantó el vuelo en seguida emprendiendo el regreso remontando el río. Una hora después el aparato se dejaba caer sobre la plataforma, y replegando la cola y el rotor era introducido en el hangar.

Antes de entrar en el Lanza, los excursionistas se ducharon y lavaron con jabón en las duchas del hangar, en previsión a que se les hubiese adherido alguna bacteria peligrosa para la salud de todos. Vestidos con ropa limpia, entraron en el salón para dar cuenta de su viaje.

—¿A qué distancia calculan que se encuentra la emisora “thorbod”? —preguntó Tierney.

—A algo más de cuatro mil kilómetros, sin llegar a cinco mil —dijo Miguel Ángel Aznar, que era quien había realizado los cálculos—. Es difícil precisarlo con mayor exactitud, ya que siendo grande la distancia, tendríamos que habernos alejado más para situar los vértices de la base del triángulo lo más distanciados posible.

—Nos trasladaremos más al Norte —dijo Tierney.

Se hicieron los preparativos. El helicóptero y la plataforma lanza-cohetes fueron asegurados en la bodega, se cerró la compuerta y, después de haber almorzado, el Lanza puso en marcha sus motores y despegó verticalmente arrumbando al Norte.

A 800 kilómetros por hora de velocidad, la aeronave sobrevoló

la altiplanicie, que era enormemente extensa. El “radar” detectó una cordillera que, como un muro formidable, se elevaba frente al Lanza ocultando sus cumbres en las nubes, a más de ocho mil metros de altura.

Elevándose continuamente la nave alcanzó la cota de los 8.600 metros. A partir de este punto el altímetro-radar denunciaba un descenso muy brusco de la altura, y ningún obstáculo por delante.

Un largo planeo de 2.000 kilómetros llevó al Lanza a una altura de 3.500 metros. A los tres mil se apartaron bruscamente las nubes y la pantalla de televisión mostró un espectáculo sorprendente de grandes bosques que cubrían una serie interminable de pequeñas cordilleras orientadas de Sur a Norte.

—¡Coníferas! —se oyó exclamar al profesor Stefansson a través del circuito telefónico interior—. Esa elevada cordillera que hemos dejado atrás debe servir de muro de contención para las nubes cargadas de lluvia que ascienden desde el Ecuador venusino. El vapor se condensa en lluvia al chocar contra la cordillera. Eso hace que en la vertiente meridional sean abundantes las precipitaciones, dando origen a enormes ríos que retornan las aguas al océano. En cambio, de este lado de la gran cordillera, el clima debe ser más seco y, en general, más benigno.

Más adelante, la taiga venusina cedió el paso a una dilatada pradera de suelo suavemente ondulado, donde la alta hierba ondulaba al viento como las olas de un oscuro mar.

Volaban muy bajo, a menos de mil metros de altura, y apenas a 500 kilómetros por hora, haciendo un gasto extraordinario de combustible.

Por debajo del Lanza vieron unas grandes aves de color oscuro y vuelo lento y pesado.

—¡Pterodáctilos! —exclamó Stefansson regocijado—. ¡Reptiles voladores correspondientes a la Era Secundaria de nuestra Tierra! ¡Ah, miren allá, miren! …

Algo se movía en la pradera. Grandes masas oscuras levantaban sus largos cuellos al paso rugiente de la aeronave.

—¡Dinosaurios! ¡Grandes manadas de dinosaurios! —exclamó Else von Eiken regocijada—. ¡Que gran parque natural para el estudio de la prehistoria!

Se sucedían los ríos y vieron nuevas manadas de gigantescos

dinosaurios. Miguel Ángel Aznar echó una ojeada a la olvidada pantalla de radar. Un punto luminiscente brillaba en el negro cristal después de cada barrido de la antena giratoria.

—¡Atención, contacto radar! —gritó sobresaltado.

Harry Tierney abandonó de un salto su asiento y vino a mirar.

—¡Sólo doscientos kilómetros! —exclamó alarmado—. ¡Rápido, busque cualquier sitio donde aterrizar!

Miguel Ángel detuvo la aeronave en el aire al tiempo que descendía.

En la pantalla radar el eco seguía fijo en el mismo lugar. Al parecer no se movía, pero esto no significaba nada. Si se trataba de un platillo volante “thorbod”, este podía haberse parado para investigar a su vez el “eco” que el gigantesco Lanza daría en aquel radar.

El español vio un río caudaloso a su izquierda, y entre este y una pequeña cordillera un bosque con algunos claros. Poco después el Lanza descendió suavemente en un claro del bosque.

CAPÍTULO VI

Vestidos de nuevo con sus trajes anticontaminación, protegidos con las caretas, Tierney, Aznar, Paiton, los dos Ley y el ingeniero Dyer salieron provistos de hachas y sierras para cortar ramas con las que cubrieron totalmente la aeronave.

Siendo el LANZA de grandes dimensiones les ocupó varias horas enmascararlo.

Mientras, a bordo, Richard Balmer permanecía atento al "radar". En el laboratorio, el profesor Stefansson, auxiliado por Else von Eicken, analizaba cuidadosamente muestras de tierra y del agua del río inmediato.

La tarde duró mucho, lo que hacía suponer que se encontraban en el hemisferio venusino donde reinaba el verano. Muy cansados, los improvisados leñadores regresaron a bordo para comer y acostarse.

—No hemos encontrado diferencia apreciable entre las bacterias de este mundo y las de la Tierra —informó el profesor Stefansson—. Claro que pueden existir otras, así como insectos que todavía no hemos analizado en nuestros microscopios, pero en general, yo diría que Venus es perfectamente habitable para el hombre.

Richard Balmer, a su vez, rindió informe de sus observaciones:

—El objetivo que produce esa señal en nuestra pantalla de radar debe encontrarse a unos doscientos y pico kilómetros en dirección Norte, y no se mueve. Es curioso, pero su eco es muy fuerte, demasiado diría yo para tratarse de una antena de radio.

—Tendremos que investigar de qué se trata aproximándonos por tierra. Hacerlo con el helicóptero sería demasiado expuesto —apuntó Miguel Ángel Aznar—. El río parece discurrir en la misma dirección más o menos en que nos llega esa señal de radar. Podríamos navegar río abajo con gran economía de combustible, utilizando solamente el camión anfibio, y esperar a la noche para intentar una aproximación por tierra.

Se adoptó el acuerdo de hacerlo como Aznar proponía, y aunque todos estaban cansados, todavía prolongaron mucho la sobremesa, estudiando el equipo, y en especial las armas que convendría llevar. La mayoría deseaba formar parte de esta expedición, pero era obvio

que algunos tendrían que quedarse guardando el LANZA.

Finalmente se decidió que formarían la expedición Harry Tierney, Miguel Ángel Aznar, Edgar y Bill Ley, Thomas Dyer y el profesor Stefansson.

A la mañana siguiente, apenas se hizo de día y después de haber desayunado, el vehículo anfibio fue sacado de la bodega por medio del montacargas. Este vehículo, provisto de hélices para la navegación, y de orugas para la propulsión terrestre, estaba además blindado a proa y a popa. En el centro del vehículo, sobre una pequeña plataforma, se levantaba una torreta blindada con una ametralladora antiaérea de 20 mm.

Había otra ametralladora más pequeña a proa, junto al puesto del conductor.

El vehículo era propulsado por un potente motor que utilizaba el mismo combustible que los motores del LANZA; es decir, habría podido operar igualmente en la Luna, o en un Venus en cuya atmósfera no existiera una partícula de oxígeno. Este era un combustible sumamente caro, pero a cambio tenía la ventaja de su gran poder energético. Con menor cantidad de combustible, el vehículo podía recorrer una distancia mayor.

El anfibio se puso en marcha rodando sobre sus cremalleras, serpenteó entre el bosquecillo aplastando las altas hierbas, alcanzó el río y se metió en la corriente. En este elemento el anfibio se manejaba como una embarcación.

A un cuarto de su potencia, el motor impulsaba a la embarcación a 20 nudos. El profesor Stefansson echó al agua un anzuelo con cebo artificial, en la esperanza de capturar algún pez que le diera una pista sobre el desarrollo de la fauna en aquel planeta.

El bosque se deslizaba por la derecha de los expedicionarios, en tanto que por la izquierda se extendía la pradera con sus altas hierbas removidas por el viento. El viento hacía aletear también la lona pintarrajeada que, para camuflar la embarcación, habían dispuesto a modo de toldo.

Mientras esperaba a que los peces picaran, el profesor, de pie en la torrecilla de la ametralladora antiaérea, oteaba la pradera con los prismáticos.

Transcurrida una hora, Bill Ley lanzó un grito que sobresaltó a

todos:

—¡Corra, profesor, algo ha picado!

El profesor acudió y entre los dos tiraron del sedal. Pero la pieza debía ser muy grande, requiriendo los esfuerzos de Edgar Ley y el ingeniero Dyer para sacarla del agua.

Lo que finalmente quedó dando coletazos en el fondo de la embarcación era un pez de medio metro de longitud, rechoncho, de cabeza aplastada y todo él recubierto de fuertes escamas óseas.

—Un pez acorazado —murmuró el profesor—. Existieron también en los mares y ríos en la Tierra en la Era Secundaria.

—En ese tiempo no había aparecido todavía el hombre, ¿verdad? —preguntó Bill Ley.

—No, y todavía tardaría millones de años en aparecer.

—¿Por qué, entonces, se han anticipado en tantos millones de años los Hombres Grises a los humanos como nosotros?

—Es difícil saberlo. Se supone que toda la vida en nuestro planeta surgió del mar. Primero en forma de seres unicelulares, algunos de los cuales alcanzaron hasta diez centímetros de diámetro, luego en formas más complejas; caracoles, crustáceos, y finalmente peces. Pero mucho antes, el reino vegetal, de formas más simples, había cubierto ya la Tierra de múltiples especies. Si los Hombres Grises tienen su origen en el Reino Vegetal, es lógico que estos alcanzaran la plenitud de su desarrollo en un tiempo más corto.

—Eso quiere decir que los Hombres Grises pueden ser millones, es decir, demasiado numerosos y fuertes para que nosotros podamos destruirles nunca, en el supuesto de que se entablara una guerra entre planetas.

—Pudiera ser así, muchacho. Pudiera ser —murmuró el profesor.

Una hora después, la pequeña cordillera que corría junto al río terminaba en una serie de pequeños collados poblados de bosque. El río describía una amplia curva a través de la pradera. El profesor había regresado a su atalaya de la torreta. Tiempo después gritaba extendiendo su brazo:

—¡Dinosaurios! ¡Veo una manada allí!

Tierney no era partidario de acercarse a los dinosaurios. Recordó que su principal misión era acercarse al objeto misterioso que había

detectado el “radar” y establecer su identidad.

—¡Pero si tenemos mucho tiempo, mister Tierney! —protestó el profesor—. Llegaremos a sus proximidades de día y todavía tendremos que permanecer escondidos muchas horas hasta que oscurezca.

Refunfuñando, Tierney dio vuelta a la rueda del timón y puso proa a la orilla derecha. Las orugas entraron en acción y el vehículo se encaramó a la orilla pisando tierra firme.

El rebaño de dinosaurios se encontraba a unos tres kilómetros de distancia, moviéndose con lentitud en dirección al río.

—Vienen hacia este lugar —observó Edgar Ley—. Si nos ven acercarnos se asustarán y escaparán. Creo que deberíamos escondernos entre aquellas rocas y esperar a que pasen por delante de nosotros.

Tierney condujo el anfibio hasta unas rocas cubiertas de musgo que se levantaban a un kilómetro más o menos del rebaño. Mientras iban hacia las rocas cayó un fuerte aguacero. Envueltos en la espesa cortina de la lluvia alcanzaron las rocas y se detuvieron.

Siguió lloviendo durante largo rato. Cuando cesó el aguacero el rebaño de grandes bestias se encontraba sólo a quinientos metros de distancia. Avanzaban con gran lentitud e iban a pasar ante el escondrijo de los terrícolas.

Bill Ley tomó la cámara de cine, provista de teleobjetivo de gran alcance. El profesor tomó una cámara, igualmente provista de teleobjetivo, y el ingeniero Thomas Dyer se armó de un fusil y un par de granadas antitanque. Estas tenían un largo vástago del calibre adecuado para ser introducido en el cañón del fusil y ser disparadas por este.

—Cazaremos uno de esos grandes animales —dijo el ingeniero que tenía aficiones cinegéticas—. Seremos los primeros hombres de la Tierra que hayan cazado jamás un dinosaurio.

—¿Pero no se lo llevará a casa para ponerlo como trofeo sobre la chimenea, eh? —dijo Bill Ley.

Bill Ley rodó unos metros de película cuando el rebaño todavía se encontraba a cuatrocientos metros de distancia. Mientras esperaban a que la manada estuviera más cerca ocurrió algo inesperado.

Una bandada de grandes aves de color obscuro apareció

batiendo sus enormes alas. Su vuelo era lento y pesado, y su aspecto el de monstruosos murciélagos.

—¡Pterodáctilos! —exclamó el profesor.

—Son murciélagos, ¿no es cierto? —preguntó Bill mientras apuntaba su teleobjetivo y filmaba la curiosa escena.

—¿Murciélagos? No, hijo. Los murciélagos son mamíferos. Los pterodáctilos son reptiles voladores, el paso intermedio entre el reptil y las aves.

Los pterodáctilos habían empezado a maniobrar de una forma rara. La bandada se separó en dos hileras, que volaron pesadamente y a poca altura, flanqueando a la manada. Tierney empuñaba unos prismáticos y fue el primero en descubrir algo inusitado.

—¡Escuchen, esos pajarracos van montados por hombres!

—¿Cómo dice? —gritó Miguel Ángel pegando un brinco.

—Son hombres… ¡y están disparando flechas sobre los dinosaurios!

—¡Hombres Grises! —exclamó Miguel Ángel.

Los dinosaurios, al verse atacados desde el aire, empezaron a moverse con mayor rapidez. Iban a pasar por delante de las rocas donde estaba escondido el vehículo terrícola. Tierney se volvió hacia Miguel Ángel.

—Es nuestra gran ocasión, Aznar —dijo excitadamente. Esos demonios van a volar sobre nosotros. Debemos derribar un par de ellos.

—Tendríamos que derribarles a todos. De lo contrario, los supervivientes regresarán y denunciarán nuestra presencia.

—¿Qué importa eso? Hemos venido hasta Venus solamente para capturar uno o dos de esas extrañas criaturas y presentarlas en la Tierra ante los incrédulos que dudan de su existencia. Regresaremos con nuestros prisioneros al LANZA, y antes de que hayan organizado nuestra búsqueda habremos despegado y estaremos volando de regreso a la Tierra a toda la velocidad que den nuestros motores.

Tierney tiró los prismáticos, se encaramó a la torrecilla y empujó la pesada ametralladora haciéndola girar.

Miguel Ángel no estaba muy seguro de que aquel fuera el procedimiento ideal. A fin de cuentas, sin embargo, Tierney estaba en lo cierto. El motivo de su viaje a Venus era capturar “vivo o

muerto” a alguno p algunos de aquellos diabólicos “thorbod”. Y si era arriesgado atacar ahora, ¿sabían si no sería más peligroso hacerlo en ocasión distinta?

Miguel Ángel se dirigió a la ametralladora ligera, que estaba montada sobre un soporte giratorio en la proa del vehículo.

Los pterodáctilos sin embargo no llegaron en esta ocasión a ponerse a tiro de las ametralladoras. Dieron la vuelta y regresaron para situarse de nuevo a retaguardia de la manada.

Al atacar de nuevo en dos alas por ambos flancos del rebaño, podían verse a simple vista las cabezas y los hombros de los jinetes aéreos. Éstos, al parecer, montaban a horcajadas sobre la base del largo cuello de los pterodáctilos, apoyando los pies en estribos…

Una lluvia de flechas cayó desde el aire sobre los dinosaurios. Las bestias corrían con pesadez y alguna se detuvo para sacudirse del cuello alguna flecha.

Parecía absurdo aquel intento de cazar un dinosaurio con flechas. Las probabilidades de matar a una de estas grandes bestias con tan primitivos proyectiles parecían muy remotas, a excepción quizás de que alguna alcanzara a un dinosaurio en la cabeza, que era precisamente el blanco más pequeño que ofrecían aquellas bestias.

Ahora, en su segunda pasada, los pterodáctilos iban a pasar casi encima del vehículo anfibio. Tierney tiró de la palanca recuperadora, apuntó a uno de los reptiles voladores y empezó a disparar. Tiraba con proyectiles trazadores, y éstos se veían perfectamente contra el fondo de plomizas nubes.

Miguel Ángel empuñó la ametralladora ligera y apuntó a otro de los pterodáctilos. El estruendo de las armas pilló de sorpresa a los reptiles voladores y los asustó.

Batiendo pesadamente sus grandes alas, de casi 10 metros de envergadura, se detuvieron en el aire. Esta vacilación fue fatal para dos de ellos. Las balas de Miguel Ángel alcanzaron de lleno en la barriga a uno de ellos. Los grandes proyectiles de 20 mm de la ametralladora antiaérea destrozaron las alas de otro reptil.

Los dos pajarracos cayeron batiendo locamente sus membranosas alas, con sus jinetes fuertemente asidos al cuello del animal.

—¡Pronto, vayan por ellos! —gritó Harry Tierney.

La bandada de pterodáctilos escapaba batiendo sus oscuras alas, y el rebaño de dinosaurios había cambiado de rumbo, espantado por el estruendo de las ametralladoras.

Miguel Ángel Aznar cogió una “metralleta” y brincó al suelo, corriendo hacia uno de los pterodáctilos que en aquel momento se estrellaba contra el suelo.

Un hombre rodó y quedó oculto por las altas hierbas, de más de un metro de altura. El reptil volador todavía agitaba sus alas y era perfectamente visible.

De pronto, una figura humana saltó en pie, surgiendo de las hierbas ante el español.

¡No era un Hombre Gris!

Miguel Ángel Aznar quedó paralizado por la sorpresa. Por el contrario, lo que el otro vio en Miguel Ángel, por fuerza tuvo que estimular su instinto defensivo.

En efecto, ¿qué pensaría el venusino de aquel extraño ser cubierto de vestiduras blancas de pies a cabeza, con un rostro de fealdad terrorífica, donde los ojos eran dos grandes círculos vítreos, y la nariz una trompa prominente?

El jinete echó mano al cinto y desenfundó una larga espada.

—¡Quieto, no se mueva! —gritó el español encañonándole con su arma.

Pero su voz, ahogada por la careta antigás que le cubría el rostro, no debió oiría el otro. En todo caso, ¿le habría comprendido?

El venusino atacó. Era de estatura mediana, esbelto y bien proporcionado. Vestía un faldellín de tiras metálicas, bajo el que se adivinaba un taparrabos. Un atalaje de cuero le cruzaba el pecho, y por encima del hombro asomaban los extremos de las flechas metidas en un carcaj.

Lanzando un grito salvaje, el venusino tiró un terrible mandoble a la cabeza de Miguel Ángel. Éste detuvo el golpe levantando la metralleta. El venusino retrocedió un paso para cobrar nuevo impulso. Miguel Ángel se vio en un dilema. No quería matar al hombre, ni por supuesto deseaba dejarse matar por aquel.

Bill Ley acudía corriendo. El venusino saltó hacia adelante tirando un pinchazo con su espada. Miguel Ángel saltó ágilmente a un lado y le asestó un golpe en la nuca con el cañón de la

“metralleta”. El guerrero fue a caer de bruces a los pies de Bill Ley. Éste saltó sobre las espaldas del venusino clavándole una rodilla en los riñones.

Miguel Ángel aprovechó para inclinarse y arrancarle la espada de la mano. El venusino se sacudió al joven Ley de un empujón y se revolvió con furia incorporándose sobre una rodilla. Miguel Ángel le puso la punta de la espada en la garganta.

Tuvo el venusino un segundo de vacilación. Luego, repentinamente, se arrojó sobre la espada.

Si Miguel Ángel no hubiese apartado a tiempo el arma, el venusino se la habría clavado por sí mismo en la garganta. Aún así, la afilada hoja le produjo un corte en el pómulo que empezó a sangrar con abundancia.

—¿Prefieres morir a caer prisionero, eh? —murmuró el español. Y disparó su puño contra la frente del otro, tirándole de espaldas en la hierba.

Bill Ley se arrojó sobre el venusino y, decidido a que esta vez no se le escapara, le cogió un brazo y se lo dobló a la espalda poniéndolo boca abajo.

—Vamos a llevarle al camión —dijo Miguel Ángel tirando la espada y cogiendo al prisionero por el otro brazo.

El venusino se negaba tercamente a dar un sólo paso y tuvieron que llevarle a rastras hasta el vehículo. En este momento llegaban Thomas Dyer y Edgar Ley arrastrando por la hierba a otro prisionero. Éste no les había dado ninguna clase de trabajo, pues al caer con su extraña montura parecía haber sufrido una conmoción cerebral que le dejó sin sentido.

—Busque un pedazo de cuerda por ahí, profesor Stefansson —dijo Miguel Ángel al profesor, que se asomaba a la borda del vehículo anfibio.

Pero el profesor no se movió y al levantar los ojos, Miguel Ángel le vio tan inmóvil como una estatua de mármol. El español comprendió lo que le ocurría al sabio, y le entró tal acceso de risa que tuvo que arrancarse la careta anticontaminación para no ahogarse.

—¿Y ahora qué, profesor? —exclamó Miguel Ángel con regocijo —: ¿En que lugar de sus teorías encajan este par de “especímenes”?

Stefansson se arrancó la careta.

—¡Córcholis! —exclamó, y sus ojos brillaban de excitación detrás de los cristales de sus gafas—. ¿De dónde han salido estos hombres?

—¿Está seguro que son hombres? —preguntó el español con ironía.

Miró al rostro de su prisionero. El venusino le estaba mirando con la boca abierta de asombro, los oscuros ojos abiertos de par en par, como si no diera crédito a lo que veía. Tenía la piel oscura, de un color tirando a azul, las cejas muy arqueadas y los ojos almendrados y ligeramente oblicuos como los de un oriental.

—¡Increíble! —exclamó Stefansson—. ¡Estos hombres no deberían estar aquí!

—¿Por qué no, profesor?

—No es lógico. Este planeta atraviesa una Era en la que el hombre no puede haber aparecido todavía, mucho menos un ser tan evolucionado como estos. ¡Es imposible! En alguna parte ha tenido que haber un error.

—¿Quiere decir que estos venusinos se han equivocado de tiempo y que por lo tanto debemos rechazar su existencia por ilegal?

—No lo tome a broma, Aznar —dijo Harry Tierney muy serio—. Evidentemente, la existencia de seres humanos en Venus es un hecho que puede trastornar todos nuestros planes.

—¿Para bien, o para mal?

—Eso no podría decirlo.

—Pues yo al menos sé una cosa. Cuando fui a coger este hombre él se defendió valientemente con su espada. Tuvo que acudir Bill en mi ayuda para poder reducirle. Yo le amenacé poniéndole la punta de su propia espada en la garganta. ¿Saben lo que hizo? ¡Se arrojó sobre la espada intentando matarse! ¿Por qué prefirió morir a dejarse coger prisionero?

—Tal vez sea ese su concepto del honor…

—No creo que fuera por eso. Con nuestras vestiduras blancas y nuestras caretas estamos más cerca de parecemos a los Hombres Grises que a nosotros mismos. ¡Este valiente me confundió con un thorbod! ¿Qué nos dice todo esto?

—Que ellos conocen a los thorbod —contestó el profesor Stefansson.

—Y los temen a tal punto que prefieren morir a caer en manos de ellos. Luego si en Venus existe una humanidad que detesta a los thorbod, puede decirse que ya no estamos solos en nuestra lucha contra los Hombres Grises. ¡Ahora contamos tal vez con millones de aliados!

Un silencio elocuente siguió a las palabras de Miguel Ángel.

—¡Caramba! —exclamó Bill Ley. Eso sería un alivio para nosotros.

—Si los venusinos detestan a los thorbod, y nosotros conseguimos ganarnos su amistad y confianza, indudablemente nos sería de gran ayuda —admitió Harry Tierney.

El segundo prisionero empezaba a dar señales de vida.

—Bien —dijo Miguel Ángel—. ¿Qué hacemos ahora?

—Seguiremos adelante, ¿qué otra cosa podemos hacer? —dijo Tierney.

—Estoy pensando que si pudiéramos interrogar a estos indígenas, llegaríamos a saber más de los thorbod que todo lo que seamos capaces de averiguar por nosotros mismos —apuntó el ingeniero Thomas Dyer.

—En efecto —admitió Tierney—. Sólo que no será cuestión de un día ni dos hacernos entender por ellos. Atentos y volvamos al río.

Los dos prisioneros fueron atados de manos y echados en el fondo de la embarcación. El anfibio se puso de nuevo en marcha y regresó al río, donde sus hélices entraron en acción impulsándole a favor de la corriente. Poco después empezaba a llover y los terrícolas se guarecían bajo el toldo moteado de verde y amarillo.

Edgar Ley estaba curando la herida que el prisionero de Miguel Ángel tenía en la mejilla. Los venusinos todo era mirar a los extranjeros con visibles muestras de curiosidad.

Miguel Ángel trató de entablar amistad con ellos, intentando hacerles comprender por señas que se llamaba Miguel. Pero los venusinos se limitaron a observar al gesticulante terrícola sin que por su parte pronunciaran una sola palabra.

—Parecen bastante estúpidos —suspiró Miguel Ángel renunciando.

El anfibio seguía navegando río abajo sin que apenas se advirtiera cambio en el paisaje. Únicamente por la derecha parecía

que el río se aproximaba a una cordillera de montañas, difuminadas en la distancia por la tenue neblina.

El bote anfibio estaba equipado con un radar de corto alcance para la navegación nocturna. Además de la radio que formaba parte del equipo del vehículo, Miguel Ángel había traído un radiogoniómetro portátil que habría de serles de la máxima utilidad para fijar la dirección de las emisiones de la radio “thorbod”.

Estaba Miguel Ángel manejando el radiogoniómetro, cuando brotó del altavoz de la radio de a bordo la voz en lengua “thorbod”. Los dos prisioneros, hasta entonces tranquilos, se sobresaltaron mirando a cada uno de los terrícolas con temor.

Miguel Ángel les señaló la radio, invitándoles con gestos a acercarse. El prisionero de Miguel Ángel se acercó tímidamente, y después de observar el aparato arrimó el oído al altavoz.

—¡Thorbod! —dijo mirando al español.

—No cabe duda, estos hombres conocen la lengua “thorbod” —dijo el profesor Stefansson.

—Y además les conocen por el mismo nombre que nosotros —apuntó Miguel Ángel.

Los terrícolas no habían vuelto a ponerse sus caretas anticontaminación. Si las bacterias venusinas permitían la vida humana a sus nativos, no había razón para que los terrícolas fueran diferentes.

La existencia de seres humanos en Venus, idénticos a la humanidad de la Tierra, seguía despertando la curiosidad del profesor Stefansson, quien a duras penas podía admitirla.

—No hemos visto mamíferos, ni siquiera en sus formas más rudimentarias. Estos venusinos no pueden haber aparecido en este planeta por generación espontánea. Entre ellos y la familia de los reptiles tiene que existir una larga escala de especies intermedias.

—Tal vez haya monos en alguna parte. Después de todo no hemos explorado la totalidad del planeta —apunto Harry Tierney.

Mientras tanto había pasado el tiempo y llegó el momento de almorzar. Las provisiones consistían principalmente en conservas. Los venusinos rechazaron haciendo ascos las carnes y las verduras, y sólo aceptaron unas rebanadas de pan tostado y fruta seca.

Aquella tarde el profesor Stefansson se apuntó un notable éxito, logrando averiguar que el venusino herido se llamaba Alar, y el

compañero de este Duria. La palabra “saissai”, frecuentemente pronunciada, sugería el nombre de ciudad, la tribu o la raza de los venusinos.

Hacia el final de la tarde, tras repetidas comprobaciones, Miguel Ángel llegó a una conclusión.

—Vea esto, señor Tierney. El “eco” del radar y la señal de la emisora “thorbod” no están en la misma línea. Mientras las señales de radio continúan llegando del Norte, el “eco” del radar se está alejando cada vez más al Este.

—¿A qué distancia está ese “eco”?

—A unos sesenta kilómetros.

—Es un fastidio esto de andar a ciegas en un mundo rodeado de peligros. ¡Si al menos pudiéramos hacer hablar a esos “saissai”!

—Sería lo mismo. Aunque ellos hablaran, nosotros no los entenderíamos.

—Bueno, usted ya me entiende lo que quiero decir. Seguiremos adelante, puesto que estamos tan cerca. Quiero ver qué cosa produce ese “eco”.

El anfibio siguió navegando con las últimas luces de la tarde. Antes que oscureciera por completo prepararon el equipo especial de “luz negra”. Dos faros, de los cuatro delanteros del anfibio, emitían esta luz invisible para el ojo humano. Otro faro iba fijo a la ametralladora de proa y se movía con esta en todas direcciones.

La “luz negra”, o luz invisible, se basaba en un principio físico elemental. El espectro de la luz visible se extiende desde el rojo al violeta, pero por debajo del rojo y por arriba del violeta existen otras radiaciones que el ojo humano no ve, aunque pueden ser percibidos por medio de placas fotográficas, o de células fotoeléctricas sensibles a estas radiaciones.

Utilizando las propiedades de las células sensibles a las radiaciones infrarrojas se habían podido fabricar estos aparatos capaces de ver en la oscuridad. El secreto estaba en los faros, que iban provistos de filtros que sólo dejaban pasar los rayos infrarrojos. Los objetos iluminados por estos proyectores podían verse por medio de un dispositivo de óptica electrónica, que producía una imagen luminiscente semejante a la de una pantalla de televisión.

Para obtener la aceleración de los electrones, indispensables a la luminosidad, la placa electrónica debía ser sometida a una tensión

superior a 10.000 voltios. Un generador acoplado a los acumuladores del vehículo producía esta enorme tensión, aunque, naturalmente, con una débil intensidad, en evitación de accidentes.

Los visores eran a modo de unos grandes anteojos, bastante voluminosos y pesados, que tenían que sostenerse por medio de un casquete especial, y estaban conectados por un hilo al circuito eléctrico.

Harry Tierney se puso uno de los visores y Miguel Ángel Aznar el otro. Tierney era en esta ocasión el conductor, permaneciendo Miguel Ángel de pie a su lado, detrás de la ametralladora.

Las noches de Venus eran de una obscuridad como no se conocía en la Tierra. La densa envoltura de nubes no dejaba llegar hasta la superficie del planeta ni el más tenue resplandor de las estrellas. Los venusinos no habían visto nunca las estrellas, y por lo tanto debían ignorar la existencia de otros mundos.

Los faros de "luz negra" fueron encendidos. Dos de ellos iluminaban el río por delante del anfibio. Miguel Ángel registraba con el tercero las riberas del río. Para los demás tripulantes del anfibio todo era oscuridad a su alrededor. Los "saissai", asustados, deberían estar preguntándose como era posible guiar una embarcación a tan gran velocidad sin estrellarse contra una orilla del río o cualquier árbol flotante.

Después de navegar una hora en la más completa oscuridad, Miguel Ángel Aznar encendió el "radar". El "eco" era muy fuerte en la pantalla del radar y se había movido más al Este, quedando ahora 40 grados a estribor. La distancia se había reducido a sólo 30 kilómetros.

Pronto tendrían que abandonar el río para dirigirse a campo través hacia aquel potente "eco" que como un faro les guiaba en la oscuridad. Miguel Ángel apagó el radar y volvió junto a la ametralladora, apuntando el arma, y con ella el faro de "luz negra", hacia la orilla, en busca de un lugar apropiado para salir.

Lo que descubría poco después era otro río que venía por la derecha a desembocar en la corriente principal.

—¡Un afluente! —exclamó Aznar—. ¡Y viene en la misma dirección que la señal de "radar"!

—Bueno —dijo Tierney—. Eso puede ahorrarnos kilómetros de andar por tierra. Seguiremos el afluente hasta donde podamos.

El anfibio cabeceó al alcanzar el punto de confluencia de los dos ríos, viró a estribor y enfiló el afluente.

La abundante pluviosidad hacía de los ríos de Venus corrientes caudalosas de régimen muy regular. El tributario que acababan de tomar no era ni con mucho tan caudaloso como el principal, pero aún así no tendría menos de 50 metros de orilla a orilla. Sus riberas, al contrario, eran más altas y se veían cubiertas de altos bambús y árboles de grandes, nudosas y descarnadas raíces que se hundían en el agua.

Unas millas más adelante fue Tierney quien encendió el "radar", inclinándose sobre la pantalla.

—Creo que hemos tenido mucha suerte en dar con este río —dijo—. Si no cambia de dirección nos va a llevar casi derecho al punto donde queremos ir.

Apagó el "radar", volviendo a colocarse el visor especial para la "luz negra". Cinco minutos después se escuchaba un grito de alarma.

—¡Thorbod! ¡Thorbod! —gritaron los dos venusinos a un tiempo.

Miguel Ángel Aznar pegó un respingo.

—¿Dónde? ¿Dónde?

Fue Edgar Ley quien contestó con voz excitada.

—¡Platillos volantes! ¡Allí arriba! …

Aznar se arrancó el visor y levantó los ojos. Un estremecimiento le recorrió la médula, a pesar del calor reinante que le tenía empapado en sudor.

Vio una formación de "platillos volantes" progresando a poca velocidad. Venían del Norte e iban a pasar a unos siete u ocho kilómetros por delante de ellos.

—¡Pare el motor! —gritó Miguel Ángel—. Si llevan equipo detector de rayos infrarrojos nos descubrirán por el calor del tubo de escape. ¡Y también por nuestros proyectores de "luz negra", maldición!

Tierney apagó rápidamente el motor mientras Aznar apagaba los proyectores. Entonces quedaron envueltos en la más densa oscuridad.

—¡Los UFO se han detenido! —anunció Bill Ley angustiado—. ¿Nos habrán descubierto?

En efecto los “platillos volantes” habían quedado inmóviles en el aire, a unos mil metros de altura, brillando con una vaga luminiscencia azul-verdosa. Eran casi un centenar y su aspecto, luciendo en mitad del cielo negro, era amenazador.

De pronto estalló en el cielo, sobre los “platillos volantes” una luz de bengala. La noche se hizo bruscamente día, y una potente luz blanca iluminó todo en un amplio radio e hizo brillar en chisporroteos áureos algo que se encontraba todavía a unos diez kilómetros de distancia, a bastante altura sobre lo que parecía ser la cima de una montaña.

Los tripulantes del vehículo anfibio se miraron unos a otros. Reflejaban especial temor los rostros de los dos “saissai”, cuyos temblorosos labios se movían apenas murmurando siempre la misma palabra, “¡THORBOD!”

El vehículo anfibio, arrastrado por la corriente, derivaba lentamente hacia una de las orillas.

—¡Tenemos que escondernos! —gritó Miguel Ángel Aznar.

—¿Nos buscarán a nosotros? —preguntó Bill Ley.

—No lo sé, no lo creo. Pero si buscan algo nos verán. ¡Somos demasiado visibles, aquí en medio del río!

Resueltamente Miguel Ángel apartó a Tierney de su lado, se hizo con los mandos del anfibio y puso el motor en marcha. Dirigió la embarcación hacia la orilla más próxima, que era la izquierda, y buscó un escondrijo entre las grandes raíces de los árboles y las ramas que caían hasta el agua formando a modo de un telón protector.

Bill saltó a tierra para pasar una amarra alrededor de un tronco.

El vehículo anfibio quedó bien escondido, pero ahora no podían seguir los movimientos de los “platillos volantes”, por impedírselo el techo de vegetación que tenían sobre sus cabezas. Pero Bill, que seguía en tierra, se alejó unos pasos y luego regresó anunciando:

—Algo raro está ocurriendo como a tres millas de aquí. Casi todos los “platillos volantes” están aterrizando. Arriba permanecen tres o cuatro que siguen lanzando bengalas.

En esto se escuchó el poderoso ronquido de unos motores, y el haz de unos faros electrónicos abrían las aguas del río.

—Alguien viene remontando el río —anunció Edgar Ley, que se encontraba a popa con los nativos.

Instintivamente todos buscaron sus armas. Miguel Ángel se encaramó de un salto a la torrecilla blindada que montaba la ametralladora pesada.

La luz de las bengalas iluminaba perfectamente el río y ambas orillas. Mirando entre las ramas vieron una embarcación de proa achatada que remontaba la corriente haciendo sonar sus motores. Inmediatamente detrás de la primera vieron los faros de otra docena de barcos que avanzaban en convoy, siguiendo cada una la estela de la que le precedía.

La primera embarcación pasó frente al escondite de los terrícolas.

Era muy parecida a los lanchones de desembarco de la infantería de Marina USA, pero de los del tamaño mayor, que se utilizaban para llevar tanques y material pesado a la costa.

La proa plana era seguramente abatible, y los mandos y la máquina estaban a popa. Aquí, en la popa, se erguían de pie dos figuras siniestras de elevada estatura, cráneo pelado y prominente trompa en lugar de la nariz.

—¡Hombres Grises! —exclamó roncamente Thomas Dyer.

El barco pasó por el centro del río. El oleaje que provocó hizo moverse rudamente al anfibio donde los terrestres permanecían agazapados y en tensión. Detrás del primero pasaron los otros en ordenada fila. Miguel Ángel contó quince embarcaciones en total, y su cuenta coincidió con la que hicieron también Edgar Ley y Harry Tierney.

Al apagarse en la distancia el ronquido de los motores se escuchó sobre las cabezas de los terrícolas un ruido como de batir de alas. En efecto, como una docena de pterodáctilos cruzaron por encima del escondrijo del anfibio y se alejaron volando con su característica pesadez.

—Los “thorbod” deben estar llevando a cabo una operación militar a gran escala —observó Miguel Ángel—. Voy a tratar de encaramarme a lo más alto de uno de esos árboles para ver lo que pasa. Me llevaré unos prismáticos. Búsquenme un par de cuerdas con gancho.

—Yo voy con usted —se ofreció Bill.

Sirviéndose de las cuerdas, con un gancho en su extremo, treparon a un árbol. No era cosa fácil trepar a un árbol venusino,

pues debido a la omnipresente lluvia, tanto los troncos como las ramas estaban cubiertas de musgo sumamente resbaladizo.

Las luces de bengala se sucedían unas a otras, por la que la visibilidad era perfecta en varios kilómetros a la redonda.

Aplicando los prismáticos a sus ojos, Miguel Ángel vio una especie de muro que parecía cerrar la entrada a un valle. Por encima del muro se veían algunas edificaciones situadas más lejos, en un plano superior. Grandes humaredas salían de la ciudad aunque, paradójicamente no se apreciaban llamas que indicaran la existencia de un incendio. El humo, a la luz de las bengalas, tenía un color azul y parecía bastante pesado.

Este humo azul se fue desvaneciendo poco a poco en el transcurso de una hora. Allá arriba seguían como clavados en el cielo los “platillos volantes” lanzadores de bengalas.

—Me pregunto como se las arreglarán esos condenados “platillos volantes” para mantenerse inmóviles en el aire —murmuró Bill Ley —. No veo que tengan rotores, ni se aprecia salida de gases por ninguna tobera.

—Tal vez emplean campos de fuerza magnéticos.

—¿Qué es eso?

—Es difícil de explicarlo, cuando ni siquiera sabemos en qué consiste. Yo me imagino algo así como una fuerza eléctrica repeliendo la atracción de la Tierra… que en este caso sería la de Venus.

—Quiere decir que un aparato que fuera capaz de desarrollar un campo de fuerza igual a la atracción de la Tierra, lograría neutralizar a ésta y no pesar prácticamente nada.

—Algo así, Bill. ¡Demonio, daría cualquier cosa por saber qué está pasando allí en la ciudad de los “saissai”!

Tres horas permanecieron Miguel Ángel Aznar y Bill Ley encaramados al árbol, hasta que sintiendo cansancio, y en vista de que nada sucedía, decidieron bajar y reunirse con sus compañeros en el vehículo anfibio.

Encontraron al profesor Stefansson enzarzado en una animada conversación con los dos prisioneros. A estos de pronto parecía habérseles desatado el deseo de hacerse comprender de los terrícolas.

—¿Qué han visto? —preguntó Harry Tierney a Aznar.

—Poca cosa. Hay una especie de muralla cerrando el valle, y una ciudad detrás del muro, en la falda de un cerro. Sale mucho humo de la ciudad pero no se aprecian llamas que indiquen un incendio. ¿Qué dicen este par de mozos? —preguntó Aznar señalando a los “saissai”.

—No resulta fácil entenderles. Parece que los “thorbod” son sus enemigos ancestrales, que vienen con alguna frecuencia aquí y se llevan a muchos “saissai” para obligarles a trabajar en otra parte, probablemente en alguna mina.

Miguel Ángel se puso a observar a sus prisioneros, los cuales empleaban una mímica bastante expresiva en sus esfuerzos por hacerse entender.

“Trompa larga y orejas puntiagudas, grandes ojos así de redondos”.

Estos debían ser los “thorbod” u Hombres Grises.

“Humo o gases… todos dormidos. Los “thorbod” cogían algo del suelo y lo cargaban como fardos. Luego se marchaban. Acción de manejar un pico… de manejar una pala… acción de empujar algo como vagonetas”.

La interpretación, salvo algunas lagunas oscuras, podía ser ésta:

Los “thorbod” llegaban, arrojaban bombas de gas nervioso que dejaba dormidos o paralizados a los “saissai”. Los cargaban y se los llevaban lejos a trabajar en unas minas.

—Parece lógico —comentó Miguel Ángel Aznar—. Los “thorbod” deben ser pocos en número, y aunque poseen tan alta técnica, superior incluso a la nuestra, no disponen de medios, de materias primas ni de mano de obra para desarrollarse. En mi opinión, los “thorbod” proceden de algún lejano mundo. Llegaron de otra galaxia tripulando sus “platillos volantes” o alguna otra astronave mayor y se establecieron en Venus después de haber explorado las posibilidades de otros planetas de este sistema, como la Tierra y Marte. Pocos en número, tal vez solamente un millar, se encontraron al llegar aquí con que tenían que rehacer su industria empezando desde abajo. Abrir minas, fundir el hierro, levantar fábricas… y para ello cuentan con la mano de obra nativa. ¿Usted qué opina, profesor?

—Bueno —farfulló el profesor Stefansson—. Siempre he sido de la opinión de que los “thorbod” eran oriundos de Venus, pero puedo

haber estado equivocado. Si “thorbod” y “saissai” hubiesen nacido al mismo tiempo en Venus, la raza más débil tendría que haber sucumbido hace tiempo ante la más inteligente y mejor dotada, y los “saissai” no hubiesen llegado a existir siquiera como pueblo organizado. Pero los “saissai” tienen sus ciudades, su propia lengua y su cultura, lo cual nos lo presenta como un pueblo que siempre fue libre.

—Siga hablando a los “saissai”, profesor —dijo Tierney—. En cuanto podamos empezaremos a confeccionar un diccionario “saissai”-inglés.

Toda la noche transcurrió en vigilia. Los “platillo volantes” seguían vigilantes en el cielo, aunque ya no lanzaban bengalas. Poco antes del amanecer los “platillos volantes” que habían aterrizado despegaron verticalmente, se reunieron en cerrada formación y desaparecieron volando en dirección Norte.

Entre las luces del alba se escuchó el ronquido de los motores de las lanchas que regresaban. Pasaron por delante del escondrijo del anfibio, muy hundidas a causa del peso que cargaban, y una tras otra desaparecieron.

—¿Fueron quince? —preguntó Miguel Ángel.

—Sí.

—Entonces regresaron todas. Creo que podemos continuar y acercarnos a ver qué ha ocurrido en la ciudad —dijo Aznar.

El motor del anfibio dejó oír su rugido característico, las hélices batieron el agua y la embarcación abandonó el que había sido su escondrijo toda la noche para navegar de nuevo remontando la corriente.

CAPÍTULO VII

Una muralla ciclópea de dieciocho metros de altura, formada por sillares de cinco metros de lado por tres de altura, se extendía a lo largo de doce kilómetros cerrando la entrada a un valle de veinte kilómetros de profundidad.

Tres arcos sucesivos daban paso al río, pudiendo verse otros dos más angostos en tierra firme, uno a cada lado del río, pero los terrícolas optaron por utilizar la vía fluvial pasando bajo el arco central.

La muralla resultó tener quince metros de espesor, y aunque se advertía el deterioro causado por el paso de los siglos, eran de admirar tanto sus proporciones como la perfecta colocación de los sillares y el problema en sí que habría supuesto para sus constructores el tallar, transportar y colocar en su sitio aquellas piedras tan enormes.

La muralla carecía de almenas y no daba la impresión de haberse construido para detener a un posible enemigo. Esto no tenía sentido en un país donde la caballería aérea, montada en gigantescos "pterodáctilos" era capaz de salvar las murallas más altas.

—Los antiguos debieron construir esta muralla simplemente para impedir el paso de las manadas de grandes dinosaurios —opinó el profesor Stefansson.

El anfibio salió del arco, que era largo como un túnel, y los expedicionarios miraron sorprendidos a su alrededor el hermoso valle que se extendía ante sus ojos.

El valle era de una belleza extraordinaria y casi utilizable en toda su amplitud, pues las laderas se elevaban verticalmente, formando altas paredes inaccesibles, y el suelo subía con poca pendiente.

Como en cualquier parte de Venus, la roca no era visible en la forma descarnada que solía darse en los lugares áridos de la Tierra. Los árboles, las plantas y el musgo lo cubrían todo de verdor. Frecuentemente, desde las alturas inaccesibles de los riscos, se despeñaba una cascada que formaba un riachuelo que iba a engrosar el caudal del río.

La ciudad se levantaba a la derecha, unos cinco kilómetros valle adentro, encaramada sobre la ladera roqueña de una montaña, formando escalones sucesivos. Esta posibilidad de ofrecerse a la vista en planos a distinta altura le daba un pintoresquismo excepcional.

Era una ciudad muy grande, capaz tal vez para quince o veinte mil habitantes, y en su arquitectura recordaba la de las antiguas ciudades romanas, con edificios de piedra, profusión de columnas y calzadas empedradas.

Considerando el clima húmedo de Venus era lógico el empleo exclusivo de la piedra como elemento de construcción, ya que era el único material capaz de resistir a la humedad. La madera allí debía de pudrirse sin llegar a secarse.

La localización de la ciudad en la falda de la montaña también debía deberse a un concienzudo e inteligente cálculo. La roca ofrecía un buen asentamiento para los cimientos, sin el riesgo de los deslizamientos de tierra, y por otra parte, las calles en pendiente, eran lo mejor para un eficaz y rápido drenaje, mirando la frecuencia con que llovía en este planeta.

La ciudad, según los “saissai”, se llamaba Abasora.

Desde la muralla, dos calzadas empedradas de grandes losas se dirigían hacia el interior del valle, una por cada ribera del río. Otros caminos más estrechos, igualmente empedrados, venían de los extremos del valle a unirse a estas dos carreteras principales.

Por la derecha, la calzada iba subiendo y apartándose del río para acceder a la ciudad.

El anfibio abandonó el río, cruzó a campo través hasta alcanzar la calzada, y corrió por esta en dirección a la ciudad. Poco después veían un pterodáctilo muerto junto al camino. Encontraron otros reptiles voladores más adelante, la mayoría muertos, y algunos heridos que no podían volar.

El valle, que daba la impresión de estar densamente habitado, aparecía curiosamente desierto. Las rodadas en las rocas de la calzada indicaban que los “saissai” utilizaban alguna clase de carros de llantas metálicas, pues sus huellas estaban marcadas en la piedra. Un kilómetro más adelante vieron los animales que los nativos utilizaban como bestias de tiro, una especie de rinocerontes cubiertos de grandes corazas óseas paciendo mansamente en la

ladera de la montaña.

Cerca de la ciudad el vehículo se detuvo. Tierney era de la opinión de dejar marchar a los prisioneros para que estos se les anticiparan y tranquilizaran a la gente de la ciudad respecto de las intenciones de los extranjeros.

Visiblemente decepcionados, los dos indígenas saltaron a tierra, lanzaron una última mirada al vehículo y echaron a correr.

—Si cuando regresemos a la Tierra contamos todo lo que nos está ocurriendo, nadie nos va a creer —dijo Bill recargando su cámara de cine.

—La mejor forma de que nos crean es llevar con nosotros un Thorbod, o un par de ellos —respondió mister Tierney.

—Pero pillar a un Thorbod de la oreja y embalarlo en un cajón no va a ser cosa fácil —argumentó Bill.

—De cualquier forma tenemos que hacerlo —aseguró Tierney.

El calor era agobiante. Los terrícolas esperaban con impaciencia los acontecimientos, y estos no tardaron en producirse. Una muchedumbre apareció entre las últimas casas de la ciudad y se dirigió resueltamente hacia el lugar donde estaba el vehículo anfibio.

Al frente del grupo, con una docena de ancianos, venía Doria. La mayoría de la gente vestía de cuero de dinosaurio. Solamente algunas mujeres, y los ancianos como probable distintivo de su rango, vestían túnicas de un tejido grueso y basto, parecido a arpillera.

Miguel Ángel puso el motor en marcha e hizo avanzar al anfibio un centenar de metros. La muchedumbre se detuvo amedrentada. Duria hablaba animadamente con los ancianos. Finalmente Duria avanzó solo.

—Venir —dijo haciendo señas imperiosas a los terrícolas—. Venir.

Harry Tierney, Thomas Dyer y el profesor Stefansson saltaron a tierra y siguieron al “saissai”, reuniéndose con los ancianos que se habían adelantado a recibirles y les saludaban con repetidas inclinaciones al estilo oriental.

La conversación fue larga, casi de media hora. Finalmente Tierney hizo señas a Miguel Ángel para que les siguieran. El español puso el anfibio en marcha y siguió al grupo. La muchedumbre se

abrió respetuosamente a ambos lados de la calle, permitiendo que la rezongante máquina siguiera a marcha lenta detrás del grupo formado por los ancianos y los representantes terrícolas. Luego la multitud cerró detrás del vehículo, siguiéndole de cerca, especialmente los chiquillos.

La ciudad era muy bella, con calles anchas totalmente empedradas, y amplias aceras porticadas que resguardaban a los transeúntes de la lluvia. Estando la ciudad edificada sobre la falda roqueña de la montaña, las calles principales formaban sucesivos escalones estando unidas entre sí por otras calles en pendiente, algunas con escalinatas.

Los edificios, de sobria arquitectura, estaban construidos de sillares de piedra unidos con argamasa y tenían anchos portales, aunque sin puertas. Grandes cortinas de cuero, y de canutillo en las ventanas, permitían el libre juego del aire en esta ciudad calurosa.

Dominaba cierto olor a establo, indicio cierto de la existencia de animales domésticos, especialmente bestias de tiro y pterodáctilos, que los nativos llamaban “dracos”.

Más tarde, los terrícolas sabrían que el pterodáctilo era un animal esencial en la vida de la nación “saissai”, muy superior en rendimiento al caballo terrícola, pues permitía a los nativos volar grandes distancias en un país donde no existían carreteras, y donde el construirlas y mantenerlas habría representado un esfuerzo que estaba lejos de las posibilidades de este pueblo primitivo.

Los “dracos” solían tener su cuadra en el último piso de la casa, utilizando la azotea como plataforma para levantar el vuelo, así como para posarse en ella al regreso.

La comitiva, después de recorrer una larga calle y subir por otra en cuesta, llegó hasta una amplia plaza de forma semicircular. Aquí, una amplia escalinata conducía hasta una airosa columnata rematada por un largo friso rectangular.

Mientras el camión anfibio quedaba al pie de la escalinata, Harry Tierney, Thomas Dyer y el profesor Stefansson siguieron a los ancianos de la túnica por las escaleras hasta desaparecer entre las columnas. La muchedumbre se quedó en la plaza, rodeando al vehículo con curiosidad y respeto. Alar y Duria alejaban a los más osados con aire autoritario.

Casi una hora tardaron en reaparecer los tres americanos

acompañados de los ancianos.

—Síganos, Aznar —dijo Tierney haciendo una seña.

—¿Pero adónde demonios nos llevan ahora?

—No lo sé, pero no importa.

Refunfuñando, Miguel Ángel Aznar puso de nuevo el vehículo en marcha y siguió lentamente al grupo hasta una casa que no parecía distinta de las demás, excepto porque la gran cortina que cubría el portal era roja. Allí los ancianos se despidieron tras repetidas reverencias, y uno de los principales, el que hasta aquí parecía haber llevado la voz cantante invitó con un ademán a los terrícolas a entrar en la casa.

En efecto, se trataba de una invitación del "Tadd" o magistrado de la ciudad para que fueran sus invitados.

—No podemos abandonar el camión en la calle —observó Edgar Ley al requerimiento de Tierney—. Estos salvajes lo desvalijarían.

Finalmente, después de gesticular un rato, el magistrado comprendió los deseos de sus invitados e hizo ademán para que el vehículo entrara también en la casa. Se apartaron las rojas cortinas de cuero y el anfibio entró por el ancho portalón hasta el interior de la casa, donde se detuvo ante un carro.

Las cortinas volvieron a ser corridas, aislando a los extranjeros de la curiosidad de la muchedumbre que seguía afuera. Ciñendo sus pistolas, los tripulantes abandonaron el camión reuniéndose con sus compañeros. Todos juntos fueron introducidos en una habitación muy amplia e invitados a sentarse alrededor de una mesa de mármol.

La mesa era redonda, pulida en su superficie. Las sillas consistían simplemente en unos cilindros de granito con un breve respaldo que sólo alcanzaba a los riñones.

Mujeres vestidas con túnicas de arpillera, algunas jóvenes y muy bonitas, sirvieron varias fuentes colmadas de carnes, verduras crudas y frutos exóticos. El Tadd tomó asiento a la mesa e indicó con un gesto que podían comer.

—¿De qué será esta carne, de dinosaurio? —murmuró Bill Ley mirando aprehensivamente el enorme pedazo de asado que acababan de ponerle delante en artística fuente de cerámica.

—Pruébala —le dijo su padre—. Y si te gusta cómela sin preocuparte de su origen.

Evidentemente, los “saissai” conocían el hierro, pues de este metal eran las llantas de sus carros, sus espadas y los cuchillos y tenedores que estaban sobre la mesa. De las sobrias paredes de piedra, entre algunas pieles de animales, colgaban lanzas, escudos de cuero y bronce, cascos y grandes ballestas.

La carne era muy sabrosa y los terrícolas hacía casi dos meses que no comían carne fresca recién asada.

—¿De qué hablaron todo el tiempo que estuvieron dentro de aquel templo? —preguntó Miguel Ángel Aznar a Harry Tierney.

—No era un templo, sino algo parecido a la Corte. Esta no es la única ciudad “saissai”, sino que existen muchas otras, si bien ésta parece ser la principal. Estas ciudades están constituidas en repúblicas independientes, con un magistrado o “Tadd” que se elije por sufragio popular por un determinado período de tiempo. Esto al menos es lo que entendimos.

—¿Qué ocurrió la noche pasada con la visita de los “thorbod”?

—Parece que no es la primera vez que los “thorbod” vienen por aquí. Esta era hace años una ciudad muy populosa, pero los “thorbod” han venido efectuando razias periódicas, llevándose como esclavos a los hombres más robustos. Se los llevan a trabajar en sus minas. Si usted se fija observará cuán pocos hombres jóvenes quedan en la ciudad. La mayoría son mujeres y niños. O ancianos como el Consejo que nos recibió.

—Pues es raro que no advirtiéramos señales de batalla, a excepción de unos cuantos pterodáctilos muertos o heridos.

—Los “thorbod”, como las otras veces, se presentaron inesperadamente cuando la ciudad dormía. Desde sus “platillos volantes” arrojaron sobre la ciudad un “humo azul” que deja la población paralizada.

—¿Gases nerviosos?

—Seguramente. Los “saissai” no podían moverse, pero sí ver y oír. Debió ser terrible. Al darse la alarma todos despertaron. Luego todos quedaron paralizados, viendo como los “thorbod” se movían a su alrededor. ¡Imagínese el espanto de los niños y las mujeres! Los “thorbod” son muy temidos aquí. Escogieron a placer los ejemplares que más les convenía, los encadenaron y esperaron a que sus prisioneros se fueran recuperando para llevarlos a sus barcazas.

—¿Desde cuándo viene ocurriendo esto?

—Desde hace cuarenta y siete años.

—Eso remonta la fecha a…

—Tenga en cuenta que son años venusinos —dijo el profesor—. El año de Venus tiene doscientos cincuenta y cinco días terrestres. En el tiempo de la Tierra eso representa treinta y tres años.

—O sea hacia mil novecientos cuarenta. ¡Esa es aproximadamente la fecha en que los "platillos volantes" empezaron a ser vistos en el cielo de la Tierra! —exclamó Miguel Ángel Aznar—. ¿Se convence ahora, profesor? Los "thorbod" no nacieron en este planeta. Llegaron estableciéndose en Venus. Desde entonces, de manera sistemática, han estado utilizando la abundante mano de obra nativa para afianzar su presencia en nuestra galaxia.

—Es decir —concluyó Thomas Dyer—. Debemos considerar como un designio de la providencia que el profesor von Eicken viniera a la Tierney Aircraft y resolviera la fórmula que hizo posible el Lanza y este viaje a Venus. Ignoro qué grado de progreso hayan alcanzado los "thorbod" en estos treinta y tres años, pero estoy seguro que en un par de décadas más serán lo bastante fuertes como para que nadie pueda expulsarles de este planeta. Creo que debemos regresar a la Tierra y denunciar esta amenaza que pende sobre nuestras cabezas.

—¿Regresar ahora, cuando recién acabamos de llegar y apenas empezamos a conocer pormenores sobre las actividades de los "thorbod" en este planeta? —protestó Miguel Ángel.

El ingeniero se volvió hacia Harry Tierney.

—Usted es el jefe de esta expedición, señor Tierney. ¿Qué se propone hacer?

—Creo que debemos aprovechar que estamos aquí para averiguar algo más respecto a los "thorbod". Debemos sonsacar a los "saissai" cuanto sepan acerca de esa extraña raza, y para eso hace falta conocer mejor la lengua "saissai". Tendremos que aprenderlo. Mientras, haremos venir hasta aquí el Lanza.

—¿Y arriesgarnos a que los "thorbod" nos descubran con su radar?

—Yo no creo que ellos tengan siquiera una instalación de radar en Venus. ¿Para qué? Sus "platillos volantes" nos visitan con frecuencia, conocen nuestro idioma, escuchan nuestra radio y están

enterados al día de cuanto hacemos o nos proponemos hacer. Saben que todavía habrán de transcurrir unos años hasta que la primera astronave tripulada por terrestres llegue a Venus, y mientras tanto permanecen tranquilos.

—Pero sus “platillos volantes” se están moviendo continuamente de un lado a otro, y estos sí utilizan el radar para volar a través de las nubes. Un encuentro casual con uno de sus aparatos bastaría para arruinar nuestros planes —objetó Dyer.

—Realmente —dijo Miguel Ángel— es un riesgo que debemos tener en cuenta. No podemos exponernos a un encuentro casual con los “platillos volantes”, como pudo haber ocurrido anoche, si en lugar de venir por el río lo hacemos volando en el helicóptero. Para mí, el Lanza está bien escondido allí. Haremos venir a nuestro helicóptero volando a ras del suelo, de forma que no sea fácil descubrirlo, aún en el caso de que hubiera algún aparato “thorbod” volando por los alrededores. El helicóptero puede recorrer en una hora lo que navegando necesitamos todo un día.

—Mas para hacer venir a nuestro helicóptero tendremos que utilizar la radio, lo cual también implica un riesgo, aunque utilicemos distinta longitud de onda que los “thorbod”.

—Bueno, en todo caso será un riesgo muy pequeño.

—No tenemos necesidad de utilizar la radio —dijo Bill Ley—. ¿No hemos visto a esos valientes “saissai” montar en sus horribles pajarracos? Yo podría aprender a montar en uno de esos bichos y llegar con un guía hasta el Lanza.

—Es una gran idea —aprobó Miguel Ángel—. Esa caballería aérea puede prestarnos inestimables servicios. Creo que todos deberíamos probar a montar esos pájaros.

—Se trata de reptiles, señor Aznar, no de pájaros —corrigió el profesor Stefansson.

—Tanto da. Si vuelan, para mí son pájaros.

En este momento entró en la habitación una joven de ojos graciosamente oblicuos, la cual dirigiéndose al Tadd le transmitió algún recado.

El Tadd se puso en pie como dando por terminado el banquete. Los invitados también abandonaron sus asientos. El magistrado entonces se dirigió a ellos con un largo parlamento del que nada entendieron los terrícolas. Sólo al final, cuando en su lengua dijo:

—Vengan ustedes con los “saissai”.

—¿Dónde querrán llevarnos ahora? —murmuró Edgar Ley.

—Probablemente a otra recepción —dijo Miguel Ángel—. Convendría que al menos un par de nosotros se quedaran aquí junto a nuestro camión. No dudo que esta gente sea honrada, pues ni siquiera tienen puerta en sus casas, pero hay en el camión demasiadas cosas que ellos podrían estropear con su curiosidad.

—Edgar, usted y Bill se quedarán aquí al cuidado del camión —dijo Harry Tierney.

Todos los demás salieron de la casa siguiendo al Tadd de Abasora.

En el pórtico se hallaba reunido el Consejo de Ancianos en pleno. El resto de la calle estaba ocupada por una multitud de “saissai” hombres, ancianos, mujeres y niños. Los miembros del Consejo empuñaban largos báculos, y el Tadd de Abasora también tomó el suyo.

Con voz grave, el Tadd inició un cántico, al que inmediatamente se unieron más de dos mil voces formando un coro bien entonado. El Tadd se puso en marcha seguido del resto del Consejo. Harry Tierney, el profesor Stefansson, Thomas Dyer y Miguel Ángel Aznar siguieron al Consejo, al cual la muchedumbre dejó paso para permitirles situarse en cabeza.

—Esto tiene todo el aspecto de ser una rogativa —comentó Aznar.

—¿Tendrá algo que ver con aquella cúpula dorada que vimos anoche?

—Es posible, si la cúpula corresponde a un templo como parecía ser.

Dejaron atrás la ciudad y continuaron por una ancha calzada, ceñida a la ladera de la montaña. La carretera ascendía suave pero continuamente buscando los altos riscos cubiertos de musgo. La perspectiva que se dominaba desde este punto era impresionante, con aquellas paredes cortadas en vertical y exuberante vegetación creciendo entre las grietas de las rocas.

Por el fondo del valle se deslizaba el río en rápida corriente, y a ambos lados se extendían los bien cultivados campos de los nativos formando caprichosos cuadros con todas las gradaciones imaginables del verde. En lo alto, las nubes se enredaban en los

picachos, y el espíritu quedaba suspendido a media altura entre la tierra y el cielo.

La gente seguía cantando, a pesar del ejercicio y del calor reinante, húmedo y pegajoso. La calzada alcanzó el punto más alto sobre los acantilados que cerraban el valle, y los terrícolas vieron de nuevo la cúpula velada por la bruma.

Empezó a llover, pero nadie prestó atención al aguacero. Los nativos debían estar acostumbrados. Los terrícolas, que no lo estaban, casi agradecieron el frescor de la lluvia que les calaba de los pies a la cabeza.

El terreno aquí era relativamente llano. La calzada salvaba con frecuencia pequeños arroyos que corrían a precipitarse al valle desde enorme altura. La cúpula dorada dejó de verse con la lluvia, pero reapareció al cesar el chaparrón. Parecía estar cerca, detrás de la próxima ondulación o más allá de aquellos árboles, pero por más que andaban nunca la alcanzaban.

La razón de esta ilusión óptica había que achacarla en parte a la bruma, pero sobre todo a las proporciones de la misma cúpula, las cuales era imposible de precisar sin puntos de referencia que determinaran sus auténticas medidas.

Además de la cúpula dorada se veían ya las columnas que la sostenían y el largo mástil que, como un pararrayos, se proyectaba a gran altura como intentando agujerear las nubes. En cierto modo se parecía a la conocida silueta de la cúpula del Capitolio de Washington D.C. Luego vieron que la cúpula tenía por basamento otro edificio rectangular, sostenido a su vez por otra serie de columnas.

Cuando finalmente llegaron al pie del edificio, los terrícolas quedaron impresionados ante las majestuosas proporciones del templo.

Todo el monumento se apoyaba sobre una base de colosales sillares, a la cual se accedía por unas escalinatas de 15 metros. Sobre esta base se elevaba el primer cuerpo del edificio, sobre firmes columnas de 50 metros de altura y 8 de diámetro. Estas soportaban una plataforma con un largo friso de casi 300 metros de longitud, y por último, sobre esta plataforma, se levantaba el segundo cuerpo de columnas más esbeltas que sostenía en el aire una cúpula totalmente dorada de algo más de 125 metros de

diámetro y 60 desde la base al punto superior del cual arrancaba el mástil o pararrayos.

En total, desde la plataforma de sillares a la cúpula, los terrícolas medirían más tarde 175 metros; 200 si se incluía la altura de la plataforma. Esto equivalía a la altura de un edificio de 66 pisos, suponiendo que cada piso tuviera tres metros desde el piso al techo.

Lo más sorprendente, sin embargo, era la cúpula.

—¡Una cúpula de oro! —exclamó el profesor Stefansson admirado.

—¿Cómo de oro? —gruñó Thomas Dyer—. ¿Cómo sabe que es oro?

—Sólo por una razón elemental, querido ingeniero —contestó el sabio con sorna—. Porque el oro es el único metal que no ataca la corrosión. Ningún otro material, en un clima húmedo como el de Venus, resistiría dos o tres mil años bajo la lluvia constante sin oxidarse.

—Pudiera ser de otro material… cerámica, por ejemplo.

—El musgo se agarraría a ese material, en cuyo caso la cúpula aparecería cubierta de verdín.

—Bueno, quizás los nativos la limpian con frecuencia —gruñó Dyer, cuya reconocida obstinación le había llevado a resolver los difíciles problemas que se le presentaron al construir los motores del Lanza para el combustible especial del profesor von Eicken—. En todo caso no creo que sea de oro. No hemos visto oro por ninguna parte, ni en los vestidos ni en las joyas de los nativos. Estoy seguro de que los “saissai” no conocen el oro.

El Consejo estaba ascendiendo la larga escalinata que conducía hasta la plataforma del monumento. Los terrícolas siguieron a los ancianos.

La hierba crecía entre los intersticios de los sillares que formaba la plataforma. Estos tenían la superficie muy rugosa, como acusando el paso de los siglos y la constante acción de los agentes atmosféricos, en especial la lluvia.

También las gruesas columnas, para abarcar a cada una de las cuales harían falta diecisiete hombres con los brazos extendidos, denotaban su antigüedad. Algunas se hallaban bastante deterioradas, y todas picadas por la lluvia.

—Vamos dentro, tengo curiosidad por ver como resolvieron los antiguos el problema de las masas —dijo el ingeniero Dyer—. Casi no se explica cómo este edificio no se ha hundido bajo su propio peso.

El interior del edificio era un bosque de grandes columnas de piedra separadas veinte metros una de otra. En el centro del patio columnado se formaba una rotonda, con una plataforma circular a la cual se accedía por unas escalinatas.

Dyer levantó sus sorprendidos ojos al techo y quedóse allí, con la boca abierta, contemplando las enormes vigas cuyos extremos se apoyaban en las columnas.

—¡Hormigón! —exclamó. ¡Las vigas son de hormigón armado… lo mismo que las losas que forman el techo!

Miguel Ángel Aznar, Harry Tierney y el profesor miraron al techo.

—Es decepcionante, ¿verdad? —dijo el profesor Stefansson.

—¡Decepcionante! —exclamó Dyer escandalizado—. ¿Qué dice usted? El edificio debe llevar construido por lo menos dos mil años. En esa época los romanos todavía construían sus puentes de piedra.

—Hay un contrasentido aquí, ¿no es cierto? —insinuó Harry Tierney.

—Lo hay —afirmó Dyer—. Curiosamente, los antiguos que construyeron este templo, nos llevaban ¡dos mil años de adelanto en el conocimiento y cálculo de las estructuras de hormigón!

—¡Demonio! —exclamó Miguel Ángel—. Todo esto es muy raro, ¿no les parece a ustedes? No hemos visto trazas de hormigón ni en la muralla, ni en los edificios de la ciudad ni en los puentes. ¿Por qué sí aquí, y no en ninguna otra parte? ¿Es que los antiguos “saissai” conocieron el uso del hormigón, y posteriormente se perdió la noción de su empleo?

El Tadd de Abasora se había adelantado, ascendiendo solo las escalinatas de la rotonda con un hacha encendida en una mano y el báculo en la otra. Arriba, en el centro de la plataforma, directamente bajo la cúpula, se veía un enorme trípode sosteniendo un recipiente cóncavo.

El gran magistrado de Abasora miró a lo alto y pronunció un breve discurso. Luego aplicó la antorcha al cuenco, y de este brotó una gran llama, cuya humareda se llevó el viento hacia arriba, y

luego a través de los huecos entre las columnas que sostenían la cúpula. La muchedumbre rompió de nuevo en cánticos.

Terminado el canto, el Tadd de Abasora levantó sus brazos, y mirando a lo alto de la cúpula hizo una invocación a sus antepasados para que éstos les libraran de la Bestia Gris y les devolvieran sanos y salvos a los hermanos “saissai” víctimas de la esclavitud y el látigo de los aborrecidos “thorbod”.

Con referencia a los “thorbod”, esta fue la primera vez que los terrícolas escucharon el adjetivo de “bestias”. Y era curioso, ya que los “thorbod”, al menos, estaban técnicamente, y tal vez culturalmente, mucho más avanzados que los venusinos.

Inmediatamente después la multitud empezó a abandonar el templo en silencio, tomando la calzada de regreso a la ciudad.

Desde el lugar donde se encontraban los terrícolas, al pie de la escalera circular, podían ver una parte de los relieves que ilustraban una amplia cenefa de más de diez metros de altura a todo alrededor de la base de la gigantesca cúpula.

Para contemplarla mejor, el profesor Stefansson pidió permiso al Tadd para subir hasta la plataforma. El magistrado les invito con un gesto y les mostró los relieves de la cenefa.

Los relieves mostraban una especie de sol llameante, que por ocupar toda la altura de la cenefa era lo primero en llamar la atención. De este sol llameante pareció salir una pequeña esfera rodeada de un anillo, como un planeta Saturno. En la siguiente figura la esfera estaba ante un globo terráqueo.

—¡Mire eso, profesor! —exclamó Miguel Ángel excitado—. ¡El planeta es la Tierra!

En efecto, podía distinguirse con todo detalle el contorno del continente americano, Europa y África.

En el siguiente grabado la esfera del anillo parecía surcar el cielo estrellado. En la otra aparecía posada sobre un océano y sólo era visible la mitad flotando en el agua.

Hombres con trajes de astronauta aparecían en el siguiente grabado disparando sus fusiles contra dos grandes dinosaurios. La indumentaria de los astronautas, con sus grandes escafandras, no difería apenas de la misma que los tripulantes del Lanza habían utilizado para esta expedición a Venus.

—¡Profesor, es la historia de los antepasados de los “saissai”, de

como salieron de su planeta de origen, exploraron la Tierra y vinieron finalmente a posarse sobre los océanos de Venus! —exclamó Miguel Ángel.

En los siguientes relieves se mostraban las figuras desprovistas de sus escafandras, sólo vestidas con sus taparrabos, levantando chozas de ramaje, trabajando en una mina, martilleando el hierro sobre el yunque, removiendo grandes bloques de roca, construyendo casas de piedra…

En las siguientes viñetas aparecían varias ejecuciones. Un hombre colgado de una rama… otro al que amputaban brutalmente una mano, y uno al que cortaban la lengua.

Por debajo del relieve, otra cenefa más estrecha llena de signos de escritura parecida a la árabe debían relatar el significado de las figuras y referirse a los vicios execrables que debían ser desterrados de la conducta del venusino.

—¡Sorprendente! —exclamó el profesor Stefansson—. ¡Realmente sorprendente!

—¿Cuál es su interpretación de esas figuras, profesor? —preguntó Harry Tierney.

—Creo que el señor Aznar tuvo razón desde el principio… y yo también. Él dijo que los "thorbod" no eran oriundos de Venus, y yo sostuve que el hombre venusino era una incongruencia en un mundo fuera de su tiempo. Los dos teníamos razón, pues ni el Hombre Gris ni el Hombre Azul han nacido en este planeta. Poco sabemos de los Hombres Grises. De los Hombres Azules tenemos una historia grabada en estos relieves. Ellos llegaron de otro mundo tripulando una nave interplanetaria, exploraron las posibilidades de la Tierra, y por alguna razón desconocida prefirieron venir a establecerse en Venus.

—Yo diría que conozco esa razón —medió Harry Tierney—. Quizás después de alcanzar un gran desarrollo tecnológico los "saissai" fracasaron en sus esfuerzos por crear una sociedad feliz. Entonces, un grupo de idealistas decidieron escapar de aquel mundo superdesarrollado y buscar en el Cosmos una isla desierta… un mundo nuevo donde poder empezar de nuevo una civilización desde sus cimientos. Esos hombres, al llegar de nuestra galaxia, exploraron la Tierra, pero la encontraron ya habitada por varias razas y naciones que luchaban entre sí en feroz competencia. Es

decir, la semilla del odio y la incomprensión ya estaba arraigada entre los habitantes de la Tierra, y por esta sola razón la desecharon y vinieron a Venus, prefiriéndolo pese a su clima infernal. Aquí, aquellos superhombres se despojaron de todos sus conocimientos, borraron su pasado y sólo dejaron como recuerdo este templo. Por cierto, si reparan en esa extraña cúpula verán que no es de piedra.

—¿Metálica? —preguntó Miguel Ángel.

—Probablemente la mitad de la cosmonave esférica que utilizaron para llegar hasta Venus.

—¿Una cosmonave de oro puro? —exclamó el profesor.

—Seguramente no es de oro, sino de algún otro metal más ligero y resistente. Los antiguos la recubrirían de oro porque sabían que en este clima húmedo ningún metal resistiría a la corrosión excepto el oro.

—¡Fantástico, realmente fantástico! —exclamó el profesor entusiasmado—. ¡Qué gran lección podríamos aprender de los colonizadores “saissai” si llegáramos a conocer mejor su escritura y su lenguaje!

—No creo yo que ellos dejaran su historia escrita —dijo Tierney —. Su único deseo era olvidar, y que sus descendientes iniciaran una nueva civilización arrancando de los tiempos primitivos. La semilla que dejaron era de primera clase, y en sus descendientes debe estar reflejada la espiritualidad de sus creadores.

El Tadd de Abasora esperaba, y con él el resto del Consejo al pie de la escalera.

—Bien, vamos, nos están esperando —dijo Harry Tierney.

Poco después emprendían el regreso a la ciudad.

CAPÍTULO VIII

Dos días después, Miguel Ángel Aznar montaba en un "draco", y llevando a su amigo Alar como guía y acompañante, montado en otro "draco", volaban en siete horas los doscientos kilómetros qué en línea recta separaban la ciudad del escondrijo del Lanza.

Volar en un "draco" resultaba tan emocionante como montarse en una "montaña rusa". El "draco" era una bestia salvaje, ingrata y bastante estúpida, que no parecía profesar el menor afecto a su amo. Siempre, antes de dejarse montar, intentaba arrancarle un brazo de un mordisco, y en adelante jamás desistiría de arrojarlo de la silla. Sólo que como era demasiado estúpido, el "draco" no era capaz de poner en juego las tretas que utilizaría un caballo en su caso.

El pterodáctilo tenía el vuelo lento y pesado, no conocía el arte de planear, y en consecuencia se cansaba mucho más que un águila o una simple paloma terrícolas. Por cada hora de vuelo tenía que reponer fuerzas y tomarse media hora de descanso, si se pretendía volar lejos con él. Más así y todo era un animal utilísimo, a los nativos, pues les permitía recorrer grandes distancias en un país donde no existían caminos, y donde los grandes ríos se interponían cada pocos kilómetros en la ruta del viajero.

Los aparejos del "draco" eran muy sencillos; una ligera silla de cuero que se sujetaba al cuello del animal con una cincha, unos largos estribos, y una cabezada con freno y sus correspondientes riendas.

Sostenerse en la silla de un animal que constantemente subía y bajaba, oscilaba de un lado a otro como un murciélago, constituía todo un arte que sólo un "saissai" era capaz de dominar a la perfección. Además de todo esto, el vuelo desigual del "draco" era de lo más apropiado para provocar el vértigo.

Aunque todos habían empezado a aprender a volar en un "draco" al mismo tiempo, Miguel Ángel Aznar había sido el que más pronto se adaptó a las especiales características del animal, quizás por ser aviador e insensible al mareo.

Por esta razón fue designado el español para regresar hasta el lugar donde el Lanza permanecía oculto.

Los dos "dracos" tomaron tierra al final del bosquecillo, y después de dejarles bien atados a sendos árboles, Miguel Ángel y Alar avanzaron a través del bosque hasta que fueron descubiertos por Richard Balmer y este les dio el alto apuntándoles con una escopeta.

—¡Caramba, Miguel! —exclamó Balmer después de reconocer a su viejo camarada—. Ya nos tenía preocupados vuestro silencio. ¿Dónde demonios os metisteis? ¿Y quién diablos es este mozo?

—Vamos con los demás, tengo muchas cosas que contaros.

—¿Y los demás?

—Tranquilo, todos están bien.

Bárbara corrió al encuentro de su marido y le echó los brazos al cuello llorando de emoción. Else von Eicken preguntó por Harry Tierney con mal disimulada impaciencia. El profesor von Eicken, Richard Balmer y George Paiton esperaban también.

Miguel Ángel les refirió sus aventuras, como viajaron río abajo y encontraron a los "saissai" que cazaban dinosaurios, como permanecieron toda la noche ocultos mientras los "thorbod" se movían a corta distancia de allí, y cómo finalmente llegaron a Abasora y establecieron lazos de amistad con sus habitantes y sus altos dignatarios.

—Estuvimos viendo a los "platillos volantes" en nuestro radar durante toda la noche —informó a su vez a Richard Balmer—. Temimos que os hubieran descubierto, aunque a decir verdad, yo siempre pensé que de ocurrir eso habríais tenido tiempo de lanzar un mensaje de radio. Pero las mujeres son las mujeres… y la tuya se ha pasado todo este tiempo llorando por los rincones.

Miguel Ángel pasó su brazo sobre los hombros de su joven esposa, dándole un cariñoso apretón.

—De nuevo vamos a estar juntos —dijo—. Tierney quiere que todos vayamos a reunimos allá. Volaremos en el helicóptero durante la noche.

Alar regresó a la ciudad con los dos "dracos".

Al anochecer, Miguel Ángel Aznar hizo despegar al helicóptero y lo trasladó a la orilla del río, donde esperó a que llegaran sus amigos después de cerrar todas las compuertas del Lanza y cubrirlo con ramas.

Ya con todos a bordo, Miguel Ángel despegó y voló guiándose

por el radar hasta que vio las dos filas de antorchas que señalaban el lugar donde debía tomar tierra.

Toda la ciudad de Abasora había acudido para presenciar la llegada de la maravillosa máquina voladora de los extranjeros. En el ánimo de los “saissai”, los terrícolas gozaban de creciente estima, y eran considerados por lo menos tan poderosos como los “thorbod”.

Un helicóptero no era un “platillo volante”. Sin embargo, a juicio de los “saissai”, resultó más impresionante el helicóptero de sus amigos que los “platos voladores” de sus enemigos los “thorbod”. El rugido de los motores del helicóptero, el furioso girar de su rotor y el reflejo de las luces en el acero y el cristal del aparato resultaron a la postre de un efecto psicológico inesperado. Los ingenuos “saissai” debieron pensar que, a mayor ruido, el pájaro volador de los terrícolas debía tener más poder que los silenciosos “platos voladores” de la Bestia Gris.

El helicóptero, con las palas del rotor plegadas, fue escondido bajo un bosquecillo en la parte baja de la ciudad y cubierto con un gran encerado moteado de ocre y verde. Luego los terrícolas tendieron varios hilos de alambre espinoso entre los troncos, de manera que nadie pudiera acercarse al aparato. Un hombre, por lo menos, montaba constante guardia en el portillo de entrada al recinto.

Tierney estaba dispuesto a permanecer en Abasora tanto tiempo como fuera necesario hasta aprender la lengua de los “saissai” y averiguar cuanto estos sabían de la Bestia Gris. Para facilitar su aprendizaje, el helicóptero había traído entre otras cosas un magnetófono y una máquina de escribir. La grabadora, en especial, causó la maravilla del Tadd de Abasora, de su familia y de los ancianos del Consejo.

Trabajando con el magnetófono y la máquina de escribir y haciendo constantes preguntas, el profesor Stefansson y sus dos secretarias avanzaban rápidamente en la confección de un diccionario inglés-“saissai”.

Especialmente eficaz resultó la colaboración de la señorita von Eicken, que tenía una facilidad especial para los idiomas, y a la semana de su estancia en Abasora ya hablaba con soltura la lengua “saissai”.

Mientras tanto, Harry Tierney, Bill Ley, Richard Balmer y

George Paiton andaban empeñados en asimilar la técnica del vuelo sobre el pterodáctilo, en cuya materia eran hábiles maestros los jóvenes “saissai” Alar y Duria.

Llevaban los terrícolas apenas una semana en Abasora, cuando empezaron a llegar de otras ciudades próximas grupos de “saissai” montados en “dracos”. Se había corrido la voz de la llegada de unos extranjeros blancos, tan fuertes e inteligentes como los “thorbod”, si acaso no más, y la curiosidad por conocer a los forasteros atraía a los nativos.

Las noticias, al parecer, tenían en aquel hemisferio de Venus una difusión muy rápida en razón de la facilidad con que podían ser llevadas de una ciudad a otra por los mensajeros alados.

Entre los “saissai” que continuamente estaban llegando a Abasora había algunos que habían trabajado en los campos “thorbod”.

No eran frecuentes las fugas de los campos de trabajo de la Bestia Gris, pero los “saissai”, nacidos libres, nunca renunciaban al intento, y aunque muchos morían en estas fugas, algunos conseguían regresar a su hogar.

Interrogando a estos fugitivos, y registrando sus declaraciones en la grabadora, en el transcurso de dos semanas más Miguel Ángel Aznar pudo formarse una composición del lugar que más les interesaba.

Este lugar se encontraba a unos 400 kilómetros de Abasora, al otro lado de un estrecho que separaba del continente a una isla de aproximadamente la superficie de Gran Bretaña. Allí, en un gran valle, los Hombres Grises tenían la mayor de sus colonias, una fundición de acero. El mineral procedía de una mina excavada a cielo abierto en la ladera de una montaña, donde trabajaban 4.000 esclavos “saissai” en dos turnos de 2.000 hombres; uno por la noche, y otro durante el día. El mineral era transportado por trenes de vagonetas veinte kilómetros valle abajo, hasta la ciudad de Pore, donde estaban instalados los altos hornos.

Valle adentro, los “thorbod” habían construido un gran dique para represar las aguas del río. Al pie de este dique tenían una gran fábrica de donde salían los hilos de cobre que movían por medio de chispas las máquinas que arrastraban los trenes y toda la maquinaria de la fundición, además de mantener encendidas las

luces durante toda la noche.

Interpretando el lenguaje de los fugitivos, podía deducirse que lo que los “thorbod” tenían ahí era una planta de producción de energía eléctrica a pie de presa. La electricidad les era indispensable a los “thorbod” para mover toda su complicada industria.

Pero también necesitaban carbón. Miguel Ángel sabía que el carbón escaseaba en Venus, y preguntó a los fugitivos cómo lo obtenían los Hombres Grises.

El carbón, fue la respuesta, era traído en grandes barcazas desde un yacimiento situado muy al norte de la isla. Estas barcazas llegaban por el estrecho y ascendían el río Pore unos quince kilómetros hasta la fundición. Siempre había barcos en el río.

En Pore había un gran campamento de esclavos, pero los “thorbod” no vivían en esta ciudad. Ellos habían excavado túneles en la montaña próxima y allí tenían sus madrigueras. La ciudad subterránea de los Hombres Grises estaba muy bien protegida por alambradas electrificadas y puestos de guardia.

¿Y la estación de radio?

La Bestia Gris tenía instalada una enorme torre metálica sobre la cima de la montaña.

Miguel Ángel preguntó si había en Pore “platillos volantes”. La respuesta fue negativa. Los “platillos volantes” iban con frecuencia a Pore. Iban y se marchaban. Si alguno se quedaba en Pore era cuidadosamente guardado en una gran gruta en la falda de la montaña.

Para asegurarse de que estaba en lo cierto, Miguel Ángel construyó una maqueta con montones de tierra, situando en cada lugar los puntos más destacados de la topografía del valle. Los fugitivos de Pore le corrigieren en los detalles que estaba equivocado. Finalmente Miguel Ángel tomó algunas fotografías de la maqueta antes de que la lluvia la destruyera.

Los terrícolas seguían alojados en la casa del Tadd. Este vivía sólo con una hija y una nuera. El resto de las mujeres que se movían por la casa eran parientes del Tadd que ayudaban en el servicio para comodidad de los invitados.

Dos hijos del Tadd eran esclavos de los “thorbod”. El mayor de los dos llevaba ausente tres años del hogar. El menor, de diecisiete años, figuraba entre los últimos cautivos que los thorbod

secuestraron.

Aquella tarde, durante la cernida, Miguel Ángel Aznar expuso a sus compañeros su plan para apoderarse de uno o dos “thorbod”:

—El valle es muy extenso y en él se mueven constantemente los “thorbod”. El punto ideal para sorprenderles es la planta de energía eléctrica veinticinco kilómetros valle arriba, en un paraje agreste y solitario. En la planta debe de haber personal técnico al cuidado de los generadores. No deben ser muy numerosos. El problema consiste en llegar hasta la presa sin ser vistos ni oídos. Un medio de transporte ideal para esta misión podrían ser los “dracos” de nuestros amigos los “saissai”. He pensado volar en los “dracos” por ese valle angosto paralelo al valle Pore, pasar sobre la montaña y alcanzar la presa por la parte de atrás. Entraríamos al asalto en la planta, capturaríamos un par de Hombres Grises y colocaríamos una buena carga de TNT haciendo saltar las turbinas. En todo el valle de Pore se produciría un repentino apagón. Las máquinas dejarían de funcionar, las cercas electrificadas perderían su eficacia, y millares de prisioneros “saissai” podrían escapar aprovechándose de la obscuridad y la confusión.

—Supongamos que hemos tomado nuestros prisioneros y tenemos un dispositivo de relojería colocado para volar la planta eléctrica. ¿Cómo sacar de allí a los “thorbod”? No se les puede colocar cruzados y amarrados al cuello de un “draco”. Los pájaros no volarían en esas condiciones.

—Por supuesto, había pensado utilizar el helicóptero. Este volaría por la misma ruta para recoger a nuestro grupo, y luego desde allí regresaríamos directamente al escondrijo del Lanza para despegar inmediatamente y escapar de Venus.

—Los “thorbod” tienen una emisora de radio en Pore —observó Richard Balmer señalándola sobre el plato—. Tendríamos que volar también la emisora al mismo tiempo que la planta, impidiendo así que los “thorbod” pidan auxilio a los “platillos volantes” de su base más próxima.

—Bien —dijo Miguel Ángel resueltamente—. Volaremos también la emisora. Nos viene de paso, pues está del mismo lado de las montañas por donde tendremos que volar.

—Espere un momento, Aznar —dijo Harry Tierney—. El plan en sí ya es muy arriesgado. Veamos si es posible realizarlo. Un piloto al

menos tendrá que quedarse en el Lanza por si fracasa la operación y no regresa ninguno de los que vamos a participar en ella.

—De acuerdo —admitió Miguel Ángel—. Usted se queda con las chicas y los viejos en el Lanza.

—No he dicho que yaya a ser yo quien se quede. Eso lo veremos después. Seguiremos hablando de su plan. Otro piloto tendrá que llevar el helicóptero al rescate del grupo que estará esperando en la presa. ¿Cuántos quedamos para realizar las dos operaciones simultáneas; asaltar la planta y volar la emisora de radio?

Bill Ley señaló a cada uno con el índice y contó:

—El señor Tierney se queda en el Lanza… George pilotará el helicóptero… Quedamos Aznar, Balmer y yo.

—Sólo tres hombres —resumió Harry Tierney—. ¿Cree que se puede llevar a cabo esa misión con sólo tres hombres, señor Aznar?

Miguel Ángel miró furioso al ingeniero Dyer.

—Él es un buen piloto de helicóptero —señaló con el dedo—. Podría sustituir a Paiton y seríamos cuatro.

Las regordetas mejillas de Thomas Dyer se cubrieron de rubor.

—No soy hombre valeroso, señor Aznar. No me siento capaz de volar en la oscuridad de la noche, sobre unas montañas que no he visto nunca… y pensar que la salvación de todos ustedes depende de que yo sea capaz de llevar el helicóptero hasta el lugar debido. Lo siento, no iré. Y además no lo considero necesario. ¿A qué viene ese empeño en llevar con nosotros un “thorbod”? Podríamos llevar igualmente a un par de “saissai”, y ellos contarían una historia que el mundo tendría que creer por fuerza.

—¡Usted es un cobarde, Dyer, confiéselo! —rugió Aznar pegando un puñetazo sobre la mesa de mármol.

—Lo he admitido, soy un cobarde —replicó Dyer. ¿Qué quiere usted que le haga?

—¡Está bien, no le necesitamos para nada! —gritó el español—. Si Bill y Balmer no se echan atrás, nosotros solos llevaremos a cabo esa misión. Los “saissai” nos ayudarán. Duria, Alar y mil más si se lo pedimos nos acompañarán con gusto. En una semana me comprometo a enseñarles a manejar las “metralletas” y las granadas de mano tan bien como podamos hacerlo nosotros. Sólo necesito que alguien pilote ese helicóptero y venga a recogerme… si he de ir solo.

—Yo iré, por supuesto —dijo el rubicundo Balmer—. Si me dan un par de muchachos que me ayuden puedo encargarme de volar la emisora.

—Yo pilotaré el helicóptero. —Se ofreció George Paiton.

—Y yo iré con usted —dijo Bill Ley.

—¿Por qué no me llevan a mi también? —dijo Bárbara—. Si un salvaje "saissai" puede aprender a disparar una "metralleta", ¿por qué no puedo hacerlo yo?

—Porque no se trata sólo de empuñar una "metralleta", sino de montar y volar cuatrocientos kilómetros sobre uno de esos condenados pajarracos ¡y además porque te lo prohíbo yo! —bufó Miguel Ángel Aznar.

—Yo puedo pilotar el helicóptero si usted o Paiton se quedan en el Lanza —objetó Harry Tierney.

—No, señor Tierney, olvídelo —negó Miguel Ángel con energía —. Ya tenemos hecho nuestro plan, y usted no tiene cabida en él.

—Realmente —apuntó Bab tímidamente—. ¿Es tan importante regresar a la Tierra con un ejemplar "thorbod"?

—Lo es para mí —repuso Miguel Ángel secamente—. Y creo que también lo es para el profesor Stefansson, para Balmer y para Paiton. Y para ti. El mundo entero nos escarneció cuando hablamos de la existencia de los Hombres Grises. Prometí tomarme desquite por todas las humillaciones pasadas, y lo he de cumplir pese a quien pese. ¿Es así, Richard?

—Por supuesto —juró el robusto radiotelegrafista.

Al día siguiente Miguel Ángel escogió a seis jóvenes "saissai", dos de los cuales habían podido escapar de Pore y conocían bien la topografía del valle. Estos hombres se llamaban Tarfe y Zarich. Los otros dos eran Azorf y Norl, y fueron escogidos entre muchos otros voluntarios por su probada inteligencia y valor.

Los dos restantes, por descontado, eran Alar y Duria.

Miguel Ángel entregó una "metralleta" a cada "saissai", y acompañado de Balmer, Paiton y Bill Ley los llevó a las afueras de la ciudad.

Ningún movimiento que hicieran los extranjeros podía pasar desapercibido a la curiosidad de los "saissai", y una multitud curiosa les siguió al campo de tiro.

En el muro de una casa semiderruida de las afueras, Bill Ley

dibujó con pintura de un “spray” las siluetas de cuatro hombres.

Cuando Miguel Ángel Aznar tomó la “metralleta” y disparó contra las siluetas, arrancando esquirlas de granito, un ¡OH! de admiración se levantó de entre los curiosos. Los “thorbod”, al parecer, también utilizaban armas parecidas. El ruido de las detonaciones, más que los efectos del arma, era lo que admiraba a los “saissai”.

Los terrícolas enseñaron también a sus discípulos la forma de arrojar las granadas de mano, para lo cual se fueron hasta el río.

Aquella tarde Miguel Ángel Aznar, Paiton, Duria y Alar volaron en el helicóptero hasta el escondrijo del Lanza para traer todo el equipo necesario; municiones, granadas de mano y cuatro cajas de TNT con sus correspondientes detonadores de tiempo.

Además cargaron con linternas eléctricas, pistolas de señales y luces de bengala. El equipo auxiliar consistía en zapatillas de tenis, trajes de “camouflaje” de los que utilizaban los comandos y mochilas.

Después de rellenar el depósito del helicóptero de combustible regresaron a la ciudad.

Los entrenamientos continuaron, sólo que en vez de hacerlo de día, Miguel Ángel decidió hacerlo durante la noche y con luz escasa. Después de todo, sería en la noche cuando los “comandos” tendrían que operar.

Los “saissai”, a la postre, resultaron unos excelentes tiradores. El “saissai” era por naturaleza un excelente cazador, y estaban acostumbrados a disparar con ballesta, en pleno vuelo, sobre los dinosaurios y las demás especies de reptiles que luego consumían en la mesa.

Una “metralleta” se apuntaba y disparaba como una ballesta, pero el tiro era mucho más difícil con esta última. El tiro con arma de fuego era más tenso. La bala iba donde apuntaba el ojo, al contrario que con la ballesta, donde había de tomarse en cuenta el peso del dardo, su menor alcance, y el efecto del viento sobre el proyectil, aparte el movimiento continuo del “draco” y el del animal que huía.

La excepcional aptitud de los “saissai” para el tiro se demostró especialmente en los ejercicios con balas trazadoras, en la oscuridad.

En una semana los “saissai” estaban listos para entrar en combate.

Demorar más tiempo el asalto de Pore no tenía objeto y Miguel Ángel fijó el día de la marcha.

Mientras los “saissai” se entrenaban con las armas, los terrícolas lo habían seguido haciendo con los “dracos”, después de escoger cuidadosamente cada animal entre los más dóciles y resistentes, ya que estos deberían llevar, además del jinete, un peso adicional en armas y equipo.

Cada hombre montó siempre el mismo reptil, hasta que hombre y bestia llegaron a conocerse.

La víspera, en la tarde, Miguel Ángel Aznar, Bill Ley y Richard Balmer se despidieron del Tadd y su familia, de los ancianos del Consejo y de todos los buenos amigos que tenían en la ciudad.

Los preparativos, las despedidas y la proximidad de la marcha casi no dejaron a Miguel Ángel pegar ojo en toda la noche. Su esposa no durmió en absoluto. Antes del amanecer el español se despertó sobresaltado.

—Debe ser tarde —dijo.

—Es la hora que debe de ser, cariño. Ni más pronto ni más tarde —le respondió Bab.

—Bab, no quiero lagrimitas a la hora de partir. Despidámonos ahora.

Un estrecho abrazo y un fuerte beso sellaron la despedida.

Con las primeras luces del día Miguel Ángel Aznar iba a reunirse con sus compañeros en las afueras de la ciudad. Se había congregado una gran multitud en torno al grupo de los “comandos” y sus monturas, a pesar de suponerse que la partida se mantendría en secreto.

Los hombres iban desnudos, a excepción de un ligero taparrabos. Los “saissai” llevaban consigo sus correspondientes ballestas, arma silenciosa y eficaz a la que no habían querido renunciar. Todos llevaban un zurrón de piel con las provisiones para el viaje.

El helicóptero, que aquella tarde se reuniría con el “comando” en un lugar predeterminado de la costa, traería todo el equipo.

Después de breve escaramuza, como era de costumbre, los jinetes consiguieron encaramarse sobre la silla de los salvajes “dracos”. Estos abrieron sus grandes alas membranosas y se

remontaron en el aire aprovechando la pendiente de la ladera de la montaña, volaron sobre la gran muralla que cerraba el valle y se desvanecieron poco a poco en la distancia de la neblina.

CAPÍTULO IX

Puntualmente, con las últimas horas de la tarde, Miguel Ángel Aznar y sus amigos escucharon el característico ruido del motor del helicóptero, y el aparato vino a posarse en el suelo junto al bosque. George Paiton, que era el piloto según lo convenido, plegó las palas del rotor y la cola del aparato. Este fue empujado bajo un árbol, y luego lo cubrieron con un encerado.

Una gran tienda de lona fue montada bajo los árboles, reuniéndose en ella el grupo para comer mientras caía un gran aguacero.

La tormenta, con abundancia de truenos y relámpagos, duró casi toda la noche.

Habían decidido conceder a los “dracos” un descanso de toda una jornada antes de intentar el asalto a la planta eléctrica y la emisora de radio de los “thorbod”. El día era muy largo en aquellas latitudes, y todavía se les antojó más largo a los “comandos”, impacientes por comenzar la acción, y en el fondo preocupados por el resultado de ésta.

Llovió a intervalos durante el día, con fuerte viento del sur que hacía remover las copas de los árboles con un ruido impresionante.

—El viento está a nuestro favor —observó Miguel Ángel—. Si se mantiene hasta la noche cruzaremos el canal en unos minutos.

El viento seguía soplando con fuerza al anochecer. Los “comandos”, después de tomar una comida ligera, empezaron sus preparativos.

Cada hombre se vistió con un traje pardo, se endosó el cinturón y colgó de éste la pistola, cuchillo y media docena de granadas de mano. En bandolera llevaba cada uno un estuche de cuero con diez cargadores para la “metralleta”. Los “saissai” además llevaban sus ballestas y carcaj.

Los explosivos, linternas y resto del equipo se había repartido entre todas las mochilas. Miguel Ángel Aznar y Richard Balmer llevaban una emisora de radio portátil de 25 kilómetros de radio de acción.

Habían convenido que Zarich y Norl acompañarían a Richard Balmer mientras que Tarfe, Alar, Duria y Azorf irían en el grupo de

Miguel Ángel y Bill Ley. Un veterano de los campos de trabajo "thorbod", llamado Arzah, acompañaría a Paiton en el helicóptero y le serviría de guía.

Habían calculado en dos horas y media el tiempo que necesitarían para llegar hasta la presa, en la parte alta del valle. Despegando hora y media más tarde que los "comandos", el helicóptero llegaría al mismo tiempo que estos dando un rodeo mucho más grande. El aparato, que tenía un casco flotador, se posaría sobre el lago formado por la presa y esperaría la señal para acudir en rescate del grupo.

No hubieron ni advertencias ni frases de despedida. Cada uno sabía lo que tenía que hacer. Los nueve hombres sacaron a los "dracos" del bosque, montaron en ellos y se remontaron, volando a poca altura sobre las revueltas aguas del canal.

El viento soplaba con fuerza por detrás, facilitando en gran manera el vuelo de los grandes reptiles. Cuando se encontraban a mitad del canal les alcanzó la noche. Sin embargo, para entonces, ya era visible el resplandor rojizo de los altos hornos y el alumbrado eléctrico de Pore.

Tarfe, en cabeza, volaba recto hacia aquel resplandor. Los que le seguían podían ver la sombra oscura de su predecesor contra el fondo iluminado del horizonte. Luego, ya más cerca, pudieron ver la baliza que sobre el acantilado señalaba a los barcos la entrada al estuario del río.

El acantilado se extendía como el lomo de un cachalote tierra adentro, y en este punto fueron a tomar tierra para conceder un descanso a los "dracos". Sin embargo los animales no estaban apenas cansados.

—Vamos a proseguir —dijo Miguel Ángel al cabo de diez minutos.

Desde la costa a la entrada del valle se extendían 20 kilómetros de bosques, donde en caso de caer un "draco" no podría volver a remontar el vuelo. Pero el viento seguía soplando con fuerza y esto iba a ser de gran ayuda para el vuelo de los reptiles, quienes con nueve metros de envergadura recogían en sus grandes alas membranosas tanto viento como un velero.

Sirviéndose del acantilado como plataforma de despegue, los "dracos" se remontaron de nuevo batiendo sus grandes alas. El

viento removía la masa arbórea del bosque produciendo un rumor impresionante. Volaba tan bajo que a veces los jinetes sentían el azote de alguna rama alta en los pies metidos en los largos estribos.

Los “dracos” eran unos animales testarudos y tan sumamente perezoso que siempre volaban a la menor altura indispensable para sostenerse en el aire. Ni Miguel Aznar, ni Bill Ley ni Richard Balmer olvidarían nunca este vuelo en la noche, casi en tinieblas y sin más guía que un difuso resplandor reflejado en las nubes bajas cargadas de lluvia, temiendo a cada momento que su fantástica montura se precipitara sobre la copa de un árbol.

La mole compacta de un cerro, en el extremo de la cordillera que ceñía el valle, se fue perfilando en la oscuridad. Allí arriba lucía un fanal rojo, en el extremo más alto de la torre metálica de los “thorbod”, probablemente como aviso a los “platillos volantes” que tuvieran que volar en la noche.

El guía condujo su “draco” hacia el cerro.

Los nativos aseguraban que los “dracos” veían perfectamente en la oscuridad, aunque Aznar más bien pensaba que, al igual que los murciélagos, poseían una especie de “radar”, que les advertía de la presencia de un obstáculo, como también podían hacer algunos hombres ciegos de sentidos muy sensibilizados, entrenados para este fin.

Los “dracos” batieron sus membranosas alas en un esfuerzo por ganar altura y volaron rozando las rocas de la ladera de la montaña. Aquí se separaron del grupo Richard Balmer y los dos “saissai” que iban a acompañarle en la voladura de la emisora de radio “thorbod”. Miguel Ángel Aznar y los restantes continuaron adelante por la vertiente occidental de la cordillera.

Por encima de las cumbres podían ver el resplandor rojizo, muy intenso ahora, de los altos hornos y las luces de la gran fundición que los Hombres Grises tenían en Pore. Todo el valle, a lo largo y a ambos lados del río, debía desarrollar una intensa actividad industrial. Cuando quedaban atrás las luces de la fundición, ya aparecían por delante los resplandores de la mina, donde los esclavos “saissai” trabajaban en turnos de día y de noche.

Las montañas iban aumentando en altura y los “dracos”, perezosamente se ceñían al terreno como si siempre tuvieran las fuerzas justas para sostenerse en el aire. El guía, sagazmente,

trataba de arrimarse a la ladera de la montaña para obligar a los pájaros a sostenerse en su esfuerzo.

De este modo, poco a poco, los jinetes estaban cada vez más arriba y más cerca de la cresta de las montañas. A Miguel Ángel Aznar ni a ninguno de sus compañeros se les habría ocurrido jamás esta treta, y fue entonces cuando comprendieron que nunca habrían podido llegar hasta aquí sin el concurso y la valiosa experiencia de sus compañeros “saissai”.

El resplandor de la mina quedó atrás y a su derecha. Delante todo era ahora oscuridad.

“Si estos buenos amigos nos abandonaran ahora, no sabría donde me encontraba”, pensó Miguel Ángel con terror. También se preguntó si su guía lo sabría, y si no estaría tan desorientado como los demás. Pero como respuesta a este temor, un minuto después veía muy lejos, abajo y a su derecha, unos puntos de luz. Lejos, y a mayor altura por delante, vio otras luces que cruzaban en una línea el valle.

¡Habían salvado la cordillera y estaban a la vista de la presa!

—¡Muy buenos estos “saissai”! —exclamó Miguel Ángel agradecido.

Las luces que se veían en el fondo del valle debían ser las de la vía férrea que unía la planta hidroeléctrica con Pore. Las luces más juntas que cruzaban el valle de derecha a izquierda eran los focos sobre la coronación de la presa. ¡Habían alcanzado su objetivo!

Los “dracos” volaban ahora como al subir, ceñidos a la ladera y descendiendo poco a poco en dirección a la presa. Unos minutos después los cansados animales se dejaban caer sobre las rocas donde se apoyaba el extremo occidental del dique de cemento.

Rápidamente los jinetes se desembarazaron de los estribos y saltaron de la silla. Se reunieron en el mismo borde del peñasco, a dos o tres metros de altura sobre la coronación de la presa.

—¡Madre mía, creí que nunca llegaríamos aquí! —suspiró Bill Ley.

—Los “thorbod” hicieron aquí una gran obra —observó Miguel Ángel admirando el grosor y la longitud de la gran presa—. Lástima que no pudiéramos hacer saltar la presa entera. La inundación arrastraría todo el valle llevándose los altos hornos hasta el mar, y la industria de los Hombres Grises sufriría un rudo golpe.

—¿Por qué no se nos ocurrió?

—Ya se nos ocurrió Bill. Pero no lo consideramos oportuno. No es cosa fácil hacer saltar una presa de estas proporciones. Además seis mil prisioneros “saissai” habrían perecido ahogados como ratas. Habría sido un precio demasiado alto. De todos modos sólo tardaremos tres o cuatro años en regresar aquí con una flota de Lanzas y un ejército que saltará en paracaídas para ocupar el valle sin necesidad de sacrificar la vida de un “saissai”.

Los “comandos” sacaron las “metralletas” de sus respectivas mochilas y cargaron las armas. Mientras sus compañeros se preparaban, Miguel Ángel se asomó al abismo para inspeccionar el lugar. Había una larga escalera con barandilla de hierro que descendía en zig-zag hasta la planta eléctrica, al pie de la presa. Estaban en el lugar indicado. Si la escalerilla hubiese quedado del otro lado, el guía les habría llevado allá haciendo volar a los “dracos” sobre la garganta que cerraba la presa.

—¡Esperen, alguien viene! —siseó Alar echándose de bruces sobre la roca.

Todos los demás se agazaparon también. Un par de “dracos” batieron sus alas inoportunamente. Tarfe y Azorf corrieron a tranquilizar los animales.

En efecto, dos hombres venían por el coronamiento de la presa, que tenía cinco metros de ancho y setenta u ochenta de largo.

—¡Centinelas “thorbod”! —exclamó Bill Ley poniéndose nervioso.

—Tendremos que librarnos de ellos —dijo Miguel Ángel sombríamente.

—Si nos ven darán media vuelta y se alejarán.

El último foco eléctrico estaba a diez metros de distancia, pero la pantalla que protegía a la bombilla de la lluvia dejaba en la sombra la roca donde estaban apostados los “comandos”.

—Si no los liquidamos ahora pueden crearnos graves problemas cuando regresemos en busca del helicóptero —dijo Miguel Ángel—. Alar, ¿podréis abatir a los “thorbod” con vuestras ballestas desde aquí?

—Si se acercan lo suficiente, sí —contestó el joven “saissai”.

—Que vengan también Azorf y Tarfe.

Duria fue en busca de sus compañeros. Los cuatro “saissai” se

tendieron de bruces sobre la roca y tensaron el bien templado acero de sus ballestas.

—Recordar que los “thorbod” apenas tienen puntos vitales —les dijo Miguel Ángel—. Tenéis que acertarles en la cabeza, en el cuello o en el centro de la espalda, en la columna vertebral. De cualquier modo tenéis que impedir que disparen sus armas o promuevan cualquier ruido que pueda poner alerta a los de abajo.

—Llevamos los dardos emponzoñados con el mismo veneno que utilizaban para abatir a los dinosaurios —dijo Duria—. Un “thorbod” no es más grande que un dinosaurio.

Los seis hombres esperaron con los músculos en tensión. Temiendo por todo, Miguel Ángel temió que los centinelas no llegaran a ponerse al alcance de las ballestas. Los “thorbod” venían despacio, vestidos de pardo, el fusil colgado al hombro. De abajo llegaba el rumor del agua saliendo con fuerza de las tuberías, después de haber movido las turbinas de la planta eléctrica.

Los “thorbod” llegaron al cono de luz del último foco. Eran dos seres horribles, de más de dos metros de estatura, de recia constitución, los hombros cuadrados y anchos, el cuello largo y robusto. Sus cabezas eran como un gran huevo, el cráneo pelado y reluciente, la frente abombada y una corta trompetilla en lugar de la nariz. Sus ojos, grandes y redondos, miraban atentamente a su alrededor.

Se detuvieron bajo el foco, a punto de dar la vuelta para regresar.

En este momento uno de los “dracos” batió ruidosamente las alas.

Los “thorbod” reaccionaron con rapidez. Uno dirigió el haz de su linterna eléctrica alumbrando a los “dracos”, el otro descolgó el fusil.

Cuatro dardos silbantes salieron de las ballestas. Dos flechas se clavaron en la cabeza del hombre de la linterna. Otra flecha entró por el ojo del segundo monstruo. Los dos “thorbod” se derrumbaron como sacos, quedando tendidos sobre el cemento.

—¡Córcholis, vaya puntería! —exclamó Bill Ley.

—Vayan bajando, voy a tratar de comunicar con Balmer por radio.

Miguel Ángel sacó de la mochila la pequeña emisora.

—¡Hola, Balmer! ¡Hola. Balmer! —llamó aplicando el auricular a su oído. Casi en seguida se escuchó la respuesta de Balmer:

—Hola, Miguel. Aquí Richard, ¿cómo os van las cosas?

—Estamos sobre la coronación de la presa. Acabamos de matar a dos centinelas y nos disponemos a bajar hasta la planta. Puedes empezar la acción.

—Ese es el caso, Miguel. No puedo hacer nada hasta en tanto vosotros no voléis los generadores y se produzca el apagón. Hay una sólida cerca electrificada alrededor de la torre de la emisora y no me atrevo a volarla con explosivos.

—No lo hagas —le ordenó Miguel Ángel—. El ruido de las explosiones precipitaría los acontecimientos y daría tiempo a los “thorbod” a utilizar la emisora. Espera a que se produzca el apagón, y entonces entras sin perder un segundo.

—O.K., así lo haremos. Buena suerte.

Miguel Ángel apagó la emisora y la volvió a guardar. Sacó su linterna eléctrica, recogió la “metralleta” y saltó de lo alto de la roca, reuniéndose con sus compañeros que le esperaban examinando los cuerpos de los dos centinelas.

—Vamos, no perdamos tiempo.

Miguel Ángel se lanzó escalerilla abajo, seguido de Bill Ley y los cuatro “saissai”.

La presa era muy alta y la escalerilla trazaba zig-zags. A medida que bajaban iba en aumento el trueno ensordecedor del agua saliendo de las turbinas por debajo del edificio de la planta eléctrica. Por fin llegaron abajo.

Una estrecha plataforma de hormigón conducía hasta la puerta de la planta. Bill Ley tocó al español en un brazo y le señaló un poste que sostenía un par de hilos telefónicos. Aznar asintió con la cabeza.

Bill trepó ágilmente por el poste, se afianzó con las piernas y utilizó una mano para cortar los hilos con un par de alicates.

Mientras tanto Miguel Ángel examinaba la puerta. Esta era de hierro recubierto de pintura antióxido. Probó el picaporte y vio que estaba cerrada por dentro. A un lado había un pulsador y una rejilla de aluminio, probablemente un sistema electrónico para que al pulsar el botón el que estaba afuera pudiera dar el santo y seña a través de un micrófono.

Miguel Ángel preparó rápidamente una carga de TNT que conectó a una mecha. Con su encendedor de gas dio fuego a la mecha y se apartó.

Con una estruendosa explosión, la puerta fue arrancada de sus goznes y arrojada dentro de la casa. Miguel Ángel se plantó de un salto ante el hueco.

Un foco eléctrico alumbraba crudamente una habitación en la que había una centralita telefónica. Un “thorbod”, con los auriculares sobre los oídos, se incorporaba después de haber sido arrojado al suelo por la violenta explosión.

Miguel Ángel Aznar se lanzó dentro de la casa disparando a bocajarro su metralleta. Las balas hicieron saltar los sesos del Hombre Gris, salpicando con ellos el muro que estaba detrás.

Había una puerta a la derecha, y otra al fondo ante la cual acababa de caer muerto el “thorbod”.

Miguel Ángel señaló a Bill Ley la puerta de la derecha y él corrió hacia la que quedaba al fondo.

Tarfe y Azorf siguieron a Bill Ley, en tanto que Duria y Alar pisaban los talones del español.

La habitación a la que se asomaron Bill Ley y sus dos compañeros era un largo y espacioso dormitorio. Ocho camas de aluminio se alineaban a cada lado, cada una con su correspondiente armario. En el ancho pasillo central que quedaba entre las camas había un armero.

Diez Hombres Grises habían saltado de sus camas o se disponían a hacerlo cuando el joven americano y los dos “saissai” irrumpieron en el dormitorio “metralleta” en mano. Las tres armas crepitaron al mismo tiempo rociando de balas todo cuanto se movía en aquel dormitorio. Los sorprendidos “thorbod” saltaban, rodaban por el suelo, se retorcían bajo aquella lluvia implacable de plomo.

—¡Atrás! —gritó Bill Ley—. ¡Atrás!

Los tres hombres retrocedieron hacia la puerta después de haber agotado los cargadores de sus respectivas armas. Cada uno arrancó de su cinto una granada de mano y la dejó rodar por el suelo. Los “comandos” salieron cerrando la puerta… tres violentas explosiones sacudieron el edificio y derribaron la puerta…

Mientras tanto Miguel Ángel Aznar, Duria y Alar irrumpían en la sala de máquinas de la planta eléctrica. Allí seis turbinas verticales

zumbaban al mismo tiempo. La sala era muy larga y tenía el piso de mármol pulimentado. A la derecha estaban los cuadros de mando y un “thorbod” ante ellos, mirando hacia la puerta.

Miguel Ángel Aznar ignoraba si los “thorbod” todos hablaban inglés, pero estaba casi seguro de que al menos chapurreaban la lengua “saissai”.

—¡Quieto donde estás, Thorbod! —le gritó el español encañonando con su “metralleta”.

El “thorbod” estaba desarmado. Otro “thorbod” corrió por el fondo de la sala y un tercero se escondió tras una de las turbinas.

—Cogedles —ordenó Miguel Ángel a Duria y Alar—. Capturadles vivos si es posible.

Tres nuevas explosiones sacudieron el edificio. Bill Ley y sus dos “saissai” habían arrojado más bombas dentro del dormitorio. A continuación Bill entró en la sala de turbinas, dejando a sus dos compañeros vigilando afuera.

El “thorbod” se había quedado quieto ante el cuadro de mandos. La cara de un Hombre Gris solía ser inexpresiva, pero si algo podía expresar el horrible rostro de aquel extraño individuo tenía que ser sorpresa y terror.

—¡Levanta las manos! —le ordenó Miguel Ángel en “saissai”.

En el fondo de la sala tableteó una “metralleta”. Los “saissai” estaban dando caza a los dos mecánicos “thorbod”. El Hombre levantó sus brazos por encima de la cabeza.

—Bill, toma los grilletes de mi mochila y espósale —dijo Aznar.

Bill Ley sacó el par de esposas que Miguel Ángel traía en su mochila. Los dos terrícolas avanzaron hacia el “thorbod”, manteniéndole siempre el español bajo la amenaza de su arma.

—Pon las manos atrás —le ordenó Bill Ley.

El Hombre Gris obedeció. Bill le rodeó por detrás y le esposó las muñecas.

Mientras tanto Duria acababa de abatir a tiros a uno de los hombres grises. A la vista de lo ocurrido a su compañero, el otro “thorbod” se rindió levantando los brazos.

Miguel Ángel hurgó en la mochila de Bill, sacó otro par de esposas y se las colocó a su prisionero. Había oído decir que los “thorbod” poseían un vigor extraordinario, y un solo par de esposas podían ser insuficientes.

Alar y Duria sabían bien esto, pues además de los dos pares de esposas amarraron a su prisionero con una cuerda de buena fibra de nylon americano.

Rápidamente Miguel Ángel se quitó la mochila y vació su contenido en el suelo.

—Haremos volar primero los cuadros de mandos —dijo mientras preparaba la carga de trinitrotolueno—. Con eso se producirá el apagón y Balmer dispondrá de tiempo para asaltar la emisora de radio. Ve con los muchachos y dispón la voladura de las turbinas.

Una ligera carga de TNT conectada a una mecha hizo saltar con estruendo el cuadro de mandos. Empezaron a saltar chispas eléctricas por todas partes y todo el gigantesco cuadro se envolvió en llamas.

Las luces de la sala se apagaron, pero con el resplandor del incendio y los chispazos que saltaban del cuadro de mandos tuvieron los comandos luz bastante para disponer las cargas en la base de las seis turbinas. Bill salió en busca de las mochilas de Tarfe y Azorf, y la tarea prosiguió con prisas, pero concienzudamente realizada.

Para prevenirse de cualquier posible fallo, Miguel Ángel conectó cada tres turbinas a un deflagrador de tiempo. Ajustó el reloj del dispositivo para que funcionara a los quince minutos. Para entonces ya había hecho salir a todos los demás juntamente con los prisioneros.

Miguel Ángel salió corriendo de la sala, alumbrándose con su linterna. Bill Ley le esperaba junto a la puerta.

—Vamos, Bill, sólo disponemos de doce minutos para alcanzar la coronación de la presa. ¿Tienes lista la pistola de señales?

—Aquí en la mano.

Salieron pasando sobre la derribada puerta de acero. Los cuatro “saissai” y los dos prisioneros “thorbod” estaban ya subiendo la escalera. Bill Ley levantó el brazo, apuntó con la pistola de señales al cielo y disparó.

Una luz de bengala verde estalló en el cielo oscuro. Todos los focos se habían apagado y les envolvía la más densa oscuridad. Bill Ley y Miguel Ángel Aznar corriendo la escalerilla y empezaron a trepar por ella.

Ya estaban muy arriba cuando se escuchó un grito. Algo pasó

junto al hombro de Miguel Ángel, pegó en el rellano de la escalera y se precipitó en el vacío.

—¿Qué ocurre? —gritó el español.

Desde arriba contestó la voz de Alar:

—Uno de los “thorbod” se tiró al abismo.

—Ese prefirió suicidarse —dijo Bill Ley.

—¡Procurad que el otro no haga lo mismo! —gritó Aznar.

—A este lo tenemos bien sujeto con las cuerdas —contestó Alar.

Jadeando a causa del esfuerzo llegaron a la coronación de la presa, donde ya estaban reunidos los cuatro “saissai” y el “thorbod”, este último tendido de bruces en el suelo.

En esto escucharon el batir del rotor del helicóptero que se acercaba desde las tenebrosas profundidades de la noche. Miguel Ángel y Bill Ley dirigieron sus linternas hacia el lago…

El suelo se estremeció bajo los pies de los hombres que se encontraban sobre la coronación de la presa. Un cráter de llamas iluminó el lago y las montañas a ambos lados del angosto valle, y un mazo de cascotes salió impelido a gran altura.

Las cargas acababan de estallar volando la planta eléctrica del pie de la presa.

—¡Magnífico! —se rió Bill Ley—. Los “thorbod” tardarán algún tiempo en reponerse de este contratiempo.

En este momento veían las luces de situación del helicóptero que descendía verticalmente sobre la presa. Por un metro de distancia, el rotor no se hizo en pedazos en uno de los postes que sostenían los apagados focos.

El aparato quedó posado sobre la presa, con el motor en marcha. Los “saissai”, no fiándose del “thorbod”, lo levantaron de piernas y brazos y lo llevaron en volandas hasta el pie de la portezuela. El Hombre Gris se resistía a subir. Arzah, el “saissai” que acompañaba a George Paiton en el helicóptero, lo cogió por las prominentes orejas. Los demás empujaron por detrás y el “thorbod” fue catapultado dentro de la carlinga.

Todos subieron al aparato, siendo el último en hacerlo Miguel Ángel Aznar. Éste tomó asiento junto a George Paiton.

—Vamos ya, George.

El helicóptero se elevó sobre el lago que formaba la presa, luego enderezó el rumbo y subió un poco más para salvar la cima de las

montañas.

Todo el valle había quedado a oscuras, pero todavía el resplandor de los altos hornos “thorbod” les servía de guía. Paiton voló a lo largo de la cordillera, dejando a la izquierda el fulgor de la fundición de Pore, hasta que poco después veían la luz de una linterna haciéndoles destellos casi al pie del cerro donde estaba la emisora.

—Ahí está Richard —señaló Paiton guiando al aparato hacia allá.

Poco después Richard Balmer, Zarich y Norl trepaban como gatos al ya repleto helicóptero.

—¿Todo bien, Richard? —preguntó Miguel Ángel a gritos.

—¡O.K.! —dijo Balmer uniendo el índice y el pulgar para formar una “O” de sobras elocuente.

—Pues ahora al Sur a toda la velocidad que dé este cacharro.

Sirviéndose del girocompás, George Paiton puso rumbo a Abasora en donde aterrizarían sólo un minuto para dejar allí a sus valientes colaboradores “saissai”.

Aznar se puso los auriculares y encendió simultáneamente la radio y el “radar”.

—¡Qué agradable es volver a casa después de un trabajo bien hecho! ¿No es cierto, Miguel? —dijo Paiton riéndose.

El español miraba fijamente a la negra pantalla del “radar”.

—No cantemos victoria tan pronto. Vuela lo más bajo que puedas, no vengan los “platillos volantes” a darnos un disgusto.

El helicóptero dejó atrás el canal y buscó en la oscuridad el río.

Volaban muy aprisa, a más de 400 kilómetros a la hora. Los “saissai” se reían comentando su aventura, en tanto que Richard y sus muchachos relataban como habían entrado al asalto en la emisora, matando a dos Hombres Grises y volando la instalación, incluso la gran torre metálica.

Miguel Ángel espiaba ceñudo la pantalla de “radar”. Ya era visible la gran cúpula dorada del templo de Abasora, que en la pantalla daba un eco vigoroso e inconfundible. De pronto vio algo en el borde inferior de la pantalla que le hizo exclamar:

—¡Ahí están, como me lo temía!

—¿Qué? —exclamó George Paiton pegando un respingo.

—¡Nos persiguen!

Se hizo súbito silencio en la cabina. En la pantalla, el punto de luz fluorescente aparecía por segundos más claro y vigoroso.

—Debe ser uno de esos “platillos volantes” —refunfuñó Paiton —. Se acerca a enorme velocidad. Se está elevando, la distancia es de cuatro mil metros. Está volando sobre las nubes.

Hubo otro prolongado silencio.

—Mantiene la distancia —observó Paiton.

—Sí, ha reducido su velocidad acomodándola a la nuestra. Eso quiere decir que no van a interceptarnos por el momento. Esperan tal vez que les conduzcamos hasta el escondrijo del Lanza.

—¿Cómo saben ellos que tenemos el Lanza?

—No lo saben, pero lo suponen. Saben que un helicóptero no ha podido venir volando desde la Tierra a Venus. El piloto de ese “platillo” es un tipo listo. Desprecia la pequeña presa en espera de una captura mayor.

—¡Entonces estamos perdidos!

—Todavía no. Tenernos nuestros cohetes. Pon el aparato volando hacia atrás, encabrita la proa un segundo y dispara todos los cohetes a la vez.

—¿Crees que servirá para algo?

—Tenemos que intentarlo todo.

George Paiton hizo girar el aparato, de tal modo que este continuó volando a igual velocidad, pero hacia atrás.

—Sube mil metros, encabrita el aparato hasta entrar en pérdida y dispara —le ordenó Miguel Ángel Aznar.

Paiton dio más gas a los motores. El helicóptero empezó a ascender rápidamente. Aznar vigilaba el altímetro-radar.

—¡Muy bien, ahora!

Paiton hizo encabritar la proa del helicóptero al mismo tiempo que apretaba el botón disparador en el pomo de la palanca.

Seis grandes cohetes salieron como flechas dejando atrás sendos penachos de llamas.

—Cuidado, George, entramos en pérdida —advirtió Miguel Ángel.

El piloto abrió a fondo el gas y maniobró hasta poner de nuevo el aparato en horizontal. Hubo una breve espera cargada de ansiedad.

Un globo de fuego se encendió allá arriba, por encima de las

nubes, y una fantástica luz verde-azulada, fría y deslumbrante, convirtió la noche en día por unos breves segundos.

—¡Una explosión atómica! —exclamó Bill Ley cerrando los ojos deslumbrados.

La luz se apagó lentamente y la oscuridad pareció ser más densa en torno al helicóptero.

—¡Nos libramos de él! —exclamó George Paiton—. ¡Luego no son invulnerables a nuestras armas!

—¿Por qué tendrían que serlo? —repuso Aznar—. También son máquinas, al fin y al cabo. Quizás nuestra ventaja haya estado en que ellos no estaban preparados para repeler un ataque con cohetes, o en que ignoraban de qué armas íbamos a valernos. ¡Rápido, Paiton, llévanos a la ciudad, antes que acuda algún otro "platillo" y nos sacuda a nosotros!

Veinte minutos más tarde el helicóptero se posaba en el fondo del valle. Desde la ciudad bajaban por la ladera centenares de antorchas a recibir al aparato, pero los terrícolas no tenían tiempo que perder. La portezuela fue abierta y Miguel Ángel Aznar estrechó rápidamente la mano a cada uno de sus amigos; Alar, Duria, Tarfe, Zarich, Azorf, Norl y el veterano Arzah.

—Vosotros poseéis armas para combatir a los "thorbod" —dijo Alar reteniendo la mano del español—. ¿Por qué no os quedáis con nosotros hasta que vengan vuestros ejércitos victoriosos?

—No podemos, amigo mío. Nuestras armas, aunque poderosas, no bastan para combatir al "thorbod", no son suficientes. Esperad tres o cuatro años. En tres años llegarán nuestras aeronaves con un poderoso ejército que os librará de los "thorbod".

—¿Volveréis?

—Volveremos, te lo prometo —dijo Miguel Ángel apretando la mano del joven "saissai".

Alar retrocedió agitando las manos, la portezuela se cerró de golpe y los motores rugieron tirando del aparato hacia arriba. El helicóptero pasó sobre la gran muralla ciclópea y voló en busca del gran río. Miguel Ángel Aznar utilizó la radio para comunicar con el Lanza.

Obtuvo respuesta instantánea, señal evidente de que sus amigos estaban a la espera de su llamada.

—¡Miguel! —llamó la voz angustiada de Bab—. ¿Estás bien?

—Todos estamos perfectamente. Regresamos con un prisionero “thorbod”. Tened lista la plataforma de aterrizaje y los motores del Lanza encendidos para despegar inmediatamente. Un platillo volante nos siguió y tuvimos que derribarlo. Pero pueden acudir otros.

—Está bien, Aznar, entendido —dijo la voz de Harry Tierney—. Voy a encender los motores. La plataforma estará iluminada y lanzaremos una bengala para indicaros el lugar. No cierre la comunicación, estaremos en contacto.

Poco después veían una luz de bengala que estallaba a gran altura y descendía lentamente colgando de un paracaídas. George Paiton condujo con mano segura el helicóptero hasta situarlo sobre el bosquecillo. La gran plataforma estaba iluminada con balizas rojas pero además podían distinguir las llamas que salían por las toberas de los cuatro poderosos motores.

El helicóptero se posó sobre la plataforma y Paiton apagó el gas.

—Bueno, ya estamos en casa —suspiró Bill Ley mientras todavía giraba el rotor por efectos de la inercia.

Paiton plegó primero la cola del aparato, y a continuación las palas del rotor.

—Vale, ya pueden bajarnos —anunció Miguel Ángel por radio.

El montacargas descendió velozmente y sobre sus cabezas se cerraron las grandes compuertas del techo. Inmediatamente sintieron el tirón de los poderosos motores del Lanza.

Miguel Ángel Aznar abrió la portezuela, saltó y se encontró entre los brazos de su esposa.

—¡Miguel, querido… cuanto miedo he pasado! —exclamó la joven.

Él la estrechó con fuerza besándola en los labios.

—También yo tuve miedo, Bab —confesó. Y no dejaré de tenerlo hasta que nos encontremos a diez millones de kilómetros de este condenado planeta.

El Lanza, con los cuatro motores apuntando hacia Venus, se elevaba con velocidad creciente. Las largas llamas de sus motores fueron vistas desde Abasora, donde una multitud, triste y nostálgica, les despedía agitando manos y antorchas.

—¡Hasta pronto, amigos! —gritó el joven Alar.

Las largas llamas de la aeronave se iban desvaneciendo entre las

nubes. Se fueron desvaneciendo y finalmente dejaron de verse. El Lanza volaba ya rumbo al planeta Tierra.

FIN